



Memoria 2022

VIII Encuentro de Escritores de narrativa breve
Edmundo Valadés: cuento, minificción y relato

*La economía de las palabras obliga a la precisión:
toque exacto y aparentemente sencillo
de una palabra sobre el papel.*

Angélica Santa Olaya

MEMORIA DEL VIII ENCUENTRO DE ESCRITORES
DE CUENTO BREVE EDMUNDO VALADÉS, 2022
Cuento, minificción y relato

Patronato Edmundo Valadés
Instituto Sonorense de cultura
Departamento de Literatura y Bibliotecas del ISC
Coordinación Nacional de Literatura
INBAL
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
Universidad de Sonora
Escuela de Escritores del ISC
Colectivo I. Cautivos por las Letras y las Artes

VIII Encuentro Edmundo Valadés
Coordinación General del Encuentro
Ricardo Campos +
Clara Luz Montoya
Leticia Vela Palomera
Jaime Ochoa
Primavera Encinas
Lucía Ordóñez
Leonardo Terán

Diseño de portada: Víctor Grany
Noviembre de 2022.
Hermosillo, Sonora, México.

ÍNDICE

VIII ENCUENTRO DE ESCRITORES DE NARRATIVA BREVE EDMUNDO VALADÉS 2022 7

ENSAYO

Angélica Santa Olaya 11

José Luis Zárate 15

CUENTOS, RELATOS Y MINIFICCIÓN

Ricardo Campos Ruelas + 21

Ricardo Rodríguez Mijangos + 23

Jonathan Alexander España Eraso 25

Angélica Santa Olaya 27

José Luis Zárate 29

Clara Luz Montoya 33

Julia Melissa Rivas Hernández 35

María Dolores Rodríguez 37

Sofía Amaya Pimentel 38

Lucía Ordóñez 39

María del Carmen Islas 40

Yolanda Rivas 41

Irma Urtiz 42

Ángel Héctor Vázquez 43

Anja Aguilera 47

Tania Rocha 51

Mónica Ramírez 54

Lolys Rodríguez 57

Gabriela Robles 61

Luz Elena Salazar 63

Humberto Mendoza 67

Leticia Vela 71

Jesús Cota 75

Lizbeth López 79

Julio García 83

Manuel Suárez 85

Yajaira Rojo 89

Omar Navarrete 91

Sandra Jiménez 93

Ramón Duarte 95

Andrés Mijangos 99

Blanca Espinosa 103
Eloísa Covarrubias González 107
Guadalupe Gálvez Álvarez 111
Marisa Silveira 115
Araceli Jiménez 119
Fernanda Olguin 123
Claudia Ruiz 127
Gabriela Buendía 129
Adolfo González Riande 133
Francisco Saavedra 137
Sylvia Manríquez 141
Lily Tapia 145
Jesús Mendívil 149
José Antonio Rodríguez 153
Linda Salguero 157
Primavera Encinas 159
Jaime Ochoa 161
Nazli Gastelum 165
Cristina Clark 169
Arturo Segura 171
Sandra Leyva 175
Keren Favela 179
Socorro Contreras 183
Mariana Arreola 185
José María Ruiz 189
Sandra Mortis 191
América Pina 195
Juanita Márquez 197
Gema Villela 199
Josefa Trejo 201
Lupita Velásquez 205
Gabriel Murguía Ruíz 209
Gloria Ares 213
Gloria Teresa Cincunegui 217
Gustavo de Concilis 221
Andrei Maldonado 225
Mirna Ibarra 227
Laura Bejarano 229
Yada López 231
Ruth Pérez 233

VIII Encuentro de Narrativa Breve Edmundo Valadés: Cuento, relato y minificción 2022

Este año honramos la vida y obra de uno de los más destacados cuentistas de México, Edmundo Valadés (1915-1994), escritor guaymense de reconocida trayectoria nacional e internacional, quien afirmó que la inspiración no existe, más bien es el producto de una disciplina y de ejercer el oficio. Desde hace ocho años, en Sonora en pro de ejercitar este oficio enfocado en la narrativa breve, se organiza el Encuentro de Escritores de narrativa breve Edmundo Valadés, cuento, relato y Minificción, bajo la coordinación del Instituto Sonorense de Cultura, la Coordinación Nacional de Literatura del INBAL y el Patronato Edmundo Valadés. En el 2022 también participó el Instituto Tecnológico de Sonora, el Instituto Tecnológico del Valle del Yaqui, de Ciudad Obregón y el Colegio de Bachilleres: Plantel José María Maytorena Tapia de Guaymas.

Esta memoria se dedica especialmente al fundador del Encuentro, el escritor Ricardo Campos, quien falleció después ofrecer su visión y entusiasmo para promover el evento por el estado, donde se ha ofrecido un programa de lecturas de obras, presentaciones de libro y revistas de narrativa breve, conferencias magistrales, conversatorios y talleres de escritura.

A este esfuerzo se ha sumado la comunidad lectora, escritores, maestros, alumnos y egresados de la carrera de Literaturas Hispánicas de la Universidad de Sonora, entre ellos alumnos y escritores con trayectoria.

La temática de los escritos es libre y solo se limita su extensión bajo una convocatoria específica. La convocatoria se difunde con el apoyo de los Ayuntamientos Municipales y agrupaciones de escritores, entre ellas el *Colectivo Internacional Cautivos por las Letras y las Artes*, *Colectivo Letras del Desierto*, *Tundeteclas* y *Escritores de Cajeme A.C.*

El lugar de sede del encuentro se ha alternado entre las ciudades de Hermosillo, Cajeme, Guaymas, Empalme, y cada año, se reciben alrededor de 150 propuestas de participación de sonorenses que viven en el Estado, pero también llegan trabajos del resto de las ciudades de México y de otros países.

En cada edición se integra una memoria de obras seleccionadas de los escritores participantes, las cuales son elegidas por un Comité editorial. Esta memoria tiene dos presentaciones: impresa y digital, la cual está disponible de manera gratuita en la Biblioteca Digital de la página del Instituto Sonorense de Cultura.

Desde el 2020, en su sexta edición, los escritores participan con lecturas de obra, conferencias y charlas de manera virtual vía plataforma Zoom y presencial.

La octava edición del Encuentro se realizó del 17 al 20 de noviembre 2022, en el marco de la Feria del Libro de Hermosillo, con sedes en Hermosillo y Ciudad Obregón. Gracias al uso de la plataforma virtual, se pudo llegar a más ciudades de la República Mexicana, lo que contribuyó a que el programa contara con un público nutrido de asistentes y con la participación de un mayor número de escritores.

Primavera Encinas

ENSAYOS

La cereza del pastel
Para una poética de la minificción
Angélica Santa Olaya

Confieso que el cuento es una de mis debilidades literarias. Junto con la poesía, es uno de esos manjares que disfruto casi de manera orgásmica por pequeños e inmediatos. No soy muy paciente para eso de satisfacer los deseos. Me gustan los textos breves y concentrados que me hacen explotar la emoción en forma de azoro, risa o tristeza y que me regalan satisfacciones que transitan entre lo intelectual y lo emotivo. Tal vez esta preferencia tenga que ver con mi carácter inquieto, o tal vez con el conocimiento del reto que significa escribirlos. Escribo cuentos desde que tenía once años y no he parado. El cuento es para mí un reto y una forma de placer. Quizá ambas cosas converjan en el placer doble que da construir un cuento eficiente –técnicamente hablando- y, a la vez, en el goce mismo de escribirlo como el cumplimiento de un deseo literario y visceral que surge de la necesidad de construir, mostrar, recrear, un evento real o imaginario.

Provocar “algo” emotivo y consistente en el lector con unas cuantas líneas no es cosa fácil. La economía de las palabras obliga a la precisión: toque exacto y aparentemente sencillo de una palabra sobre el papel. Es necesario el cálculo y la atención plena como en una cirugía quirúrgica. Un tajo mal dado, por pequeño que sea, puede dar al traste con el resto de la operación.

Dentro del género cuentístico surge -en tiempos recientes, ahora con el reconocimiento de ser considerado un género en sí mismo y no un accidente literario- la minificción que representa un reto todavía más complejo. Su tamaño nada tiene que ver con su

complejidad ni con el trabajo escritural y el ingenio que requiere para satisfacer un público lector cada vez más exigente.

Desde la extensión de una cuartilla hasta una sola línea, la minificción es, también, exigente con su autor. Incluso el título debe ser tratado con lupa y bisturí pues puede resultar no sólo útil sino esencial al desarrollo narrativo de la historia.

Sus características principales son, desde mi punto de vista: Brevedad, desde una sola línea hasta una cuartilla. Peso semántico, es decir, tener algo humano, universal, importante que decir al mundo. Fuerza o Punch; ese golpe que hace al lector lanzar alguna expresión verbal o gestual que nos indica que hemos movido su emoción o sentimiento, fin último de las Bellas Artes, recordemos que la Literatura es una de ellas y Calidad Literaria.

Las formas de escribirla pueden ser diversas debido a la influencia indirecta de los tantos géneros que la nutren desde la Memoria Histórica Literaria y desde la Lectura. Algunas parecen pequeños ensayos, crónicas, fábulas modernas o breves prosas poéticas. A mí me encantan esos textos híbridos de los que no se sabe, exactamente, que son. Y aquí pongo, siempre, el ejemplo del texto “La Basura”, de Alfonso Reyes, que considero una joya y al cual es difícil colocar en un solo cajón. Puede ser todo, crónica, fábula, ensayo, poesía, minificción o microrrelato.

Confieso que, en lo particular, no me interesa mucho meterme en definiciones estrictas acerca de si un texto es minificción, microrrelato o ninguna de las dos. Y me inclino por hablar de minificción que es el término amplio que puede contener a todas las demás posibilidades. Las definiciones estrictas corresponden al ámbito académico. Yo sólo sé que me encanta la brevedad. Como autora, escribo lo que me viene a la imaginación, al deseo o a la necesidad. Escribo sin proponerme demasiado seguir

alguna de las posibles influencias en cuanto a géneros literarios como la poesía, el ensayo, la crónica, etc. No soy muy partidaria de las clasificaciones. Al menos no, como un trabajo que me toque a mí ni por el cual me deba preocupar mucho. Yo sólo escribo y dejo a los académicos y a los lectores el placer inefable de colocar mis textos en el cajón que más les guste. Que les guste, eso sí que es importante para mí.

El maestro Lauro Zavala me dijo, acerca de mi libro “Feisbuqueo, luego existo”- el cual, según yo, es una especie de micronovela- que quien debe poner esas etiquetas es el lector. Así que obedezco y me dedico a escribir textos breves que es lo que, creo, sé hacer y ya.

Así pues, formando parte importante en el devenir cibernético de la sociedad actual, la minificción se ha convertido en un producto cultural buscado cada vez con más frecuencia debido a su semejanza con las características temporales y existenciales del espacio virtual tal como lo previó Italo Calvino en sus “Seis Propuestas para el Próximo Milenio” que, de hecho, ya estamos viviendo. Éstas son: Levedad, rapidez, exactitud, visibilidad, multiplicidad y consistencia.

La rapidez con que hoy se lee, se asimila y se disfruta responde a la vertiginosa velocidad con que los lectores, cada vez más instalados en la tecnología, se mueven entre bites y megapíxeles. La actualidad de la minificción va de la mano con el progreso cultural y tecnológico de la humanidad y de ahí su necesaria y contundente presencia.

Por todo esto, la minificción es, desde mi punto de vista, algo así como la cereza del pastel literario. Pequeña, redonda, necesaria y deliciosa para coronar el pastel de los amantes de la literatura que en ella encuentran el placer del bocado bien preparado por el autor quien disfruta no sólo la preparación sino,

en un acto casi voyeurista, la degustación de un manjar por un par de ávidos ojos lectores que gustan de las cosas breves y placenteras. Que la brevedad nos siga proporcionando el disfrute y la búsqueda de más.

La breve hoguera

José Luis Zárate

Lo que distingue a estos textos como relatos es la existencia de una situación narrativa única formulada en un espacio imaginario y en su decurso temporal, aunque algunos elementos de esta tríada (acción, espacio, tiempo) estén simplemente sugeridos.

Juan Armando Epple

Más. Amamos el más. Los circos de tres pistas ya no son suficientes. Twitter, Facebook, mp3, siete ventanas abiertas, multitask, ¿Whatsapp, .doc?

Acuñamos el término «realidad aumentada».

¿Cómo ver algo en tamaño mar de información?

Con un parpadeo.

No es casualidad el enorme auge actual de la microficción, los nanocuentos, la tuitera.

Historias en menos de doscientas palabras, unos párrafos, que incluso se sienten a gusto en ciento cuarenta caracteres.

A esas líneas les agrada mostrar un mundo en el destello despiadado del relámpago.

En el metro vemos a una persona que mira con horror su propia bolsa y antes de enterarnos por qué las puertas se cierran: estamos cien metros más allá de la respuesta.

Esa indeterminación la llenamos con conjeturas, hipótesis y, a final de cuentas, con historias.

Hemingway dice: «Un escritor [...] puede silenciar cosas que conoce, y el lector, si el escritor escribe con suficiente verdad, tendrá de estas cosas una sensación tan fuerte como si el escritor las hubiera expresado. La majestuosidad de movimientos de un iceberg se debe a que solamente un octavo de su masa aparece sobre el agua».

¿Cuál es entonces el placer?

El de completar la historia, el de ver un paisaje más grande que el ofrecido.

Violeta Rojo afirma: «la microficción exige la participación del lector».

Es un trabajo colaborativo.

Para que el texto tenga un significado, hay que pensar en lo omitido. Una línea nos invita a que la terminemos.

Dolores Koch: «su poder de sugerencia permite más de una interpretación».

Rorschach estaría orgulloso de todo lo que los lectores imaginan.

Lauro Zavala: «la minificción es la narrativa que cabe en una hoja»; sin embargo, las historias y los ecos que despiertan son más grandes que esas líneas.

Piglia: «el cuento es un relato que encierra un relato secreto».

Hay quien ve en la microficción una casa vacía, un esbozo en un plano, pero los lectores la llenan de sus fantasmas y ecos, y una línea es una ventana, y un cuarto y el secreto dentro de él.

Raúl Brasca: «La minificción aún no ha sido domesticada».

Observen cómo metemos la cabeza en sus fauces...

Los lectores de minificción disfrutan de su variedad genérica, de sus juegos metatextuales, de sus referencias ocultas.

Su pericia para saltar de un medio a otro no sólo está presente en libros y antologías (bastante abundantes ahora), sino que se encuentra a gusto en pantallas y redes sociales.

Uno de los sitios web que recopila la microficción en Twitter cuenta con medio millón de seguidores. Gente que quiere que una línea le cuente una historia, la sorprenda, aliente, asuste, alegre o la entristezca.

Gente reunida alrededor del resplandor de la pantalla (hoguera electrónica) para escuchar un cuento.

¿Cómo no amar la minificción?

Minificción, cuento y relato

La mujer hermosa muerta trágicamente

Ricardo Campos Ruelas +

Sofía era muy bella, llena de vida y de no más de 25 años de edad. Esa mañana la encontraron sin vida en medio de un charco de sangre. Alguien le cercenó las yugulares y por ahí se le escapó la vida. Ella sabía que su vida corría peligro pues muchos de sus clientes tenían problemas síquicos que los convertía en hombres potencialmente peligrosos.

Últimamente la visitaba mucho un varón que le proponía dejar esa vida y formara un hogar con él. Ella sabía que en ningún lado ganaría el dinero que ahí sacaba, además, casarse le quitaría independencia y tampoco estaba convencida que formar otra familia era la mejor opción para ella y su hijo.

Tras notificar la muerte de Sofía, la casa fue invadida por peritos forenses que no supieron detectar unas débiles huellas ensangrentadas de pies femeninos que salían de la escena del crimen. Esos pies se reunieron luego con el cliente de Sofía. Él le decía: — Créeme por favor, no existe otra mujer. — Ella reía por dentro y con voz cariñosa le decía: Te creo amor, te creo.

Restos de humanidad

Ricardo Rodríguez Mijangos +

25 de febrero de 2022

Soy un estudiante mexicano. Estudio música en Kiev, Ucrania. Cuando inició la invasión, decidí quedarme aquí para apoyar a la resistencia.

28 de febrero de 2022

Solo me comunico con un comandante que habla inglés y ha aceptado mi apoyo para mover heridos a la retaguardia, para llevar comida y medicinas a soldados atrincherados.

14 de marzo de 2022

Ahora que repelimos a los enemigos y estos dejaron sus trincheras, en la región donde estuvieron hay evidencia de que son unos salvajes... y los odio.

1 de marzo de 2022

Me enviaron a hurgar en las trincheras abandonadas, para ver si no quedaron armas u otros objetos.

2 de abril de 2022

En una barricada encontré un libro de Shakespeare. ¿Se le olvidó al soldado que lo llevaba consigo o él murió? Espero sea lo primero, es el único soldado enemigo que deseo, no haya muerto.

Caída libre

Jonathan Alexander España Eraso

Desde esta página, un hombre te mira. Ausculta tus ojos e imagina multitudes en tus pupilas. Impaciente abandona este renglón...

Se te acerca. La distancia deja de ser un límite. Parpadeas y todo se oscurece y se ilumina. En la intermitencia, escuchas un coro que te anuncia: «¡Somos legión! ¡Somos legión!».

Te distrae el sonido de las palabras que chapotean y se hunden en tu imaginación. Unos segundos más tarde, el coro calla. La escena no te perturba. Piensas: «¿En dónde está el hombre que me miraba?». Una espiral de ecos te arrastra. Tras caer texto abajo, lo descubres. Descifras su espera.

Un hombre se mira, te mira, nos mira y maldice su condición de lector.

Por fin, levanto la voz: «¿Quién dijo que aquí la historia es sólo la historia?».

Sortilegio

Jonathan Alexander España Eraso

Te detienes en la página. Observas recóndita una casa de campo. Mientras lees, te vas acercando a ella. Los pájaros cantan. Lo único que tienes claro es que debes avanzar. El cielo y la tierra lucen blancos. Un camino sinuoso te conduce por parajes donde la espesura del maíz te resguarda de tu mirada. Sigues marchando hasta que arribas a un patio en el que un anciano sobre una mesa de madera, lanza, una y otra vez, un puñado de granos. Dentro de un lebrillo de agua cae uno de ellos. El anciano pide que te acerques. En el agua ves el cielo, la tierra, maizales, un camino, pájaros, una casa y un anciano que orbitan sobre el grano de maíz. El pequeño planeta te muestra el sortilegio: tus ojos dejan de leer.

No hay mal que por bien no venga

Angélica Santa Olaya

Era la desafinada del grupo. Cuando ella cantaba, Zeus creaba una tormenta para no escucharla. Ante el embate de las olas el mástil del navío se cimbró y Odiseo cayó al mar. Inconsciente como estaba, no se percató de los brazos amorosos lo rescataron. Cuando la sirena llegó feliz a su guarida en el fondo del océano, con Odiseo desmayado, sonriente dijo: Gracias padre, nadie sabe para quién trabaja.

Sacrificio

Angélica Santa Olaya

Las sirenas renunciaron a andar por la tierra sólo para arrullar con sus cantos al mar.

Apuntador

José Luis Zárate

(Texto ganador del Premio de Cuento Brevísimos de la “El Cuento. Revista de la imaginación” de Edmundo Valadés)

—¿De dónde sacas tantas historias? -preguntó el sultán, pero Scherezada jamás le reveló lo de su apuntador electrónico ni de su hermana escondida en una recámara alejada, con un libro de cuentos en la mano y un walkie-talkie en la otra.

El beso

José Luis Zárate

—Mamá, ¿por qué nadie me quiere?

—Si no hicieras regresar a los muertos...

—Entonces ¿cómo me darías el beso de las buenas noches?

El dinosaurio que no podía dormir

José Luis Zárate

Érase un dinosaurio que llegó a la fama no por méritos propios, sino porque despertó al lado de la persona equivocada que, para colmo, se tomó el asunto a lo trágico, lo comentó a todo el mundo, y lo publicó en su Facebook.

El dinosaurio no entendía cómo un hecho estrictamente íntimo podía obtener 27,500 likes y 4,355 comentarios en sólo unas horas.

Lo peor, claro, fueron las fotos en Instagram y el video en YouTube que fue retirado por contravenir las normas morales del servicio, pero que para entonces había sido clonado y ubicado en mil sitios distintos.

Vio a quien había iniciado la tormenta mediática llorar en tres noticieros distintos, un par de programas de variedades y un talk show. En todos ellos decía, llorando, con lágrimas de furia, de resignación, de asco, de vergüenza, de odio: “Y cuando desperté...”

Con qué horror el dinosaurio vio al público entero corear el remate de la frase: “... todavía estaba ahí”.

Lo peor fue el meme, la canción (reggaeton, además), los llaveritos.

De alguna manera apareció en su LinkedIn y en su entrada en la Wikipedia aclaraban que él era ese dinosaurio.

La gente con quien dormía hacía siempre el mismo chiste al despertar (“¿Sigues ahí?”) y escuchó tantas variaciones malas sobre el tema que dejó de acudir a fiestas y se planteó

seriamente las ventajas de la vida célibe y solitaria del anacoreta.

Tomó demasiado café y las noches le parecían pobladas de risas y se negaba a dormir porque era lo que había empezado todo.

La zorra (que había sido difamada en más de una ocasión — no siempre falsamente—) le recomendó que tuviera paciencia. La memoria de la masa, dijo, es un conejo que corre buscando siempre otro agujero.

El dinosaurio no entendió la metáfora, pero agradeció el consejo y se resignó a esperar a que se cansaran de atormentarlo.

Pasó tiempo (incluso la zorra se sorprendió) pero al fin la tormenta empezó a amainar. El dinosaurio ya no fue tan popular y su imagen dejó de aparecer en diarios amarillistas y sitios XXX.

Y entonces pasó algo raro. El dinosaurio se sintió menos real después, hubo un vacío y un ahogo cuando los reflectores se alejaron y alguien no supo cómo completar el estribillo: “Y cuando despertó...”

El dinosaurio hizo un álbum de recuerdos, guardo los souvenirs y bibelots creados con su imagen, se encontró tarareando la canción y los chistes rancios le parecían increíblemente ingeniosos.

Ahora, cuando se rasura frente al espejo, cuando un funcionario le pregunta su nombre, cuando alguien duerme a su lado, el dinosaurio añora la fama y se pregunta si él en realidad sigue ahí.

Sabáticamente vaca

Clara Luz Montoya

Cuando mis hijas tocaron la puerta, les grité que podían pasar, que ya estaba lista para irme al aeropuerto con ellas. Pero mis palabras se convertían en mugidos, palabras de vaca. Mis piernas cortas batallaban para bajarse de la cama y sostener mis trescientos kilos contenidos en este cuero duro, cubierto de pelo y manchas negras.

— ¡Ay!, no podía abrirles la puerta porque ahora no tengo dedos miren, les dije angustiada mientras ellas entraban. Pero no me entendían porque yo solo mugía, no me salían palabras de persona, sino palabras de vaca.

— ¿Ya vieron que ahora soy una vaca? creo que es culpa del Ganges, que hubo una confusión de deseos. Esta mañana cuando corríamos desafortunadas al río para alcanzar el amanecer, deseé como treinta veces ser vaca para que no me atropellara la gente, ni los autos. Cuando me interné en el río mi único deseo solicitado a los dioses fue que ustedes fueran felices. Pero algo falló y ahora soy esta vaca pinta, de pesuñas regordetas, así que no sé si me dejarán subirme al avión o tendré que quedarme a vivir aquí para siempre.

Yo les seguía hablando, pero ellas seguían sin entenderme, solo me salían mugidos, más palabras de vaca, y ellas se carcajeaban. Desesperada les supliqué que solicitaran ayuda para mí, que fueran con algún gurú importante para regresarme a la persona que era, pero ellas seguían sin entenderme porque no paraban de reír. Cómo eres exagerada, dijo Marilú, todo porque te lleven la maleta, presta acá yo te llevo.

Sorprendentemente no me veían como vaca, ellas creían que yo bromeaba. Nadie en el hotel al parecer me veía como lo que realmente soy, una vaca, sino como una persona.

— Ahora me gustará comer ramas y espantarme las moscas con la cola, les seguí palabreando cual vaca desesperada mientras caminaba tras ellas.

— Creo que estaré por el resto de mi vida perdida y el secreto de que soy vaca lo llevaré hasta mi tumba, pensé. Pero al cruzar la calle para llegar hasta la estación de Tuk tuks, como trescientos autos y motos se pararon simultáneamente y dejaron pasar mi regordete cuerpo vacuno.

Me alegré por un instante de ser lo que ahora soy: una vaca.

Gelotofobia

Julia Melissa Rivas Hernández

El duende entró aquí, me dije la noche en la que escuché abrirse la puerta. Está junto a la puerta, el maldito entró y ahora me ve, esperando que yo me levante de la cama o voltee apenas lo necesario para tratar de observarlo en la penumbra, entonces él sonreirá mostrando sus ojos y dientes blancos en medio de la noche. Sé que apenas veré esos ojos y esos dientes resplandecer para que la duda no alcance a disiparse. Él esperará entonces a que me levante y poco a poco me acerque, y mientras también poco a poco lo voy vislumbrando más y más, él sonreirá mostrando aún más sus dientes, haciendo crecer mi miedo; ¿qué chingados quieres?, le preguntaré entonces, y él hablará, por fin hablará y su voz será aún más deforme de lo que antes he imaginado. De todo esto, nada quiero hacer.

O quizá es por mi esposa que no me levanto, es por mi esposa me digo, por ella es por quien más temo, por ella no me salgo de la cama y voy hacia donde está el duende sonriendo. Por ella tomo su mano fuertemente y altero apenas un poco su sueño. Qué pasa me pregunta ella en duermevela, ¡cállate, es el duende y te va a oír!, eso quiero decirle, pero mi temor ha crecido tanto que no logro expresar nada.

Ya he pasado por esto antes en otros departamentos, ya he creído que el duende me ve, que entra a mi habitación, que me observa y he evitado verlo, he cerrado como hoy los ojos rogando que se vaya, que de una buena vez por todas se vaya. Y ya he pasado por repetirme lo que otros me han dicho: todo está en tu mente, es una condición común que afecta a muchas personas, puedes controlarlo.

Me aferro a la mano de mi esposa y cierro los ojos que lagrimean, y aunque puedo prender la luz, ver hacia la puerta y percatarme de que no, no hay ningún duende ahí y que todo está en mi cabeza... ¿qué hago si al subir el interruptor él realmente se encuentra ahí?

**Un extraño lienzo lúgubre esconde la ciudad
de los rayos del sol**

María Dolores Rodríguez Hernández

Estos son los titulares de los diarios en Madrid, a finales de junio de 1783. En aquel verano cuando recordarán, la superstición y el pánico se asentaron en los corazones de la población. Las notas eran semejantes a esta:

«Mientras la gran sombra cubría los cielos europeos, a miles de kilómetros, en un lugar de Islandia, la fisura del Lakí vomitó sus entrañas (la razón de los negros cielos en Europa). La erupción, sorprendió a una pareja que fue bañada por la ardiente lava, fundiendo sus cuerpos en una trágica, pero bella escultura que nos recordará por siempre el fatal suceso».

Profesora de primer grado “La Bruja del Oeste”.

Sofía Amaya Pimentel

28 de Marzo de 1527

Escuela Secreta: Esoterismo y Hechicería

A quien corresponda:

Tenemos el honor de informarle que su solicitud ha sido aceptada para ingresar a nuestra prestigiosa academia, donde usted podrá utilizar la magia como una herramienta para hacer que su voluntad se haga realidad.

Por una módica cantidad mensual de \$1,000 dólares (no incluye libros ni varita), usted podrá hacer uso de las instalaciones de nuestro inmenso instituto, solo queremos advertirle que perderse es muy común, por lo que recomendamos traer su gato negro favorito como guía para no faltar a ninguna de nuestras lecciones.

Al finalizar su carrera, usted se graduará junto a los únicos compañeros que sobrevivan los torneos de escobas voladoras que realizamos cada año. Sin más, me despido y esperamos verlo este próximo inicio de clases.

Profesora de primer grado “La Bruja del Oeste”.

El chofer

Lucía Ordóñez

Era una tarde soleada. Mientras esperábamos a nuestros padres, el chofer de uniforme azul triste, nos llevó a mi hermano, un amiguito y a mí, a la finca de mi tía. En esta no había nadie. Abrimos la verja blanca. Antes de lanzarnos al agua azul verde, yo me deshice de mi vestido de lacitos; ellos de sus pantalones delicados y melindrosos. Nos metimos a bañar en la piscina. Mientras, el chofer esperaba dentro del carro. Yo estaba en la parte panda de la alberca, enfundada en mi traje de baño rosa fuerte, jugando, bailando, creyéndome que era una princesa. En ese entonces tenía el pelo largo y rizado, y lo movía para abajo y para arriba y a los lados. El chofer se había bajado del coche y permanecía recargado sobre la baranda que rodeaba una parte de la piscina. Viéndome todo el tiempo. Alcancé a percibir su mirada, distinta. Era una mirada contenedora y... Animal. Yo fui consciente de eso. Pero me hice como la que no. Y seguí allí. Y el hombre con esa mirada penetrante, muy seductora. Me gustó sentirme la protagonista de esa mirada. Seguí allí. De pronto él me llamó. Yo me acerqué y vi al hombre acuclillado y de piernas abiertas frente a mí que me dijo:

—Oiga señorita ¿usted quiere que le enseñe a manejar?

El monstruo

María del Carmen Islas

Ninguno de los tres chicos se movió. Parecía que les había pasado algo. Miraban por encima de sus cabezas como si estuvieran viendo venir algo detrás de ellos. Pero él, quien tuvo miedo de volver su cabeza, fue el único que la mantuvo sobre sus hombros.

INFORMACIÓN NUTRIMENTAL

Yolanda Daniela Rivas

Información Nutricional

Cantidad por porción: 100 gramos.

Tamaño de la porción: 1 personalidad

Porciones por cuerpo: 4

% de Valor diario

Calorías generadas por ira:

350 mentadas de madre.

% del valor diario:

100% necesarias para disociar la realidad.

*

Primer homenaje a J.J.A.

Irma Urtiz

La mujer que amé, se ha convertido en fantasma.

Yo soy el lugar de las apariciones

Juan José Arreola

¿Que si existen los fantasmas?

Yo vivo con uno en casa, no habla, no escucha, no atiende, lo veo deambular

toda la noche, asomarse entre las cortinas, tratando de que no lo vea. Pobre, no se ha

dado cuenta de que disimulo, hago como si no existiese. Y es que a mí, las apariciones

sorpresivas, siempre me han hecho vibrar.

Mi declaración

Ángel Héctor Vázquez

Todos creen que el Tony me bajó a la Karlita. Ni al caso. Pero, mi desgracia es pública, desmentirlos no tiene caso, total, no me van a bajar de pendejo.

Nos conocimos el primer día de secundaria cuando cruzamos nuestros dedos apuntando a la lista al mismo tiempo, como los mosqueteros. Karla, chaparrita, morenita, inteligente, bonitos ojos aun con sus “fondo de botella” y nunca se quitaba el suéter de la escuela; Antonio, güero, castaño, alegre, siempre con buenos útiles, zapatos bien boleados y yo, pero de mí no hace falta hablar.

La tragedia ocurrió en tercero. Cuando vi las listas sentí el mal augurio. Desde la primaria siempre estuve en el grupo A de los aplicados, me cambiaron al B de los burros. Siendo tan pocos los que pasaban al último grado, a quienes llegábamos nos acomodaba el director. No lo merecía. Superé todas las trampas de A. Baldor, y creía que le caía bien porque le quité lo aburrido al día de la bandera con el ritmo de mis dedos. Los mosqueteros dejamos de estar en el mismo salón.

Aunque nos seguíamos frecuentando, nada era igual a los años anteriores. Ya no nos veíamos al voltear el mesabanco, y se acabaron las lecturas de comics en el cambio de maestro.

En la hora del receso me topaba en las escaleras a Karlita, el Tony andaba muy perdedizo. Íbamos con Don Juan a comprar unos tostitos con salsa valentina, a través de la reja de la escuela. Ella me contaba seguidamente que el Tony la molestaba, le daba unos golpecitos que decían que ya la tenían enfadada, pero yo ya lo conocía y era parte de su cura, me tenía

que aguantar la risa cuando ella apretaba la nariz y parecía que hinchaba los cachetes. Y así pasábamos el receso. Platicando de los programas en el canal 5 y de las cosas que nos pasaban en las clases y en la casa recargados en esta vieja pared que ahora tiene un graffiti que me disgusta.

Estábamos por terminar el año, el profe de danza nos decía que debíamos elegir compañera para el vals de la graduación. A mí me valía madre, la Karlita bailarían conmigo, de eso estaba seguro.

Recuerdo ese receso, había algo diferente, ella no llevaba el suéter del uniforme y hubo momentos donde noté que bajó la voz. Sonó el timbre, caminábamos a nuestros respectivos salones cuando me di cuenta de que estaba chocando sus dos dedos índices. Le pregunté si pasaba algo, no la entendí muy bien, pero era relacionado con la graduación, la tome de los hombros, la miré fijamente a los ojos, y le dije que no se preocupara, ya estaba resuelto. Hizo una mueca que nunca había hecho y subió las escaleras. Regresé al salón, me quedé platicando con el Pancho, y me presumía el cabrón que desde que le confesó a la Paty que le gustaba, estaba muy feliz y ya tenía con quien bailar el vals, que sí yo pa' cuando, sí ahí nos veían sentados todo el receso, yo no ocupaba confesarle que me gustaba, ya la tenía segura.

Cuando faltaban dos semanas, me sorprendió no encontrar a Karlita en las escaleras. Fui al salón del A, saludé a los conocidos y buscaba su lugar. No la encontré, en su mesabanco estaba el Tony, me puse a cotorrear con él hasta que me dio una noticia que me dejó en shock. La Karlita lo había aceptado para la graduación. Me preguntaba cómo había sido, si no se llevaban tan bien. No podré olvidar su respuesta; imitó la nariz apretada, la voz e incluso los pucheros de Karlita, cuando le dijo que la persona que deseaba que la invitara no la peló.

Mi charla animada con el Tony se acabó, le choqué la mano y salí del salón. Me temblaban las manos, sentí los bellos erizados y un nudo en la garganta que solo pudo ser desatado cuando me puse en el barandal del segundo piso y grité a todo pulmón “SOY UN PENDEJO”.

Intento de suicidio

Anja Aguilera

—¿Qué buscas tú?

—¿Yo?.../¡Placeres!

—Entonces, no más/ disputas por las/ mujeres.

Y sepa yo, al fin,/ tu novia, Arlequín...

—Ninguna./ Mas dime, a tu vez,/ la tuya.

—¡Pardiez!.../¡La Luna!

Manuel Machado

Dicen que lo *friendzoné*, pero esto es falso, no es maltrato en el amor detener el galanteo previamente consentido.

Con Pierrot siempre fuimos buenos amigos, como colegas es normal que crezca el interés y la cercanía. Me mandaba mensajes por la mañana, iba a todas las fiestas a las que yo asistía, comentaba mis *instastories* y le ponía “me encorazona” a mis publicaciones en Facebook. Cuando Arlequín discutía conmigo, él era súper lindo, me traía un *macchiato*, íbamos al sushi y me mandaba *whatsapps* motivadores. Cuál es el problema de disfrutar su compañía y prescindir de su cama.

Esmeraldina, a las otras chismosas de la oficina, les dice que yo le coqueteo para después darle habas. Que mi risa es provocadora, y que, porque me gusta el *bling-bling*, soy una interesada, pero nadie juzga la pasión obsesiva por un astro tan inconstante como la luna de ese trágico cariblanca. ¿Quién puede tomar en serio a quién se enamora de un satélite?

Pues que los cuernos de la luna y sus ridículos botones le hagan compañía, será muy buena persona, como dicen, pero mira que escribir “Soy de Colombina hasta el más allá” y poner a un lado mi retrato, ¡foto que ni siquiera le di yo! ¡la sacó de mi *timeline*!

No, señor, no pienso visitar a ese dramático en el hospital, esta Paloma no volará a su nido, y espero que el lavado de estómago le enseñe que en este siglo él que la sigue no siempre la consigue.

Confesión

Anja Aguilera

Lo hice por lástima, ¡pobre hombre!. Hubiera sido muy fácil subir al camión, invitarnos a comprar sus palanquetas corrientes y ya está. Pero no, se aventó su rollo insufrible comenzando con que ya lo conocíamos, que a veces cantaba, boleaba zapatos o vendía estampas de santos, pero que esta vez se encontraba en verdadero infortunio, y fue ahí donde me conmovió. Yo intentaba no escucharlo, porque me brotan estos sentimientos con la gente sufrida. Decía que llevaba meses desempleado y su mujer tenía cáncer, necesitaba juntar no sé cuántos miles para hacerle un estudio. Que la seguridad social y los hijos no ayudan. Cualquier apoyo que sea su voluntad, Dios y la virgencita se lo pagarán, sobre todo por ayudar a este anciano con cuadro de neumonía que todavía sale a las calles a ganarse el pan. Yo bajaba pasando la glorieta y el viejo terminó de recoger la caridad al mismo tiempo. Pedí esquina y le di el paso, la puerta se abrió antes de hacer alto y pensé: lo ayudo más al quitarlo de tanta pena, y lo empujé fuera del camión. El coche a exceso de velocidad que lo arrolló ya fue cosa de la Providencia.

Musa

Tania Rocha

Voy por un sendero añoso y polvoriento que da a la catedral. Está a un par de kilómetros de mi casa. Me agrada ir a tocar por las tardes porque la acústica es buena y, como está abandonada, me siento a mis anchas. Un rato después termino en el antiguo recinto de ladrillos grisáceos, me gustan las siluetas angelicales esculpidas en sus muros.

Me detengo bajo la pobre protección de un ahuehuete, el viento quejoso arrastra una fina capa de nieve desde sus hojas al suelo cuando salgo del auto, cargando mi chelo en su estuche.

Camino hacia la entrada, un par de puertas de hierro erguidas como espigas. Asomo la cabeza, soy un topo saliendo de su guarida. En lo alto de las paredes se refleja el resplandor del día que filtra los vitrales con sus figuras de discípulos y santos, iluminando las baldosas plomizas y los pilares de mármol. Tengo la viva impresión de ser transportado a un castillo medieval.

Hay bancas y bancos esparcidos por doquier.

Conforme me adentro la claridad baja paulatina y tenue hasta mitigarse, dándole un aspecto misterioso al complejo.

Siento el cobijo de la paz silenciosa por un momento, hasta que vislumbro a una mujer. Está sentada en una silla de madera con un violoncello entre sus piernas y la pica del instrumento clavada en el piso. Los rizos le caen sobre los hombros escuálidos cuando alza la mano pasando el arco sobre las cuerdas.

Los rayos del sol se traslucen por los vitrales del techo abovedado y las motas de polvo quedan atrapadas, flotando en haces de luz derramados en su cara y sus manos, siguiendo el fino juego de sus movimientos, creando sombras entre sus dedos.

Todo el solemne conjunto se impregna de música. Cada sonido se intensifica estallando en mis sentidos, como si mi mundo estuviera conectado a un amplificador gigante, como si el aire se comprimiera y mis pensamientos fueran bloqueados por una fuerza vibrante y adictiva.

La música crece y se expande a lo alto por toda la catedral, como una semilla que echa raíces a diestra y siniestra. Conozco la pieza, está en mi cabeza. La chica mira hacia el muro como si estuviera perdida en un universo mítico donde las notas: corcheas, negras, redondas y blancas, revolotearan como mariposas. Sus dedos se mueven entre las cuerdas con precisión y casi siento que puedo volar. No puedo evitar el impulso de sumarme a la melodía que crece en mi mente.

Me siento en un banco cercano y acomodo mi chelo, tiro la pica abajo, pongo los brazos en posición, tomo aliento y lo consigo, me sincronizo a la par de la mujer. Toco con facilidad siguiéndole el paso. Ella ni siquiera voltea a verme. Es como si estuviera poseída.

La música gira y baila dentro de mí como un trompo. Froto las cuerdas, la piel se me eriza al rozar el crescendo. Hay una sensación de desesperación, de anhelo, nada me haría parar, la tierra podría partirse en dos frente a mí y yo seguiría tocando.

Observo a la mujer, su cabello es castaño, distingo sus ojos color ámbar y la elegancia en sus movimientos. No es especialmente hermosa, pero quiero que me vea, que voltee hacia mí y vea lo mismo que yo veo en ella; esa pasión que

resalta enseguida y cuando te atraviesa como un trueno, te dan ganas de salir corriendo y hacer lo que amas... para algunos deben ser unas ganas inmensas de tallar o pintar. Te provoca un hambre de más.

La emoción amenaza con romper las fibras de tu humanidad, si no la dejas escapar; de pronto es como si todo aquello no encontrara cabida en tu pecho e inundara tu cuerpo, amenazando con desfigurarlos.

Es un placer. Simplemente no lo quieres soltar.

No sé cómo describirlo, cuando estás en presencia de una persona que hace algo que ama, te impregna los sentidos, las entrañas te empujan desde dentro. Es el fulgor en su mirada, un destello en sus movimientos, hay algo inmortal en ello, como si estuviera más cerca de la divinidad.

Cierro los ojos, siento el mástil rozándome el cuello. El sudor en la frente, el tiempo detenido ante la creación, la necesidad insaciable de dejar de existir y ser uno mismo con la pieza.

La boca se me seca, me relamo los labios. La pieza está en las últimas, lo sé y, aun así, cuando finaliza lo siento abruptamente, como un despertar exaltado...

La chelista ya no está, se ha marchado, pero no se ha llevado la magia, esa está conmigo, atrapada en mis dedos y hormigueándome el cuerpo. Cierro los ojos despacio y por unos segundos vuelvo a mirar a la mujer.

A veces, con frecuencia, siempre....

Mónica Ramírez A.

Creció rodeada de carne, pero no de esas que se acarician, ¡No!, más bien de esas que hombres y mujeres con habilidades para aderezar convierten en delicias culinarias. El sello viene de familia. Por generaciones se han dedicado a ello y quienes no habían probado las muy distintas formas, que tenían de preparar la carne que los suyos guisaban, no merecían decir que en su vida habían probado un manjar. Por eso parecía que en esta niña se habían combinado las recetas mejor guardadas, generación tras generación. Algo la hace distinta. Todavía no terminaba la primaria y la niña se veía muy bien dotadita, como si estuviera lista para prepararse a fuego lento. Por donde pasara, pasillos de la escuela, salones de clase, la calle misma; su solo andar provocaba que hombres y mujeres de todas las edades voltearían a verla, como cuando un buen corte va de la cocina a la mesa impregnando con su olor todo el camino, invitando al placer más primitivo. No importaba cuan quietecita se quedará, incluso sin moverse, se veía apetecible y su sola presencia despertaba adicción a degustarla. Ese deseo de probarla no acaba ni cuando el sol perdía su fuerza, aunque la casa quedara en silencio y todos descansaban, se oían pasos de madrugada que se mezclaban con el canto del búho, que habitaba en el viejo árbol del patio y uno que otro chisporroteo del fogón que siempre permanece encendido.

—Padre Tavira, confieso que casi todas las noches escucho cómo se desliza mi esposo de la cama. Abro los ojos y veo las

cortinas moverse por el aire del ventilador, mientras él sale del cuarto. Nunca he tenido el valor de seguirlo y ver exactamente hacia dónde va, ¿qué hace? Me aterra la idea y no me atrevo a preguntar ni a él, ni a mi hija, que todo mundo sabe es una mujercita bastante agraciada. He luchado con la idea de descubrir lo que solo

supongo, quizás porque en el fondo prefiero ignorar la verdad. Sorprenderlos, ¿y luego? ¿qué haría? Cuando por fin regresa, todavía mojado del baño que tomó y le preguntó por su tardanza, me responde que tuvo necesidad de refrescarse. ¿Refrescarse de qué? ¿Qué hace durante todo ese tiempo? ¿Qué pasa mientras yo me quedo sola en cama? ¿Por qué hasta el búho calla cuando se escuchan ruidos en el cuarto de al lado y al mismo tiempo se pueden percibir los relumbrones del crepitar de las brasas que no dejan de estar encendidas? Hasta hoy, he tenido el valor de venir a confesarlo. Debería ser yo quien la proteja. Como esposa tengo claro que debo aguantar y complacerlo a él en todo lo que haga. ¿No será padre, qué lo que tengo es envidia de que él prefiera el sabor de su carne que la mía? ¡Qué difícil ser un apéndice de él! Absuélvame, padre... —

Es papá de nuevo. Oigo sus pasos, conozco lo fuerte de su andar, que insoportable que se meta en mí, casi todas las noches. Su respirar apesta. Cierro los ojos cuando me atraviesa como mariposa y solo aprieto las sábanas.

—Tienes que ser buena niña. Te has portado mal, Papi te quiere mucho. Shhh, guarda silencio. Calladita te ves más bonita. —

Soy consciente de las miradas masculinas que me gusta provocar, nadie es distinto: mis compañeros del colegio, mi novio inexperto que busca hacerme caer en la tentación, y que no lo logrará porque segura estoy, no es mejor que mi papá. El

cura que cada domingo en misa no me quita los ojos de encima y que me ve con más ganas de probarme que ese pan y ese vino que bendice en el altar, sin necesidad de desnudarme cuando pone sus ojos en mí. Me gusta sonreírle cuando le descubro y hago que se le suba el color, y seguro... ¡otra cosa!

Noche a noche mi padre me busca con el pretexto de estar en edad y enseñarme a ser mujer. ¡Valiente manera de ayudarme a crecer! Mi madre, siempre al pendiente de él, lo único que hace es purgarse en un confesionario, con un sacerdote frustrado por su condición de abstinencia y ayuno, hambriento en todos los sentidos, y creyéndose dueño de lo que hay en nuestros platos y mesas.

Y fue así que, bajo el rechazo de toda una familia y el desprecio del pueblo, por no ser como ellos querían que fuera ¡de golpe tuve que crecer! Desde ese día supe que tendría que ser parte de muchos menús hasta encontrar la aprobación y la aceptación en cada encuentro amoroso. Sanar la vida, curar heridas, llenar vacíos, y maldecirme tras cada encuentro carnal insatisfactorio.

“Golondrinita, Golondrinita, Golondrinita, ¿no te quedarás otra noche conmigo? ...” Lo repito cada noche hasta quedarme dormida. La luz de cada día deshace mis temores. Tras quitar mi pijama, cada día me vuelvo armar. La niña que habita en la mujer que soy me susurra al oído: “Pase lo que pase continúa ingeniándotelas para seguir sonriendo, y siendo feliz” A veces, con frecuencia, siempre....

**En un momento, cuando la noche dormía tranquila, y yo con
ella los ladridos de los perros nos despertaron**
Lolys Rodríguez

Fauces abiertas, colmillos en escena en una danza mortal, gruñidos violentos, aullidos suplicantes, dientes filosos, bufidos, gemidos, quejidos y más gruñidos furiosos, instintos salvajes en acción. Un escandaloso revuelto enlazado en sangrienta lucha.

De repente, un estruendo de pies sobre las escaleras prestos a ayudar bajó en tropel. Gritos desesperados llamaron al domador de las fieras y confirmaron el encarnizado espectáculo.

Yo, vi la sangre deslizarse de los garfios, y el cuello colgando del bramido lastimero. El encarnizado espectáculo que me dolía.

La entrenadora bajó, separó a los contrincantes y así como comenzó el caos, repentinamente todo cesa, todo acaba.

Sin embargo, y aunque todo sucedió en su mente y en la mía, no me quise levantar a ver el hecho sangriento. Quizá por eso, yo sigo viendo un charco de sangre sobre la noche extendida, abarcando el suelo.

Un eco no ignorado

Lolys Rodríguez

Federico se burla de su compañera de enfrente. Cada día su voz suena como el chirrido de balatas desgastadas.

Agustina intenta ignorar las palabras que como dardos se clavan en sus entrañas, sigue absorta en su trabajo. Recuerda, cuando cursaba la secundaria, una compañera le dio una bofetada y ella puso la otra mejilla; piensa, cómo hacer para que la burla no le afecte. Sigue concentrada en su labor.

Sus compañeros de trabajo "hacen oídos sordos" a lo que Federico dice. Las saetas siguen y se clavan inevitablemente. Agustina no soporta más. La voz insistente y fastidiosa ha escarbado hasta llegar a la herida que intenta ocultarse.

Agustina, se levanta de su escritorio, dos ríos corren por su rostro, desvía su cauce con el dorso de la mano. Federico, no contento con lo que ha ocasionado la sigue y le obstruye el camino. Ella trata de desviarlo, pero él la toma del hombro y le da un pequeño empujón. Agustina no resiste más y levanta su mano batiendo el rostro que tiene enfrente.

Al día siguiente es llamada por la dirección del prestigioso colegio donde labora. El "plaf" sí llegó hasta el oído del

director, a pesar o gracias a eso, el chirrido molesto no se escuchó más.

Mañana

Gabriela Robles Briseño

Tumbado sobre la cama observo mi habitación. Sabrina está ahí, como siempre, enfundada en su bata rosa sospechosamente abultada en las bolsas delanteras. Guarda algún bocadillo para comerlo más tarde, debajo de las sábanas. Se unta las manos con crema, las talla una contra la otra, una vez, dos veces, tres veces. Voy a dejarte, le digo. Sabrina se sienta muy cerca de mí. Se da pequeños toquitos alrededor de los ojos. He dejado de quererte, retomo. Quiero que sepas que no hay nadie más, simplemente ya no quiero estar contigo. Creo que será mejor que me vaya mañana mismo. ¿Crees que le he puesto demasiado ajo al pollo?, contesta ella. ¡Eso qué tiene que ver!, le digo. Te huele mal la boca, dice. El pollo había estado bien, un poco seco si acaso. Quizá la muela me esté dando lata de nuevo. Tendré que ir a revisarla. Lo haré mañana, después de la oficina. Hazme una cita, ¿quieres? Que sea de una hora y media esta vez, a ver si así me la dejan bien. Sabrina se acuesta a mi lado y apaga la lamparilla de noche. Me da la espalda y se tapa la cara con la sábana. Escucho el crujir de un envoltorio. Buenas noches, me dice, y comienzo a escuchar sus sigilosos ruidos de roedor. Por fin se ha dormido. Otra vez está respirando por la boca y roncará. La muevo para girarla de lado, pero solo logro que su peso aplaste el resto de las papitas que quedaban en la bolsa. Mañana despertaremos con migajas pegadas a la espalda, discutiremos de nuevo y entonces le diré que me iré, que ya no la quiero, que... ¡Maldita muela! Necesito una aspirina. ¿Dónde están? Mañana le preguntaré.

Me levanto despacio de la cama sin mover demasiado el colchón. ¿A dónde vas? dice Sabrina con voz adormilada. A lavarme la boca, cariño, contesto.

La matatena

Luz Elena Salazar

Volvió a mirar, ahí estaba de nuevo la niña de trenzas. Con una mueca que intentaba ser una sonrisa jugaba a la matatena, ella sola. Sola en aquel cuarto en penumbras de aquella vieja casa.

Usaba el cabello bien peinado en trenzas con listones azules, como los que a ella le gustaba usar.

¿Qué hacía en ese lugar tan sombrío? ¿a quién o quiénes esperaba? ¿acaso no tenía familia?

Los pequeños zapatos de colegiala la encaminaron hasta prudente distancia de aquella niña solitaria.

La observó sentada en el piso, su pierna izquierda flexionada hacia adentro y la derecha hacia afuera y atrás.

Sostenía las cuatro piezas del juego en una mano, las tiró al piso mientras con la otra dejaba caer la pelota para hacerla rebotar. Falló en su intento de tomarla de nuevo y pegó en su zapato ocasionando que llegara hasta sus pies.

Sus miradas se encontraron, esa niña portaba el mismo uniforme que ella, pero en color guinda. Al parecer no le ocasionó extrañeza su presencia. Se acercó decidida para pedirle jugar, ella asintió con la cabeza y jugaron casi en silencio hasta noche.

Berenice y sus padres estaban terminando de cenar. Justo a las 7:00 pm ella se levantó de la mesa, metió la

mano en la bolsa de su uniforme de escuela, comprobó que ahí traía las piezas de su juego, unas llaves y se dispuso a salir por la puerta de la cocina que da al patio trasero. Al otro lado del solar estaba la casa, ya abandonada de sus abuelos la cual se comunicaba por una puerta en el cerco, prácticamente era la misma propiedad, recordó cuando niña acostumbraba ir a visitar a su abuela y escuchar sus historias.

—Berenice, ¿quieres ir de nuevo a la casa de tu abuela? No olvides apagar todas las luces cuando vuelvas. Aquí estaré viendo por la ventana mientras lavo los platos.

—¿Por qué le ha dado por ir estos días a esa casa vacía? Está bien que vaya temprano para sacudir y barrer el polvo ¿pero a ésta hora?, preguntó su padre a mamá.

—La psicóloga recomendó que la dejara ir, extraña a su abuela, pero sobre todo le afectó la muerte de su compañera de escuela. El accidente fue justamente enfrente de la casa de mi mamá.

Volvió a encontrarla donde mismo. Aquella niña era tan seria, no mencionaba nada sobre su vida. Su cabizbaja mirada y su triste sonrisa le acongojaba el alma, no se explicaba por qué, pero le incomodaba. Esa noche pensó que tendría que contarle sobre sí misma para que tomara confianza. Tal vez así descubriera la causa de esa molestia que le hacía sentir.

— Me siento sola—, le confesó—, por eso vengo aquí.

Mi nombre es Marisol, me gusta jugar a la matatena —. Hizo una pausa como tomando valor para expresar lo que seguía, apretó la pelotita de esponja y separó su vista de

los pinyexes, para decirle algo que había escondido en un recóndito rincón de su memoria —: mis padres murieron en un accidente, iban por mí a la escuela—, un torbellino de emociones intentaron derribarla, sintió un ardor en los ojos mientras asomaban destellos húmedos en cada uno pero tomó valor y continuó—.Llevaban con ellos a una niña. Recuerdo que ese día me dijeron que antes de pasar por mí al colegio, recogerían a otra niña de tercero, por lo que, entonces, ella también murió, me quedé sola, me siento muy sola.

—Luego, tratando de sobreponerse y para lograr su propósito inicial, dirigió la conversación hacia la extrañamente introvertida niña.

—¿Por qué eres tan callada?, pláticame de ti.

—Mi nombre es Berenice —le dijo esbozando una triste sonrisa, —no hay mucho que contar, ésta casa en que me encuentras siempre era de mis abuelos. Quedó sola después de que murieron y mis padres no quisieron habitarla.

Yo creo que los hace sentir muy tristes.

Marisol guardó silencio, recordó a sus padres y el accidente, prosiguió, no sé por qué pero algo me trae a este lugar, me siento a gusto y parece que estoy cerca de ellos. Levantó su vista, miró a la niña

detenidamente; esos ojos tristes, sus listones celestes, el uniforme del colegio, su grado escolar...

Venciendo el temor que le provocaba la pregunta que estaba a punto de hacer, por fin la formuló —¿por qué siempre te encuentro aquí cuando vengo? Los listones celestes de tu pelo, no concuerdan con el color de tu

uniforme. ¿Por qué? ¿No eres tú, la niña que acompañaba a mis padres cuando murieron en el accidente?

—No, tengo algunos años que pasé de tercero, pero me pongo este uniforme para venir y estar aquí. Mis padres de última hora no necesitaron que los tuyos pasaran por mí, en aquella ocasión se canceló la junta de trabajo y pudieron ir a recogerme.

Desde el carro de mis padres pude ver el accidente, ellos intentaron que no mirara y piensan que pude olvidar. Desde entonces el listón en mis trenzas es en honor a esa niña que murió con sus padres. Esa niña...

Vedado del amor

Humberto Mendoza

Estaba allí sentado, rendido, con el deseo ante sus ojos, exhibiendo su pecado recordando su exaltante aventura terrenal, con aquel ser de ojos color plata tan radiantes que cualquier ángel los envidiaría, aquel ángel era Asfial, un serafín leal y centrado, apasionado por servir a dios como un soldado. Asfial era el encargado de llevar las almas de los humanos hasta la luz del cielo, para él era un trabajo duro, el hecho de ver gente joven o saber por todo lo que esas personas habían pasado, sufrido, llorado, amado. A veces se hacía preguntar si realmente valía la pena sufrir tanto para ir a un lugar que para él ya no era especial. Se había vuelto monótono casi como si viviera lo mismo todos los días. Un día haciendo su trabajo conoció una mujer, estaba a un lado de un señor de pelo blanco como sus ojos, parecía que había fallecido de viejo, usualmente a Asfial le importaba más la vida de la gente que se llevaba, pero ese día toda la atención se la llevó esa mujer, su nombre era Mikhal. Asfial se quedó estupefacto por estar en presencia de alguien que era más hermosa que su propio señor, él solo se llevaba a la gente cuyo tiempo se había acabado y llevarse a alguien que aún le quedara tiempo se consideraría como un robo, un pecado de alto grado. Todo el tiempo él hablaba de Mikhal y de cómo su imagen se había incrustado en su mente, en cuanto la vio sintió como una lluvia de perdigones se clavaban en todo su cuerpo mayormente en su mente y corazón. Un día de rebeldía y desasosiego, no se pudo contener más y bajó a la tierra con tal de volver a ver a esa mujer que había causado tanto interés en su angelical ser. Al momento de llegar a la tierra sintió una vibración desde la planta

de sus pies hasta la punta de sus cabellos, un sentimiento que nunca había tenido, él había visto a Mikhal con otro hombre, Asfial no sabía que era lo que le pasaba, nunca había sentido algo así antes, una mezcla de desespero con rabia e impotencia, por primera vez una gota de amor envidioso había caído de sus ojos, cual veneno de serpiente cae por sus colmillos, con toda su ira en el cuerpo tomó el alma de aquel hombre y se la arrancó. Salió volando con ella mientras su cuerpo de desvanecía sobre Mikhal y sobre el cuerpo de su amado. Soltó su llanto, Asfial llegó al cielo con el alma a rastras, en la entrada lo detuvo otro ángel preguntándole quien era la persona que traía, por qué no lo tenía en la lista. Tal vez el orden divino había cambiado o aquel hombre rompió su destino y se adelantó, su señor llegó de la nada y tomó a Asfial del hombro empujándolo hacia el suelo cayendo de una nube y se estampó contra la tierra. Su cuerpo había cambiado, ya no emanaba de él, esa luz tan cálida y esa pureza tan próxima a él, ya no era un ángel, se había convertido en un demonio lleno de un hambre insaciable y un dolor perpetuo, ahora su condena era ver como las personas vivían su amor al ras de la piel. Así paso sus años de pareja en pareja, viendo como todos conocían a las personas que aman siendo Asfial quien los unía, resignado solo se enfocaba en soñar en cómo hubiera sido su presente si no hubiera cometido aquel error, lo cual le hacía más daño pero ya se había acostumbrado a solo desear y nunca tener, uno de esos días vio a una chica que le recordaba mucho a Mikhal. Era su hija la cual estaba enamorada de otro muchacho. Asfial después de unirlos como pareja siguió a la niña hasta su casa y se encontró a esa mujer la cual había amado tanto pero estaba a un lado de aquel hombre cuya alma había robado, su anterior señor le había devuelto la vida y le dio junto a Mikhal más tiempo por vivir juntos como compensación gracias al daño que les había causado. Asfial de inmediato soltó el llanto de sus ojos, brotaron cascadas de agua salada tanto que los mares se sintieron pequeños en

comparación, se sentó sobre una piedra fuera de su casa, aquel dolor al que él creía que ya se había acostumbrado brotó nuevamente, un dolor desgarrador el cual no se detenía, se preguntó ¿por qué él tenía que sufrir?, ¿por qué a ese sujeto sí le permiten amar a alguien?, Mikhal se acercó a Asfial, por primera vez alguien lo veía, le dio un beso en la boca, ya que ella ya sabía el sufrimiento por el que paso Asfial. Ella sintió lástima de que los ángeles tuvieran prohibido amar entonces, aquel beso que dejó helado a Asfial, junto con su desesperación y ardor por el odio que guardaba desaparecieron, se convirtió en piedra dejando una figura de él sentada sobre una roca quedando como testimonio de que no todo amor es correspondido ni todos nacimos para amar y ser amados.

Voces

Leticia Vela Palomera

El reloj marcaba cuarto para las cuatro de la madrugada, justo cuando el gallo Anselmo cantó en la ventana de mi papá y de mi mamá. A veces me gusta levantarme muy temprano, ganarle al crestudo de dos patas, pero otras veces me gana la flojera. Mi papá se levanta, camina hacia la pradera, prende un cigarro y le silva al Silencioso, nuestro perro, papá que espante a las gallinas y corran como diablitas a la cocina, dispuestas a reunirse papá tragarse maíz.

“¡Alfonso! Anda, hijo, ensilla la yegua porque hoy sí iré un rato ayudarles a desyerbar el frijol”, gritó mi mamá. Siempre que mi mamá va a ayudar al potrero, me gusta mucho porque ella nos lleva tacos de maíz con sal y frijol, con hartito chile macho, como le gusta a mi papá, además unos nanches en almíbar, del rancho, que dizque papá que se haga el desempañe, después de los tacos picantes, como el mismo infierno.

Cuarto para las cinco de la mañana, ya íbamos todos a la altura del canal grande. Mi papá montado en *El Pinto*, su caballo, mientras que mi mamá y mis dos hermanas, al galope de las dos yeguas donde iban montadas. Yo iba en la bicicleta que me compré con lo que saqué de la cosecha de frijol azufrado que, por cierto, se vendió a muy buen precio. Al llegar a las tierras, mi papá me echó un silbido y luego gritó:

—¡Alfonso, ve y fíjate si hay agua en el arroyo junto a la tierra de don José!

—Apa', yo no quiero ir, el otro día divise una cascabel y verdad de Dios, que a esos

animales yo los respeto.

—¡Ándale y ve! Tú ya estás como el hijo del Anacleto que nació queriendo ser de esas estrellas de película, de *jolibud*, o como se llame, y ni las uñas se quiere ensuciar —dijo mi apa' ya enojado.

—¡Apaaaaaaaá! —contesté refunfuñando.

—¡Ándale, muchacho, que serás el hombre de la casa; así como cuidarás de tus hermanas! —aclaró mi apa'.

El sol aún no salía, lo único que nos alumbraba era la luz del cielo y las estrellas. Me encaminé pal' arroyo de don José y mientras caminaba sentí que alguien me hacía *¡shhh shhh shhh!* Volteé para todos lados y sólo había unos tabachines, que obviamente no podían hacer ese ruido. Rápido se me vino a la mente mi amigo Tomás, que meses atrás había pasado a mejor vida, Dios lo tenga en su gloria, por andar nadando con los otros chiquillos en el canal grande, cerca de la compuerta del sifón. Ahí se ahogó y ya no lo sacaron hasta que vinieron los buzos del pueblo grande.

Me paré en seco cuando ya de plano escuché que alguien que me gritó con una voz de ultratumba: *¡Alfonsooooooooo!* *¡veeeeeeen!*

Era enero y aún estaba bien helado, las ramas se golpeaban unas con otras, el sonido del

viento se confundía con el ruido de los Tabachines. A lo lejos estaban unas gentes trabajando y apenas si se escuchaba una radio con una canción ranchera de un ídolo de Sinaloa, era una

canción que no tenía ningún acento en su melodía, aunque poco sabía yo de acentos, se oían diferentes las palabras, eso sí lo sé de cierto. Y cantaba así pronunciado que dizque los *pájaros*, los *árboles*, lunes, martes y *miércoles*, y así hasta completar la semana tomando alcohol. Y para acabarla, el día de asueto se dedicaba también a embriagarse, decía la canción. ¡Ay, estas gentes! No dejan de tomar ni en las canciones que componen, eso pensé y moví la cabeza con una risa burlona.

A medio camino, de nuevo alguien me llamaba
¡Alfonsooooooo, ay, Alfonso!, ahora

con voz suave y un poco más clara y repitió un par de veces. La voz se parecía a la de mi Malena, que tanto me gusta la condenada, y al pensar en ella se me dibujó una sonrisa automática.

No pasaron ni dos minutos cuando esa voz dulce que pronunciaba mi nombre se convirtió en una voz grave y con mucha autoridad gritó: *¡Alfonsooooo! ¡Alfonsoooooooooooooo!* Algo muy raro pasaba, ya era mucha insistencia, primero una voz de ultratumba, luego una voz melodiosa y ahora esa voz rasposa, que se parecía a la de un caporal, por último, se escuchó:

—*¡Alfonsoooooo! Levántate ya, condenado muchacho flojo, pá irnos trabajar, otra vez te quedaste dormido.*

—Sí, apá —dije a medio despertar, aún con las voces bien metidas en mi cabeza y el sabor de los tacos con hartito chile macho, acordándome de mi Malena y extrañando mucho a mi amigo Tomás, Dios lo tenga en su gloria.

Viaje a través del espejo

Jesús Alonso Cota Díaz

Muchos quisieran volver a ese recuerdo que quema la piel, otros olvidar y aferrarse al presente pero mis ojos conspiraron para que mi cuerpo fuera tan ligero como el viento, no de una forma tan agradable, la realidad es que en mi vejez mi reflejo no se apiadó de mí, me lleva a viajar una y otra vez en mi vida, el tiempo cambia repentinamente y los días y noches se parecen. ¿Qué puede hacer este mendigo sin alas? El viaje más largo de mi historia.

Al mirar fijamente el espejo me trasladé a cuando soy un pequeño, un ingenuo niño jugando en el jardín de mi casa, quería correr para abrazarme, hablar con mi versión tierna, pero algo me detenía solo observaba como entre risas jugaba a ser un caballero que luchaba contra dragones. Cerré los ojos y al abrirlos aparecí en un parque en el momento cuando conocí al amor de mi vida, la esperaba sentado en una banca, nunca imaginé que sería el principio de algo lindo y doloroso a la vez, en esa ocasión solo hablamos y fuimos a caminar. Pareciera una condena el eclipse que me asecha a lo lejos. El viento se detuvo justo en el adiós, miré a un hombre desanimado con pelo blanco y ella en cama cubierta con una tela de seda. ¿Qué podría haber hecho? Mis ojos vieron cómo me despedía sin decir muchas palabras. Aunque gritaba con fuerza para decirle lo que mi corazón sentía era inútil simplemente no pude hacer nada. Al cabo de unos instantes regresé a mi niñez esta vez estaba haciendo una travesura a mis padres, por escaparme me rompí un brazo cayendo de un árbol. Quería salir, pero mis manos no me respondían ni siquiera mis pies seguían mis órdenes, entonces desperté en un hospital frente a mi cuerpo con un leve

pulso, me miré completo de pies a cabeza, estaba muy herido, había perdido el conocimiento bastante tiempo. Me sorprendió que nadie preguntara por mí. Lloré como niño al verme en ese estado.

Las sombras que me seguían en mi infancia siempre estuvieron ahí, si le asignara un color al pasado sería gris ya que me recuerda al televisor cuando este no sintonizaba algún canal, café; por los ojos de mi madre que yace en mi memoria luego de partir a otro lugar, por último, azul; el cielo que se nubla siendo días malos o días tristes. ¿Qué hay acerca del futuro? Nada, no hay futuro, mi presente es dormir en este suelo, con frío, con hambre, siendo evadido por el mundo, más bien no soy parte de él ya que no encajo con el reloj de los demás. Assimilo las consecuencias de ser un viajero del tiempo, vivir mi pasado reflejado en el cristal. Me pregunto ahora ¿a dónde me llevará este viento? ¿A qué momento me llevará mi espejo? A cuando pronuncié mi primera palabra “MAMÁ” la conciencia se hacía presente en mí. Recuerdo pequeñas cosas; las lágrimas de mi madre, eran frecuentes, esas no se me olvidan me dolían aun sin saber que pasaba a mi alrededor.

Ella me recitaba un poema: *“El sol brilla aun en los días más lluviosos”* Nunca lo comprendí hasta mi adolescencia.

Desde mi refugio detrás de esa roca, permanecí oculto de *los monstruos de noche*, ellos son seres que roban, lastiman sin importar nada. Aunque los monstruos de mi época eran de cartón y yo un vencedor, hoy soy temeroso, no me atrevo a ponerme de pie y hacer frente a la guerra diaria.

Hablemos de oscuridad que se pasea por mis habitaciones, trato de aferrarme a la frase de mi madre, pero me desvanezco en un silencio. Mientras buscaba una banqueta en el espejo de un auto

al ver mis ojos viajé a cuando tenía una cama, almohada, cobija y chocolatito caliente. En este viaje presencié como arropaba a mi mujer, la abracé, la besé en la frente después me acosté y dormí. Cuando regresé a la realidad no estaba triste si no feliz, la volví a ver unos minutos, no me importó que el perro haya robado mi comida.

Mis arrugas hablan por sí solas, mi vestimenta es distinta, a lo largo de mi vida porté trajes finos y zapatos pulidos, en estos días me he acostumbrado al suelo que pisan mis pies, en el espejo roto soy aquel personaje importante, un león de la jungla vestido de azul. Los viajes de mi vida parecen no tener fin, el pelo en mi cabeza es poco. Del humo de un cigarro escuchaba voces, volví al suelo y me cubrí el cuerpo con bolsas como un niño cuando se asusta y se cubre con su cobija. – ¡Los monstruos vienen, vienen por mí, por mí! – exclamé. No fue así, solo eran unas personas que me dejaban unas monedas mientras me evadían la mirada, cuando se fueron tomé las monedas y las escondí.

Al caer la noche justo en mi sueño, viajé de nuevo, esta vez me encontré con mi padre, quería cuestionarle algunas cosas, gritarle lo que sentía, mi corazón tenía bastante por decirle, pero mis intentos son inútiles mis manos se sentían húmedas, creí apoderarme de esa realidad, pero no, era el perro que volvía a mí. Inhalé profundamente tomé el espejo roto, lo arrojé a la pared el cual se convirtió en polvo. Sé que el espejo era inocente mas no mis ojos, hay culpa esa que no deja dormir, el reflejo me hace daño, me muestra en lo que soy ahora.

Al amanecer estábamos los dos recostados en el suelo de un parque, los pájaros entonaron una canción y el viento sopló levemente, el perro despertó, me miró y se retiró sin saber que mis latidos habían llegado a su fin.

Todas las cosas que me pasaron me hicieron quien soy, pero las decisiones son los caminos que tomé, que el espejo no se apropie de tu vida, *el sol brilla aun en los días más lluviosos.*

La curandera, el alma y las hierbas

Lizbeth López

Había toda clase de hierbas en el jardín de mi madre, “remedios para tratar toda clase de males”, solía decir.

—Infusiones de manzanilla, tila, y pasiflora para apaciguar la mente y fortalecer el alma —explicaba —sobre todo si se padece de impaciencia e insomnio —agregaba, mientras recorría el jardín preparando distintos manojos de hierbas medicinales, las personas que la escuchaban asentían asombradas, divertidas, algunas de ellas incluso más recuperadas. Había alma en ese lugar, el vapor de las hierbas y sus esencias tenían el efecto de un baño de calma y claridad.

Los visitantes afligidos por males o enfermedades venían de todas partes, ahí no importaba la lengua, el color o las clases sociales, “al alma” decía mi madre “lo que hay en el alma es lo importante”. Mi madre les preparaba remedios, les daba consejos, oraba por ellos, “la curandera del pueblo”. Y justo en la entrada, tallado en la puerta de madera, su frase favorita:

“A los hombres les aterra la idea del alma, la poseen, pero no son conscientes del poder que tienen”

Lo comprendí algunos años después, al cumplir 33.

Había pasado los últimos años fuera del pueblo, estudiando y trabajando al mismo tiempo, sin embargo, había empezado a

notar cierta amargura atorada en el pecho, justo en el medio, en el corazón. Padecía de palpitaciones irregulares y debilitantes, de aquello que mi madre solía tratar, la tristeza, la desesperanza y el insomnio eran reales. Había llegado el momento de volver a casa.

Como de costumbre, las personas hacían fila para entrar al jardín, donde, desde muy temprano, los esperaba la curandera. La encontré regando el jardín y apapachando sus remedios

—Has llegado —sonrió de gusto al verme recargado en la puerta, extendió sus brazos y acudió a mi encuentro, respire profundo apenas me abrazó —¿Que te ha sucedido mi niño? — soltó la pregunta al viento — ¿Qué has guardado en tu corazón? —ella veía lo que yo sentía, y de inmediato empezó a darme palmaditas en el pecho, como sacudiendo el polvo que yacía dentro, mis lágrimas, como el llanto de un niño, empezaron a fluir, y aunque lo intentaba, no lograba contenerlas, mi madre asintió varias veces —calma —dijo —lo importante es que ya estás aquí —sonrió.

Al pasar los días, muchas de mis apatías se desvanecieron, sin embargo, la tregua no llegaba y el vacío y la desesperación que experimentaba continuaban sin dejarme dormir.

— El alma —dijo mi madre —el dolor está en el alma — continuó, me miró en silencio y entre mis bostezos se percató de mi confusión —y ahí mismo es donde está el remedio —me explicó.

—Cúrame —le supliqué —no encuentro calma en las noches, dame alguno de tus remedios —continuó.

—La energía de las hierbas te ayudará a calmar tu mente, pero el remedio para el mal que padeces solo lo puedes crear tú —dijo, mientras señalaba mi corazón —está ahí adentro —pero

debes de aprender a guardar silencio para escuchar tu dialogo interno, debes aprender a meditar.

—No es justo —dije con gran disgusto, pero la queja, había logrado hacerla reír.

—A eso has venido, mi querido niño, a sanar —continuó riendo —a eso hemos venido todos —explicó mientras preparaba los ungüentos —pero se les ha olvidado —se lamentó —los hombres a menudo se olvidan del alma —agregó.

— ¿Cómo hago eso?,¿cómo hago para meditar si acá adentro todo es un caos? —de nuevo la queja, mi madre dejó de machacar las hierbas y se acercó —sal al jardín, siéntate bajo el roble, y guarda silencio ahí adentro —señaló mi cabeza —concéntrate en el sonido de tu respiración —me aconsejó —en el sonido del viento, en el canto de las aves —sonrió compasivamente — hazlo por un minuto, luego dos, o tres, hasta llegar a 20 —sugirió —tranquilo Elijah, si quieres puedes, aprende a conocerte —dijo —solo así podrás sanarte —y aquello ultimo lo pronunció casi como un decreto. Me quedé ahí mirándola entrar al jardín.

Entre la incertidumbre y el cansancio me dispuse a meditar. Me senté junto al roble, tal y como la curandera me había indicado, y empecé a respirar, inhalaciones y exhalaciones lentas y profundas, sin presión o expectativa alguna. Fallé los primeros intentos, pues siempre terminaba colándose algún pensamiento, la queja, el juicio, la culpa. Los breves momentos de calma e incluso de dicha que experimentaba al silenciar mi dialogo interno, hicieron que me percatara de la crueldad que había en mis pensamientos, cualquiera diría que no me quería, y efectivamente, no me quería, desvalorizaba mi vida y mi potencial.

Al pasar los días logré meditar con mayor facilidad, y como recompensa, había desarrollado una nueva habilidad, había transformado mi dialogo interno, había aprendido a ser selectivo con mis pensamientos, a desechar aquellos cuya única intención y propósito era hacerme sentir miserable, y a darle fuerza a aquellos que, de alguna forma más positiva, me mostraban compasión y respeto por mi proceso y el de los demás. Empecé a perdonar, a recibir los días con más dicha, a experimentarlos en lugar de escarmentarlos, a agradecer y disfrutar.

—Encontraste el remedio Elijah —escuché decir a mi madre con una sonrisa, mientras le ayudaba a amarrar los manojos, sostuvo su mirada en mi pecho y asintió complacida —te has fortalecido —me felicitó.

—¿Aquello que tú ves?, ¿cómo es? — quise saber —¿Cómo es el alma? —pregunté, mi madre me miro maravillada

—De colores Elijah —respondió la curandera que curaba con el alma y las hierbas.

El niño de las nubes

Julio García

Siendo apenas un infante descubrió la pasión que le embargaban esas raras formas tan extrañas de infinita gracia, le seducían sus mil formas, contemplando buscaba caras, buscaba aves, buscaba peces, y lo que su mente limpia en ese entonces le dictara.

Cuando las nubes se juntan la esperanza y la vida se asoman, las plantas comienzan una danza de júbilo y bondad, desde su ventana ve el cantonear del ajonjolí en su punto y pleno desarrollo, casi hablan, casi cantan, la alegría se les nota y aun así siendo plantas las atrapa esa mágica y misteriosa fuerza al igual que a él, el estro encendido ha llegado nuevamente, en su mente mira el cielo, las nubes caprichosas flotan suavemente como esperando una orden, la orden del más alto jerarca, para explotar de llanto y cubrir con su rico manto de vida esta tierra que ansiosa espera para dar luz y vida. Generosa y agradecida dará esplendor y alimento a quien tanto lo espera.

Se pregunta el niño de las nubes ¿Sabrán las nubes lo importante que son? Cómo puede esa masa suspendida en el cielo de formas extrañas dar tanta alegría al campo, es algo divino, solo puede ser obra de un ser supremo capaz de contagiar con su amor y esplendor la gracia divina de este misterioso universo.

El niño regresa siendo un adulto a buscar esas formas caprichosas pero su mente ya no esta tan limpia, con el correr de los años se ha atrofiado un poco de lo que fue su vida, hoy las encuentra más oscuras, más distantes, más contaminadas, como si el mundo las haya transformado, las lluvias ya no llegan, ya no alcanza su llanto como antaño, donde la mayor preocupación

del niño es que la presa se desbordara, hoy siendo adulto su mayor temor es que se seque ese afluente.

El niño encuentra paz al observar las nubes, su imaginación vuela y al contemplar su entorno, descubre como las palomas de alas blancas se posan en el terreno barbechado, donde él jugaba con los terrones y que con sus manos les daba forma, esa forma sacada de las nubes y ha descubierto que tiene magia en sus manos, lo hace con tal facilidad, que ese niño se ha transformado y hoy siendo grande ya entrado en años sigue siendo niño.

Y ahora solo espera con un gesto de cansancio, porque las canas ya pintan su pelo

El ocaso de su vida.

Tan solo unos minutos

Manuel Suárez

Un muchacho con nada en especial ni diferente del resto, se levantaba de su cama con los primeros sonidos urbanos de la mañana después de no haber dormido durante la noche. Odiaba esa mañana como todas las demás, sentía como todo dentro de él se rompía, era desgarrador, comprometerse y sucumbir a la actividad con el primer rayo de luz le provocaba náuseas. Los padres del chico lloraban, ya hacía meses de lo ocurrido y siguen sintiéndose miserables. Los humanos siempre se aferran a lo que no pueden acceder y el chico que cruzaba su sala sin despegar la vista de ellos no era la excepción. Algo en ese día tan lúgubre hacía que el hombrecillo se sintiera diferente, más ausente que nunca, eso le asustaba pues todo seguía funcionando a su alrededor sin él, personas subiendo y bajando de camiones y autos, corriendo o caminando por la acera y cruzando calles. Él seguía la misma ruta que a diario completaba, su rutina era lo único que se mantenía, por inercia o constancia. Cuando una persona lo tocaba por accidente el chico recordaba un poco de su pasado, de cuando vivía, para después disiparse. Caminó un poco más hasta llegar a un río seco, el cual se había mantenido así por años, incluso la vegetación que abundaba en sus orillas había muerto, no se sabe hace cuánto el río dejó de fluir y nunca hubo esperanza de su resurrección. El chico sentía impotencia por lo que veía. Sobre un puente viejo y roto clavaba su mirada en un cadáver nada especial ni diferente del resto que yacía sobre el río seco, las cortadas abiertas y abundantes en pus de sus brazos, el agujero de bala en su sien del que todavía chorreaba líquido, las píldoras que han destrozado su estómago e intestino grueso, nada de esto era importante así como la causa, le hervía la sangre al ver que tenía

vasos de refresco, bolsas de comida procesada y más basura a su alrededor como si él mismo perteneciera a ellos y ellos a él, con la mitad de la cara podrida, esa carne verdosa, los huesos salidos y larvas de moscas saliendo por su nariz, boca y ojos ya carcomidos. Se sentía como un desperdicio más, solo más basura en un río que alguna vez llevó agua, pero ahora lleva desechos. El deseo de cambiar todo aquello hizo que por el río corriera poca agua y después mucha hasta convertirse en una corriente salvaje e impredecible. El puente donde permanecía perplejo soportaba más de lo que se creería y comenzaba a fracturarse, él muchacho cruzó el montón de óxido y madera deteriorada. El puente se hundió y no quedó rastro de su construcción, por otro lado, el cadáver flotaba a merced del agua. El chico movió sus piernas y corrió todo lo que se le permitía, se arrepintió, pensó en regresar, tener unos minutos más, cualquier cosa hubiera sido mejor que terminar con su propia vida, persiguiendo su propio cadáver, no podía tocar el agua porque si lo hacía nada de él se mantendría, el agua purifica, transforma, libera y él lo sabía. Las aguas cubrían todo con brutalidad, removiendo impurezas, costras, suciedad, todo aquello que el mundo enterró en él. El cadáver llegó a un océano donde se perdió. El chico observó como las olas se tragaron su oportunidad, lo único que le recordaba su incalculable odio hacia todo, las mañanas, las personas y los recuerdos, pero quiso intentarlo, en vida se rindió y no sabía a dónde iría a parar, ya lo había perdido todo, pero no iba a rendirse dos veces. El mar sintió su tristeza y tuvo piedad. Mientras se adentraba en las tranquilas aguas que no peleaban contra él fue sintiéndose ligero, el agua acariciaba cada célula de su piel, relajando cada uno de sus músculos y emociones, sometiéndose a desvanecerse por completo hasta volverse espuma de mar. Nadie lo encontró, no lo extrañaron porque no sabían de él. Debajo de nuestros pies, en la penumbra del olvido todavía hay quienes desean ser

encontrados y no son buscados, condenados al remordimiento de no tener tan solo unos minutos.

La Noche Oscura de Alejandro

Yajaira Rojo

Eran las épocas navideñas, Alejandro era el mejor de su clase escribiendo cuentos cortos. Por lo que había sido seleccionado para escribir un cuento para el concurso regional, pero él no tenía ganas, por lo que le daba igual este tema. Sus compañeros de clase decían: Escribe un cuento de terror Alejandro. Alejandro dijo: ¡Magnífico. un cuento de terror! Fue tanta su inspiración que escribió durante toda la noche. Pero oh, no, poco antes de terminar su historia, la compañía eléctrica cortó la electricidad. ¡Qué Coraje! Alejandro comenzó a desesperarse, pues no conseguiría terminar a tiempo la petición que le hicieron. Una vez más todo estaba saliendo mal. El pobre Alejandro rompió en llanto en su habitación totalmente a oscuras cuando de pronto una pequeña luz apareció en su habitación. Alejandro secó sus lágrimas emocionado. ¿Qué será esta luz? ¿Será una hada, una estrella mágica? Se acercó lentamente a esa pequeña luz en su habitación. Al observar de cerca se dio cuenta que solo era una pobre y triste luciérnaga. Aaarrrrrgg, ¡últimamente nada me sale bien! Dijo molesto. Una vez más Alejandro rompió en llanto, en medio de su llanto pensó: Cuando descubrí esa pequeña luz sentí mucha emoción, y ¿qué tal si atrapo un par de luciérnagas, y con la ayuda de su pequeña luz termino de escribir mi historia de terror? Después de tanto tiempo tengo una idea Magnífica. Qué feliz me siento. En medio de su felicidad, comenzó a saltar y bailar agradeciendo a las pequeñas luciérnagas, por la gran ayuda que le brindaron. Fue ahí cuando comprendió que no podía mandar a la porra el concurso, gracias a esa pequeña luciérnaga que le

brindo alegría y esperanza. Sin importar las horas, Alejandro se vistió con una sonrisa y escribió durante un par de horas, un perfecto y precioso cuento sobre lo bonito que es la Navidad. Alejandro no podía seguir escribiendo un cuento triste y de terror, gracias a la gran emoción que sentía. Y que mejor idea en las épocas navideñas, que plasmar en sus letras lo bonito que es la Navidad. Al leer su cuento todos los lectores quedaros asombrados. Pues el cuento de Alejandro trasmitía mucha felicidad y paz.

Una breve anécdota personal

Omar Navarrete

Las historias de caballeros medievales en armadura y montados a caballo sólo en películas como El Mío Cid y caricaturas como el Príncipe Valiente me habían tocado presenciar durante mi infancia. Pero no había leído ningún libro sobre ello, no hasta que uno me hipnotizo con sólo ver su lomo todo descolorido en un estante improvisado en una plaza de Cuba hace ya algunos años. Para mi sorpresa al tomarlo y voltearlo para poder ver su portada fue el de un caballero con armadura negra montado en un corcel blanco, con una lanza en su mano derecha y un escudo en su izquierda, viendo el camino en un bosque, el nombre de ese libro es Ivanhoe de Walter Scott. No traía mucho dinero, pesos convertible cubanos (CUC) en ese entonces, y aún no había cambiado a pesos cubanos, pero terminé pagando alrededor de un CUC y otro CUC más para poder sacarlo del país, pues el tomo venía con una dedicatoria de 1918 y ocupaba un permiso de exportación. Al final me lo traje a Sonora, ahora tengo un caballero con algunos siglos de luchas que busca la justicia y el honor, ideales necesarios en tiempos de crisis, en un desierto sin fin, junto al mar de Cortés.

Primera Advertencia

Sandra Carolina Jiménez Pedroza

El siguiente episodio de “Fiebre del oro” contiene asesinatos, abuso sexual, hambrunas, enfermedades, discriminación, tortura y maltrato animal. No es recomendable para cualquier público.

Reliquias

Sandra Carolina Jiménez Pedroza

A la tía Maruja le encantaban las joyas. Los anillos porque ahí guardaba las almas de los hombres que la habían rechazado, los aretes por albergar las palabras de quienes la amaron y las pulseras por mantener su belleza.

Centímetros

Ramón Arturo Duarte López

Al revisar los exámenes observé que todos respondieron correctamente cada una de las preguntas, solo existía una explicación ¡trampa! Durante la primera clase dirigí un pequeño discurso.

—Niños, hoy amanecí muy triste. El día de ayer mientras revisaba los exámenes, un pajarito se paró en mi ventana y me contó que hicieron trampa— los alumnos guardaron silencio, volteaban a verse nerviosos, Juanito tomó la palabra — ¿Profe, es el mismo pajarito que le dice cuando nos portamos mal?

Inicié la canción del candadito para que los niños guardaran silencio, la participación de Juanito causó que todos hablaran al mismo tiempo. Una vez restablecido el orden continué con el sermón.

—Sí hacen trampa en el examen están mintiendo y les va a crecer la lengua, un centímetro de cada mentira. Digan la verdad ¿hicieron trampa?

— ¡No Profe!

—Ya les creció un centímetro ¿hicieron trampa?

—No Profe, no hicimos.

—Dos centímetros, si continúan mintiendo la lengua les va a crecer tanto que no va a caber en la boca ¿hicieron trampa?

—Estudiamos mucho Profe.

Mi intento por hacerlos confesar resultó en un fracaso. Después de anotar las instrucciones y explicar la actividad salí del aula en busca de un café, regresé en silencio para observarlos. Los encontré midiéndose la lengua.

Matusalem

Ramón Arturo Duarte López

Mientras la maestra da su clase de matemáticas, se escuchan cuchicheos y susurros por todas partes, cuando voltea todos fingimos poner atención, cara seria y notas imaginaria. No es que seamos malos alumnos, es solo que desde que empezó a enseñar las divisiones no podemos concentrarnos, además eso es algo muy difícil para niños de tercero. Debería de conformarse con sumas y restas, pero no, ella quiere genios en matemáticas y por eso cada vez nos pone cosas más difíciles, nos pasa al pizarrón; siempre pasa al que menos atención puso, por eso cuando ella voltea, hacemos como que escribimos.

—¿A quién le quedaron dudas sobre el problema?

Nadie se atreve a levantar la mano, decir que sí sería soportar una larga explicación, pero Juanito levantó su mano. El salón quedó en silencio, hasta la maestra se sorprendió, él nunca participa, además siempre termina los trabajos a lo último. A veces la maestra manda a los niños que terminan primero a ayudarlo, todos le tenemos mucha paciencia.

—Adelante Juan, me da gusto que decidas poner el ejemplo a tus compañeros y que reconozcas que tienes una duda ¿cuál es?

— ¿Cuántos años tiene profe?

Todos nos reímos como locos menos la maestra, permaneció seria y con una mirada fría clavada en Juanito. A veces, me pregunto si los maestros tendrán sentimientos como los humanos normales, tal vez mi maestra no tiene, por eso nos deja sin recreo cuando no traemos la tarea o cuando hacemos alguna travesura. La maestra caminó unos pasos hasta Juanito y con tono sarcástico le dijo:

—Tengo doscientos años ¿cómo la ves?

Juanito se levantó de su pupitre y gritó

— ¡Sí!

Luego volteó a ver a Pepe y con una sonrisa mencionó:

—Ya ves, ahora págame.

Pescaditos

Andrés Mijangos Labastida

I

Rubén, despertó en la madrugada, durante algunos minutos se quedó viendo hacia la noche a través de un agujero en la lámina del techo de la casa. Hurgó entre las ropas de Miriam y encontró un billete de cincuenta. Lo guardó en su bolsillo, después fue a hablarle a Tomás y a Miguel para que desayunaran un pan con café antes de salir. Los niños bostezaban en la mesa mientras él rascaba con sus uñas la tierra del patio, la noche anterior había llovido y las lombrices se encontraban cerca de la superficie. Con cuidado las metió en una botella de plástico, luego fue por la vara y el hilo. Antes de salir, se despidió de Miriam, el ruido de los grillos invadía la habitación.

Tomás llevaba la cubeta en la mano izquierda, y la movía de un lado al otro al caminar. Miguel cargaba con la vara, y en ocasiones apoyaba su peso en ella como si se tratara de un bastón, pero a Rubén eso le molestaba. No quería que la fuera a romper. El trayecto duró alrededor de una hora, hasta que comenzaron a vislumbrar en el horizonte la silueta del sol que apenas iniciaba su ascenso, y también la de una garza que planeaba en la laguna de San Baltasar.

Era un domingo fresco. De tres brincos Rubén llegó a la base del puente, lo hizo con cuidado para no mojarse los pies. El agua verduzca fluía con parsimonia. Primero Tomás le tiró la cubeta y después Miguel la vara, luego cada uno descendió tal y como su padre les había enseñado. Se sentaron en una inclinación del puente, el sol aún no lograba alcanzarlos. Rubén les dio un pescozón para que se callaran, el ruido espantaba a los

pececitos que nadaban dando círculos. Tomás le aventó una piedra a un pato para alejarlo, éste aleteó con violencia mientras se apartaba. En la cubeta fueron cayendo una serie de pescaditos con el dorso plateado, en total contaron doce.

II

Miriam tanteó con los ojos todavía cerrados el lugar donde debía encontrarse su marido. Lo descubrió frío. Hizo a un lado las cobijas y se dirigió al baño, al regresar se vistió con la ropa que dejó en la silla a lado de la cama. El turno en la fábrica de calcetas le dejó ambas muñecas adoloridas, sentía que cada movimiento le punzaba los nervios. Les dio la vuelta a las bolsas de su vestido, pero no encontró el billete que había guardado la noche anterior. Buscó debajo de la cama. No lo halló. El dolor de cabeza comenzaba a hacerse presente, era un zumbido detrás de la oreja derecha. Comió con desgana un plátano que estaba a punto de echarse a perder, con una cuchara le iba quitando las partes amargas.

Abrió las ventanas y un aire seco le pegó en la cara. No tenía ninguna duda, la noche anterior si había guardado el billete en su vestido. De regreso del trabajo lo fue tocando con su pulgar e índice, como era su costumbre cuando se sentía nerviosa, hasta que lo dejó completamente liso. Incluso aprovechó para hacer las cuentas. Compraría un kilo de tomate dieciocho pesos. Dos cebollas, unos doce pesos, y una cabeza de ajo cinco pesos. Lo demás lo guardaría en su lata escondida entre las macetas del patio. Detestaba tener que ir a remover entre las macetas, y más aún con el patio lleno de lodo. Después tendría que limpiar sus chanclas y sus pies, para no embarrar toda su casa. La lata también estaba vacía, incluso la encontró en otro sitio. No hizo el

esfuerzo de regresar las macetas a su lugar. A la lata le dio una patada y escuchó cómo caía en la terracería.

III

Los niños llegaron dándose sopapos con la vara, y balanceando la cubeta. Miriam los regaña, cuenta los pescaditos que nadan en círculos. Si no tuvieran la necesidad tal vez desde hace años hubiera colocado uno en una pecera, y en las tardes en las que Rubén todavía no regresa de la obra, y ella tiene algo de tiempo antes de empezar su turno en la fábrica, se detendría a observarlo mientras nada en círculos, también le habría puesto un nombre, y quién sabe si con el tiempo podría crecer, porque había escuchado alguna vez, que su vecino tenía uno, le creció tanto que llegó a pesar un kilo y lo vendió en el mercado por trescientos pesos. Pero, si le ponía nombre ya sería suyo, y no le gustaría que alguien se lo comiera, ni por trescientos pesos. Rubén todavía no regresa, Miriam dirige su mirada inquieta hacia la ventana, esperando que en cualquier momento Rubén se materialice justo al doblar la esquina. En la sala los niños dejan de jugar.

–Papá no va a venir hoy –dicen los dos al mismo tiempo.

–¿Ah no?

–No, se fue a tomar con el tío Luis –responde Tomas.

–¿Con el tío Luis? Si el tío Luis no tiene ni donde caer muerto.

–Papá le dijo que lo iba a invitar.

Los niños se empujan, *Papá nos dijo que no contáramos nada.*

Miriam los separa; después con un cuchillo filetea con cuidado los pescaditos, intenta que se desperdicie la menor cantidad de

carne posible. Con un corte horizontal les quita las tripas, en el último de ellos siente algo extraño, algo duro. Lo pone debajo del chorro del lavabo y lo limpia con su mandil. Es un anillo dorado, los rayos del sol se reflejan en su superficie. Entra un poco ajustado en su dedo anular; lo mueve con suavidad porque todavía le molesta un poco la muñeca. Le da un último vistazo y lo tira a la basura.

La duda

Blanca Espinosa

Lo vi en el parque. Caminaba lentamente arrastrando con indolencia sus gastados zapatos de corte antiguo.

La chaqueta oscura, demasiado grande para su complexión, se movía al son del viento frío que anunciaba el otoño.

Un sombrero de ala ancha cubría casi la totalidad de su rostro. El delgado cuerpo le daba un halo de misterio que me sobrecogió. Cuando sacó las manos de las bolsas de la chaqueta pude observar que tenía unos guantes oscuros de piel. Tomó un cigarro del bolso derecho, mientras que del izquierdo sacaba unos cerillos. Lo encendió sin prisa y volvió a guardarlos. Dio una calada fuerte al cigarro y lanzó las volutas de humo al viento. Las hojas caídas de las acacias se arremolinaban a sus pies.

Después de un rato en el que pensé que esperaba a alguien más, se sentó en una banca de las muchas que había en el lugar, sacó unos papeles amarillentos y estuvo viéndolos durante un largo rato. Luego los dobló con cuidado. Se levantó y en un instante que me pareció eterno, fijó su mirada en mí. En un gesto por demás infantil, me oculté tras las cortinas. Cuando observé de nuevo el parque estaba tan desierto como siempre en esta época del año.

No volví a acordarme del incidente hasta una semana después, cuando cansado de escribir por horas, decidí caminar un poco para aclarar mis ideas.

Durante un par de minutos avancé distraídamente, mas de pronto sentí que alguien me observaba. Al voltear, el lugar se encontraba solo. Seguí caminando y al poco rato el sonido de unas pisadas volvió a sobresaltarme, sin embargo, a mi alrededor no había más ruidos que los emitidos por los pájaros que, alborozados, entonaban sus últimos cantos antes de dormir. Perturbado, decidí volver a casa.

Al entrar en mi habitación lo primero que hice fue mirar a través de la ventana. Ahí estaba él. Escribió algo en un trozo de papel y lo dejó sobre la banca del parque. En ese momento me di cuenta que esta vez no traía guantes y que su mano derecha era más bien una garra como de pájaro, con largas uñas. Volteó hacia mi ventana y luego se alejó.

Mis ojos desorbitados no se apartaban del papel. Salí de nuevo y me dirigí resuelto a la banca. Tomé el papel y descubrí el contenido. Una solitaria palabra estaba escrita. Era el nombre de mi padre. Había muerto hacía un año por causas naturales según dijeron los médicos, pero el rictus de su rostro, desfigurado por un pánico extremo, me había mantenido en vela por muchas noches. Era como si hubiera fallecido en medio de una espeluznante pesadilla.

Un mes después sucedió. Ahora su esquelética figura se recortó junto al faro que emitía su mortecina luz a unos pasos de mi casa. Sacó una vez más su descarnada garra del guante y escribió en el pedazo de papel amarillento.

Mis pupilas se dilataron y mi frente se perló de sudor. Corrí para alcanzarlo y exigir una respuesta a la andanada de preguntas que se agolpaban en mi mente, pero sólo encontré el viejo papel con un nombre escrito como la vez anterior, sin embargo, ahora era

el mío. Regresé a mi casa mientras tomaba una decisión desesperada.

Tropezando con los muebles que se encontraban a mi paso, saqué una vieja maleta y coloqué en ella precipitadamente algo de ropa. Esa misma noche volé hacia París, donde tenía algunos amigos.

Tres años después, cuando regresaba a mi casa, después de tomar algunos tragos, entré a mi despacho y a tientas busqué el interruptor de la luz. Mis dedos tocaron con algo extraño. Encendí la lámpara y con terror vi que sobre mi escritorio se encontraba el temido papel. No era necesario leerlo. Sabía que iba a morir. Entonces una figura penetró por la ventana y una garra de pájaro atenazó mi cuello. En un movimiento rápido provocado más por el pánico que por un intento de defensa, tumbé el sombrero del tenebroso sujeto. Su cara era similar a la de un ave de rapiña, con un enorme pico y unos ojillos que reflejaban maldad.

Nos miramos fijamente y tras un breve titubeo, me soltó y desapareció tan rápido como había llegado. Frente al espejo, mis dedos recorren las marcas que quedaron en mi cuello. Han pasado veinte años y sigo preguntándome qué fue aquello tan terrible que vio en mis ojos, que lo hizo huir de mí.

El reclutamiento

Eloísa Covarrubias González

En poco tiempo, la espesa neblina invadió la parte baja del planeta Aspar. Los seres de Marte esperaron con paciencia a que hombres y mujeres subieran a la nave. Se trataba de un grupo numeroso que había emigrado a Aspar para huir de la radiación que estaba consumiendo a la Tierra. Marlon pensó que esos dos años de refugiados estaban a punto de irse a la basura. El reclutamiento voluntario concluiría en un par de horas; después, los seres de Marte no iban a ser amigables.

En el cielo azul, las dos lunas se tornaron rojizas. La tarde estaba por caer y lo que debía de ser la tranquilidad acostumbrada se convirtió en incertidumbre. La gente se dirigía contra su voluntad al otro lado de la ciudad para subir a la nave. Marlon y Kevin se rehusaban a ir. La niebla densa hacía difícil observar de quién debían de cuidarse.

—Están por todas partes, es imposible esconderse —le dijo Kevin a su lado.

—No pienso ser un esclavo. Yo me quedo aquí —dijo Marlon—. En poco tiempo la niebla se despejará.

Marlon se apartó de la muchedumbre; Kevin lo siguió. Lograron alejarse a rastras por la terracería para no ser detectados. Buscaban entre las faldas de las pequeñas colinas la entrada de una cueva que les serviría de refugio; unos días antes la habían descubierto. No tardaron mucho tiempo en dar con ella; estaba oculta entre arbustos secos y frondosos.

Marlon entró en la cueva y se incorporó rápidamente para refugiarse. Sus rodillas y brazos estaban lacerados por el esfuerzo de arrastrarse en el terreno pedregoso. De pronto, se regresó

a la entrada; Kevin no aparecía. Veníamos a la par, pensó. Cinco minutos después, su amigo llegó con una actitud desenfadada.

—Kevin, tenemos un plan. Si me seguiste fue porque estabas de acuerdo —dijo Marlon—. Creí que te habían descubierto.

—Me detuve porque me herí esta mano con una piedra —dijo—. Estuve quieto como una estatua. Los vi. Por poco me atrapan.

—Te dije que no te despegaras de mí —dijo Marlon molesto—. No siempre tendremos suerte. El próximo error podrías lamentarlo.

En la entrada de la cueva, Marlon intentó ver algún indicio de los extraterrestres a través de las ramas. La espesa niebla ya se había despejado. Aguzó el oído y de pronto oyó muy de cerca pisadas y voces que hablaban un idioma desconocido. Casi sin respirar, le hizo señas a Kevin para advertírselo. Su corazón latía a todo galope. No se atrevió a moverse hasta estar seguro de que el peligro había pasado.

—Se han retirado —dijo Marlon—. Ya no escucho nada.

Marlon suspiró hondo.

—Espero que no nos estén buscando —dijo Kevin.

—¿Estás seguro de que pasaste desapercibido? —preguntó Marlon.

—Sí, no te preocupes —contestó Kevin.

Marlon, envalentonado, salió de la cueva para estudiar el terreno. La luz de las dos lunas se tornó brillante y delineó su sombra de manera abrupta, lo que hizo que se sobresaltara; después sonrió por su debilidad. Rumbo al refugio pensó que para ese momento los extraterrestres ya habrían capturado a la mayoría de los rebeldes y se sintió a salvo en ese punto de Aspar. Kevin esperaba sentado dentro de la cueva junto al escaso suministro de agua que llevaron como único equipaje. Se quejaba de la herida en su mano. Pensó que necesitaba un vendaje; al momento, desfajó su camisa blanca, cortó tiras para improvisar vendas, tomó su botella para lavarse un poco y después procedió a vendarse. Cuando terminó, su mirada estaba fija en el agua de su compañero.

—¿Viste algo sospechoso? —preguntó Kevin cuando Marlon regresó a la cueva.

—Negativo —dijo Marlon—. Seguramente ya reclutaron a todos.

—A casi todos —dijo Kevin—. Hay muchos rebeldes y el reclutamiento voluntario ya terminó.

—Cuando parta la nave buscaremos un lugar seguro —dijo Marlon—. Trataremos de reunirnos con los que lograron escapar, así seremos más fuertes.

Marlon se sentó junto a Kevin en el suelo de la cueva. Ambos estaban un poco más relajados. Esperarían el momento propicio para dirigirse al centro de Aspar.

—¿Me pasas mi botella de agua, por favor? Está junto a la tuya —le pidió Marlon a Kevin.

Bebieron agua a grandes sorbos y reservaron un poco para después. El cansancio y la adrenalina adormeció a Marlon. Una vez que Kevin se aseguró de que estaba dormido, salió de la

cueva y silbó de una manera particular hacia una de las pequeñas colinas, luego se retiró con paso apresurado rumbo a la nave; solo se atrevió a mirar hacia atrás por encima de uno de sus hombros. Observó que dos seres de Marte, de corta estatura y ojos enormes, entraban en la cueva llevando una camilla.

Abuelín contra COVID

Guadalupe Gálvez Álvarez

El monstruo del COVID estaba instalado en la cabeza del Abuelín, de allí planeaba qué otras partes del cuerpo atacar.

El Abuelín desde un principio, tuvo respeto por esa pandemia desconocida y aterradora. Observa en la medida de lo posible, los protocolos de sanidad: quedarse en casa, usar el cubre boca, guardar la sana distancia, lavarse las manos constantemente. Además, para él era importante porque tenía que ver por la salud de sus papás, los otros abuelos, octogenarios; debía protegerlos de esa contingencia. Así pasaron diez meses extremando cuidados.

Un día, de manera sigilosa, el monstruo que ocasiona la enfermedad COVID-19 hizo contacto con el Abuelín y se fue instalando calladamente en él para provocar estragos sin que lo percibiera.

Una tarde el Abuelín se descuidó, tomó líquido frío, entonces el monstruo dijo: ahí voy. Lo primero que atacó fue la garganta, empezó la carraspera y no hubo té que lo parara.

Sin embargo, el Abuelín no se rindió, empezó a echar mano de la experiencia que los años le han dejado. Lo primero que se hace en estos casos de sospecha de COVID: se aisló.

Entonces, el monstruo decidió en qué otra parte del cuerpo ocasionaría mayores estragos y se fue al intestino. Desde ahí generó el desorden total.

Con el monstruo del COVID brincando de un lugar a otro y sin control, el Abuelín tomó una posición de yoga, convocó a sus superiores para que vinieran a controlarlo.

Se reunió la deidad, el sistema de equilibrio de salud, la mente que regula nuestro interior y la participación de un cuarto elemento, muy importante, que se encargó de la vigilia las 24 horas, la Superwoman Raquel.

Ah, pero como el Abuelín tenía tanto miedo internarse en un hospital, pensó: si voy allá, tal vez ya no regrese, pase lo que pase, mejor me interno acá en mi casa.

Además de esas fuerzas superiores, incondicionalmente se agregaron al refuerzo los abuelos cuenta cuentos, familiares y amigos, que con sus buenas vibras y deseos estuvieron alentando al Abuelín, siempre arropado con las cariñosas alas de otros ángeles, los hijos propios y adoptados.

Superwoman Raquel, la Doctora, aun cuando otros colegas suyos neumólogos, se negaron a atender pacientes con COVID-19, ella dijo: yo le entro, y echó pa' delante, enfrentando los riesgos que ello conlleva.

En visita domiciliaria, confirmó diagnóstico de COVID 19 y con apoyo de la tomografía inició el proceso para atacar al virus.

Raquel con su experiencia médica ordenó oxígeno, nebulizaciones y aplicó medicamento intravenoso, poco a poco la actividad del monstruo fue disminuyendo gracias a los cuidados intensivos de la doctora. La oxigenación y temperatura corporal eran monitoreadas, afortunadamente se mantenían en control. Así pasaron horas y días de lucha por la supervivencia del paciente, gracias a las buenas vibras, pero sobre todo a

Superwoman Dra. Raquel y las ganas de vivir del paciente el Abuelin.

Una vez pasados aquellos días horribles y desterrado el monstruo COVID de la casa, el Abuelín con sus nuevas pulsiones poco a poco tomó el control de su hogar. Así, vivió para contarlo y con mayor respeto a esa pandemia. Después de lo vivido abuelín espera que cuando llegue la vacuna sea un buen paliativo, por lo pronto dice: debemos seguir cuidándonos y ante la secuela de parosmia, pérdida del olfato y el gusto, hay que poner en práctica el entrenamiento olfativo, así que para ello se debe conseguir cáscaras de naranja y limón, clavo, menta, eucalipto y demás.

También, dijo: hay que revisar la próstata, para descartar secuelas Y adaptarnos a la nueva normalidad.

Conato de incendio en la Plaza del Vigía

Marisa Silveira

Me acuerdo como si fuera ayer; Solís 707 era la dirección de la casa de mi abuela materna Inés, en la ciudad de Maldonado, Uruguay. Una propiedad que cubría casi una cuadra y estaba en una esquina enfrente a la Plaza del Vigía.

Esa casa y esa plaza fue testigo de múltiples invasiones de la familia Silveira Gramont (8 hermanos) en las épocas de verano y antes de llegar a nuestro rancho de La Coronilla por los años 1948-1952.

Nos encantaba visitar a la abuela y a las tías que vivían en esa inmensa casa con recámaras del tamaño de salones, baños antiguos pero muy amplios, un aljibe con sótano, jardines con diversidad de flores, higueras llenas de higos, gallineros, parcelas de maíz y viñedos con uvas a punto.

Nosotros, los gurises y gurisas nos sentíamos en otra época y con otros atractivos, ya que en Montevideo no teníamos cerca jardines ni huertos, ni plazas llenas de pinos con sus recuerdos históricos.

Durante las mañanas ayudábamos a limpiar la casa y a hacer los mandados y después de comer los mayores tomaban su siesta y nosotros inventábamos juegos afuera de la casa, para no hacer ruido; era frecuente que fuéramos a la Plaza del Vigía que quedaba enfrente de la casa.

Ésta tenía una torre llamada “Torre del Vigía” hecha por los españoles a finales de 1700 para vigilar los barcos enemigos que llegaban a las costas de Maldonado, un monumento llamado Marco de los Reyes y un cañón de hierro forjado como de 2 metros de largo con su bala de hierro, que apuntaba hacia la playa Las Delicias. El resto eran árboles de pino que regaban el suelo con sus piñas y pinochas.

Una de esas tardes de verano a la hora de la siesta salí a la plaza con mis dos hermanas grandes, mi hermano Luciano y mis tres hermanos menores Carmen, Andrés y Esteban; además nos acompañaban dos primos de la edad de los menores. Nos reunimos alrededor del cañón, Esteban y Andrés me pidieron que les contara una historia sobre el cañón. En ese tiempo yo era la que les contaba cuentos y los entretenía para que no hicieran travesuras.

Les hice un relato de españoles que subidos a la Torre del Vigía descubrían barcos que se acercaban a la costa y enviaban soldados a cargar el cañón y disparar balas. El relato se centraba en cómo los españoles ahuyentaban a los barcos piratas que se acercaban a las costas del Río de la Plata. No di detalles sobre el uso del cañón, ya que no tenía idea de cómo funcionaba.

Pero ellos se quedaron con la curiosidad, y sin que yo me diera cuenta Luciano les comenzó a explicar cómo podrían tirar las balas del cañón. Les dijo que había que prender fuego cerca de la bala de hierro con las pinochas y piñas que juntaran en la plaza y que podían hacer fuego frotando dos piedras puntiagudas que él mismo encontró en la plaza.

Las hermanas grandes entre las que me cuento, estábamos juntando unas florecitas blancas que crecían cerca de los troncos

de los pinos, por lo cual no estábamos al tanto de las actividades de la plebe menor y a su plan de disparar el cañón.

De repente vemos que sale una humareda de la pinocha que estaba junto al cañón. Habían tenido suerte con las piedras y la pinocha se estaba quemando. Enseguida se oyó el grito de Carmen: “¡Fuego!”

Los pequeños gritaban que apagarán el fuego; creyeron que iba a salir la bala del cañón y tenían miedo de que diera al frente de la casa de la abuela.

Los grandes corrimos por una cubeta, a sacar agua de una llave que había en la esquina de la casa.

Desgraciadamente, entre los movimientos de unos y otros, Carmen se escurrió hasta la casa y despertó a mis padres para decirles que se estaba incendiando el cañón.

Salieron afuera mis padres y mis tías, pero para ese tiempo ya habíamos apagado el fuego y solo quedaba una estela de humo negro y con olor a incienso quemado.

Por supuesto, quienes fueron regañadas fuimos las tres hermanas mayores, que se suponía estaban a cargo de los menores. El mayor regaño me tocó a mí, por hacer “cuentos de guerra” según la crítica de mis padres y tías; son niños, me dijeron, los cuentos son de dragones y caballeros armados o algo por el estilo.

Cuando quedamos solos de nuevo, mis hermanitos vinieron a suplicar mi perdón, y a explicarme que ellos nunca dijeron nada de mis relatos. No querían que se terminaran, ya que a ellos los entretenía en las horas que no podían hacer ruido.

El susto y la ansiedad de este episodio me ha durado por mucho tiempo, ya que estábamos bien alertadas de los peligros

del fuego en los bosques de pinos que rodean toda la costa de las playas de Maldonado.

La conclusión de este relato está en relación al peligro de incendios en los parques y bosques cuando no se conoce cómo pueden producirse y cómo contenerlos a tiempo.

Momentos inolvidables

Araceli Jiménez

En algún día del mes de febrero acompañé a mi esposo a una visita a un mágico lugar. Al llegar esa fresca mañana y después de cumplida la comisión, dimos vueltas por las calles. Me encantó el pueblo, tenía mucho tiempo sin visitarlo. Descubrimos un hotel rústico, nos gustó y decidimos reservar tres días y disfrutar de Rosario Tesopaco, Sonora jueves, viernes y sábado de la Semana Santa. En Cd. Obregón empecé a pensar en la ropa típica que usaría en el planeado viaje. Siendo una población camino a la sierra de Sonora a 450 metros sobre el nivel del mar, escogí una blusita muy mexicana, pensando lo cómoda que andaría con mi pantalón de mezclilla y mis tenis, además de un sombrero que expresamente compré en mi última visita a Álamos, pueblo mágico.

Pasé una tarde excepcional en un lugar que jamás imaginé tan interesante, realmente me atrapó Rosario Tesopaco. Desde que planeamos el viaje creí que encontraría una cultura muy especial y los antepasados de mi esposo y mis hijos, en el museo costumbrista del lugar, pero al vivir la primera tarde del fin de “Semana Santa” del 2018, no pensé que surgiría en mí algún interrogante sobre el origen de una tradición que al parecer desde hace décadas practican en dicha comunidad. Le llaman los “fariseos”, que no son los chapayecas que conocemos en el valle del Yaqui en la cuaresma, en la que cumplen una manda y bailan por las calles, al mismo tiempo piden dinero.

Es otra costumbre, los participantes portaban un disfraz de payaso (parecido a Bozo) sobre todo la máscara, porque algunos

visten un mameluco como los que usan las personas que trabajan en la construcción de carreteras o como los bomberos. Estos personajes, por así decirles llevan el nombre de fariseos, aunque son un poco carnavalescos, como “mascaritas”; fue asombrosa la cantidad de jóvenes que participaban y uno que otro niño paseando por todo el lugar a pie o en trocas con música fuerte saliendo de carros que los seguían, en su mayoría sonaban cumbias: en un momento dado se reunieron en la entrada del lugar del cual partieron en colorido y bullanguero desfile en el que van diciendo “adiós” , saludando y algunos tomando alguna bebida etílica.

Al observar el desfile pregunté a una parroquiana del lugar:

---Disculpe señora, ¿desde cuándo ha visto usted esta tradición?

A lo que ella contestó:

--- Desde hace mucho, desde que llegué a Tesopaco, venía de Chihuahua al finalizar los años cincuenta.

Posterior al desfile en la plaza del lugar, los fariseos hacen simulacro de quinceañeras o bodas. Se me pasaba decir que todos son hombres, así que algunos se hacen pasar por mujeres en las representaciones, el público goza y expresa sonoras carcajadas y largos aplausos.

En lo que terminaba de caer la tarde entré a la iglesia católica. La construcción del templo no es muy común, tampoco tiene un lleno total como en otras partes. Al final de la ceremonia el párroco se quejó de la tradición de los fariseos ya que la población prefiere presenciar las escenificaciones que entrar a misa. Por pláticas de algunas personas del lugar mencionan que existen otras religiones desde mucho tiempo atrás, así que por mi mente pasó el comentario quejoso del sacerdote católico, deduje que podía ser el motivo de la falta de gente en el templo.

Luego buscamos un lugar para cenar, nos recomendaron “El mesón de San José “que es un comedor de la iglesia de nuestra señora del Rosario en la que elaboraban comida para recaudar fondos para la obra religiosa, buscamos con la vista al mesero para degustar deliciosa cena y sabrosa agua de arroz, según las recomendaciones, escuchamos una voz cordial que nos daba la bienvenida, nos sorprendió que fuera el mesero el sacerdote de la iglesia.

Después de la primera noche me esmeré en arreglarme y salir según yo típicamente vestida cual turista, en la calle sentía las miradas sobre mí y la poca gente que vi, estaba ataviada con ropa de fiesta. Las mujeres portaban blusas nuevas y pantalones de moda, así como su impecable peinado y yo con bordados típicos y sombrero, la verdad no siempre voy a pie de la moda, creí que como me vestía para ir a Álamos, podía lucir en Rosario, pues no, en toda la población ese día lo tomaban como de fiesta, ya que por la noche anunciaron un gran baile en la plaza y yo con atuendo súper mexicano. Dios sabe que, aunque sentía que me miraban extrañados, me dispuse a disfrutar las celebraciones del lugar.

El cuarto oscuro

Fernanda Olguín

Abro los ojos y todo sigue igual, oscuridad por todas partes. ¿Ya habrá amanecido? No sé, no tengo la manera de contar los días, las horas ni los minutos y creo que está dejando de importarme.

Al principio era más fácil, podía entrar y salir cuando quería pero ya no, mi alma podía viajar y verlo todo, ahora solo me quedo aquí sentado oyendo pasar el tiempo en el silencio, tratando de distinguir lo que afuera sucede.

Me desespero a veces pues cada vez me siento más atrapado y se me olvida que por mi propio pie entré, yo elegí estar aquí. La mayoría del tiempo lo afronto valientemente y espero a que llegue el momento de salir pero hay ocasiones en que me da claustrofobia y dudo del propósito, quiero regresar pero ya no hay vuelta atrás. Ella cuenta conmigo, no puedo defraudarla, se le volvería a romper el corazón en mil pedazos.

Recuerdo tantas noches haberla escuchado llorando, pidiendo y rogando. Otros días maldiciendo y dando de gritos, de cuando en cuando solo sollozaba mientras intentaba armar su corazón y hacer su vida de nuevo.

A veces la escucho a lo lejos, sé que es ella quien me habla:

-Resiste, no me dejes por favor, no te vayas- me dice quedito y quebrantada por el llanto.

El tono de su voz tiene un poder sobre mí, me calma cuando me siento aturdido, incluso hay días en que la oigo cantar, se me eriza la piel, un shock eléctrico me recorre entero. Amo oír sus

dulces tarareos cuando se cree sola y piensa que no hay nadie cerca, su corazón late fuerte y su alma vibra de maneras inimaginables. Soy afortunado, sé que sólo yo la conozco así, nuestra conexión es tan íntima, tan nuestra.

Aquí todo es oscuro aunque no siempre lo fue, al principio una negra noche con brillantes estrellas me envolvía, era sólo un pequeño punto de luz en la inmensidad, flotaba y escuchaba ríos ocultos pasar en torrentes. Sentí como en esa obscura enormidad ella me llamó, me sentí especial, sentí cómo nos fundimos e hicimos uno.

No voy a mentir, a veces dudo de estar aquí, es muy desgastante la espera y la misión sé que será difícil.

A estas alturas ya no sé quién soy, se me ha olvidado como era, recuerdo vagamente tenía rizos castaños y mi piel era clara pero ya no estoy seguro, todo se me olvida, me transformo de a pocos en alguien más, aún no se define bien si mis ojos también cambiarán su color avellana con forma de almendra, son inciertos los rasgos que mi cuerpo tendrá..

Me estiro y retuerzo, me siento entumido, cada vez es más chico este oscuro y húmedo cuarto, me inquieto y ella lo siente.

-Ya casi amor mío – susurra con dulces palabras.

La oigo a lo lejos como si estuviera sumergido en las profundidades del agua, en el fondo de un mar. Estoy tan perdido me habla a lo lejos, su voz me hipnotiza, ¿qué clase de hechizos me hace? ¿Será una especie de domadora?

Me estiro, me muevo no me puedo acomodar, me siento atrapado, veo una luz en el fondo, me ahogo aquí dentro y algo me llama a salir. Me estrujo, pateo y me impulso, oigo agua caer. Todo queda en silencio y ella lo rompe en un gemido casi animal.

– *¿Y si él también se va?- desgarrada pregunta.*

La oigo llorando, la siento asustada, todo se torna confuso pero tengo que salir, algo me llama, me impulso hacia afuera, me empujo y mi instinto me guía a la luz. Ella parece enloquecer, grita y gime, llora, puja y se aferra a mí diciendo que no quiere perderme. Salgo de ese cuarto, estoy desnudo, siento frío y lloro descontrolado, estos últimos meses han sido demasiado para mí. Veo luces muy fuertes me revisan me observan y ella implora por verme, al fin le hacen caso.

Unas manos frías me ponen en su pecho descubierto, los dos tan desnudos y vulnerables. Me abraza fuerte y se aferra a mí, ahora escucho su corazón desde fuera y esa hermosa melodía me relaja, yo conozco ese sonido, me adormece su olor, me habla y su voz me calma.

¿Quién era antes? No importa quién era y no sé cómo soy en esta vida, sólo sé que estoy con ella y todo estará bien, no necesito nada más.

Funky Town

Claudia Vianney Ruiz Ruelas

Lavo los trastes con una esponja tan vieja que casi se me desbarata en los dedos. Siento una punzada en el dedo gordo, con el agua todavía escurriendo mi piel, me reviso. Tengo el pulgar de un insano color verdoso, de tanto lavar ropa a mano. Mi esposo grita por una cerveza desde el sillón. Me seco las manos con un trapo viejo. Ni siquiera me mira cuando se la entrego, no quiere despegar los ojos del partido. Tan solo se limpia en la camisa los dedos llenos del polvillo de las papitas que está comiendo y extiende la mano. De pronto, la mascota del equipo sale a animar y el sonido de un teclado electrónico se apodera del campo. Una voz robótica entona una pegajosa melodía y me arrastra directo a los ochenta. Con mi cabello encrespado, mis pantalones ceñidos a la cintura y mi blusa bombacha de figuras estrambóticas, abro pista en la discoteca. Funky Town resuena en todo el lugar, mientras las luces de colores parpadean alrededor. Mis amigos se apresuran. Todos quieren bailar conmigo, pero yo solo tengo ojos para el Pepe, el más guapo del barrio. Quien se adelanta y me extiende su mano. Parece una estrella de rock, con su chamarra de cuero negro, su cabello desordenado y esa mirada desafiante. Juntos destrozamos la pista con nuestros mejores pasos.

—¡Está caliente, mujer! Pon el resto de la cerveza en el congelador —la voz de mi marido me transporta al presente, pero mi cuerpo sigue en el viaje, porque todavía estoy moviendo los hombros.

—¿Qué? ¿Quieres bailar como antes? —hace medio paso con sus brazos. Ni siquiera intenta ponerse de pie, su barriga es tan enorme que parece una proeza levantarlo del sillón.

Me detengo al instante y de pronto, vuelvo a sentir como me punza de dolor el dedo gordo.

—¿Bailar? —Le respondo arqueando la ceja—. No seas ridículo, Pepe.

Eterno infiel

Gabriela Guadalupe Buendía Xiu

Dalia y Eduardo se conocieron cuando cursaban el último año de la escuela secundaria. Ella de figura pulida por el *ballet* clásico, piernas largas, delgadas y rostro angelical enmarcado por una rubia cabellera que le cubría la diminuta cintura, era la viva imagen de hermosura, ternura y fragilidad. Eduardo, por su parte era el adonis de toda la escuela, un joven alto, delgado, cabello rizado, muslos torneados por el fútbol *soccer*, poseía en sus ojos color azul turquesa un enorme magnetismo con las mujeres de todas las edades y un encanto nato por su galantería.

Dalia recuerda con disminuida alegría, el día que se comprometieron, después de ocho años de novios, los últimos dos como pareja formal, pero apenas con algunos besos robados y caricias atrevidas sin llegar a una relación más íntima. En las bodas de plata de sus suegros, mientras la atención de los invitados estaba en los pasos de danzón que bailaban los festejados, Eduardo le dijo al oído ¡quiero bailar así toda la vida! ¡cásate conmigo!, al tiempo que sostenía el anillo en el estuche abierto, Dalia lo abrazó como respuesta positiva a su petición. El festejo del aniversario quedó en segundo término, la familia celebró emocionada el anuncio del próximo enlace, especialmente los papás de ambos, quienes conocían los amoríos del novio, de los cuales cuidaban que Dalia no se enterara.

Uno de esos idilios estuvo a punto de arruinar el largo noviazgo de los jóvenes, él se enamoró, de Rebeca una mujer de lacia cabellera negra, caderas y glúteos redondeados, labios carnosos y sonrisa traviesa, romance que terminó después del severo regaño del papá de Eduardo: -¡No puedes dejar a Dalia, ella

tiene derecho de antigüedad! y del retorno de la morena de fuego a Cuba, su tierra natal.

Era el momento ideal para sentar cabeza, Eduardo había concluido sus estudios de abogado y trabajaba en la notaría pública de su papá; Dalia, con estudios de contaduría, laboraba en un pequeño despacho fiscal.

Tuvieron cuatro hijos. El primer engaño, o el primero del que ella tuvo conciencia fue después del nacimiento del primogénito; no lo negó, culpó a la cuarentena, a su propia inmadurez y prometió que no habría más veces... porque lo amaba creyó en sus palabras. Pero se volvió en una especie de hábito, cuando estaba embarazada, él se desaparecía por días, con motivo de viajes de trabajo que le exigía la notaría. Al sentirse acorralado por evidencias de llamadas telefónicas y mensajes que Dalia descubría, confesaba culpando a las circunstancias, a la presión laboral, incluso a las otras mujeres: - ¡ella me sedujo... ! Dalia con lágrimas de dolor lo perdonaba, - es un buen padre, un buen marido, se decía ella, no me falta nada, tengo estabilidad económica, me trata bien, es cariñoso, atento.

El alma y el cuerpo de Dalia empezaron a sufrir los estragos de dicha negación, padecía constantes dolores de cabeza, desórdenes alimenticios, insomnio, delirios de persecución y celopatía. Eduardo tomó estas dolencias como pretextos para continuar con sus romances extramatrimoniales. Ya no hacía falta que confirmara sus infidelidades, ni que ella lo perdonara, sostenían su matrimonio con los pilares que brindan los vínculos familiares e intereses sociales y económicos.

Al correr de los años, en lo exterior proyectaban una imagen de la pareja perfecta, ambos guapos, de buena posición social, con

una familia educada y exitosa. A solas, aunque compartían la misma cama, apenas se dirigían la palabra.

Dalia conservaba su rostro hermoso y la delgadez de su cuerpo, Eduardo lucía calvo, vientre abultado, pasado en kilos, pero siempre irresistible con sus ojos azules.

Una mañana mientras ella tomaba el té en la sala de estar, escuchó un golpe seco, seguido de los gritos de la servidumbre, era Eduardo que estaba tendido en el suelo, todo sucedió de prisa, en minutos... el ruido de la ambulancia, los paramédicos... Dalia en cuclillas junto al cuerpo de su marido escucha el diagnóstico: infarto fulminante...¿es un sueño? se pregunta, se ha quedado sola, sin él, ¡Viuda!!

Sueños de papel

Adolfo González Riande

Frente a la ventana de su cuarto, o como el mismo lo apodaba, su “mexican penjaus ”, Migdonio pasaba horas enteras escribiendo relatos, poemas y vivencias que recogía diariamente de su andar de albañil. Cansado de su aniquilante faena aquí y allá, ofreciendo sus servicios de resanador, técnico en instalación de azulejos, pintor de brocha gorda, entre otros varios trabajos. Algunas veces, entregaba sus historias a un conocido de él, que a su vez las hacía llegar a un colaborador de un semanario, a cambio de unos cuantos pesos.

A veces, cuando la espera de algún cliente a la entrada del atrio de la catedral, se hacía larga e inútil, nuestro personaje lejos de molestarse, sacaba un liacho de hojas maltrechas de varios colores y comenzaba a escribir.

¿Qué podría escribir Migdonio?

Con un lapicito que parecía que lo habían mordido cientos de ratones, el aprendiz de observador, iba anotando todo lo que pasaba a su alcance. Un repartidor de pan en bicicleta, que según él se parecía a Pedro Infante. Unos tipos obesos recargados en una camioneta de redilas, y un señor delgado que vende globos y que ambienta su oferta con un estridente tui tui tuiiiii que provoca que los chamacos jaloneen a su madre, hasta convencerla de que les compre el globo.

En otras tantas veces, el paisaje cambia de actores, para dar paso a audaces ciclistas repartidores con una torre de periódicos que remata con un intrépido ayudante. La calle se llena de personajes, de aromas y pregones .Lo mismo se escucha al tipo que hace sonar el pitido del carro de camotes y plátanos, que la

señora que oferta a grito abierto: ¡tamaaaales de masa con carne de pueerco!,

¡Lleve su atole patrón!,

O el dulcero ofreciendo muérganos, pepitorias, cocadas sobre la tabla de un arco, y espantando las abejas.

Al morir el día, cuando regresa a su cuchitril en lo alto de la azotea, Migdonio inicia su tarea de escribir las diarias vivencias urbanas. Una a una, va sacando los papeles de su tenate. Enciende una vela y ahí en la penumbra del cuartucho, hace que lo vivido fluya hacia las maltrechas hojas.

Su actividad termina cuando la luz de la vela se apaga. Migdonio se recuesta en su petate, y su cúmulo de sueños es una improvisada almohada. A lo lejos el intermitente juego de luces de neón con tonalidades rojizas y azules, entran discretamente por la ventana, como si fuesen el colorido de los juegos mecánicos de pueblo, entre zumbidos de insectos y maullidos ocasionales.

A la mañana siguiente, el ruido urbano ensordecedor sube hasta el cuartucho para despertarlo. Antes de partir a su diario viacrucis, acomoda sus papeles, sus vivencias se quedan sobre unas cajas de madera.

El día transcurre. La noche llega, el ciclo se repite, nuestro improvisado escritor sigue anotando escenas de vida en cuanto papel se encuentra a la mano.

Una de esas tantas veces en que llega a su cuartucho, ve con desesperación que olvidó cerrar la ventana, lo que provocó que el aire se llevara sus hojas.

Migdonio entristece. Saca lo último de su torta para cenar. La noche cae sobre él, que busca el mejor lado para acomodarse en su petate.

El despertar de esa mañana, no fue igual que el de otras. En un abrir y cerrar de ojos, sus sueños de escritor volaron.

Bajó las escaleras y llegó hasta la calle. Su tristeza fue desapareciendo hasta convertirse en un soplo de alegría. Ahí su rostro se iluminó, contagiado de las risas y alegría de varios chamacos que lanzaban avioncitos de papel.

La alegría multicolor inundó la calle, la algarabía y los avioncitos golpearon el rostro de nuestro personaje. Tomó entre sus manos uno de los minúsculos juguetes, y en una de sus alas leyó algo que se le hacía conocido. “Un hombre, varios globos y un tui tui tui”. Migdonio tomó su liacho de instrumentos y se perdió entre las calles.

Cobradora

Francisco Manuel Saavedra Bojórquez

Gea se cansó de sentir acoso, ser violada, temerse muerta por el puño de sus extranjeros huéspedes, los llegados de las estrellas. Esos que le mordían los besos, para hacerle sangrar sus labios de oxígeno fresco. Se hundía en llanto por los cantos azules apagados, a causa de los gritos envenenados de quienes no se cansaban de acariciar con espinas el verde cabello de la Reyna Mayor, solo le profanaban la morena piel, para arrancarle el espíritu de fuego, amante del hielo.

Agotada quedó de llorarles, de suplicar respeto, amor, equidad para sus nativos desnudos. Les pidió una sonrisa para los sumergidos, los elevados, los erguidos a su lado. Les mostró su piedad con refugios para todos, más una mesa generosa para compartir; pero los sobrantes del cosmos, quisieron acaparar con todo, obligaron a los legítimos a dormir para siempre.

Ella quiso cobrar factura, aprovechó el descuido de los que sintiéndose dioses, corrompidos jugaban a ser creadores y destruir. Tomó la ceguera de las manos profanadoras de las estructuras inmortales; se apoyó en los no vivos ni muertos, los caminantes de la línea de en medio, entre ambos espacios. Se valió de los nacidos para inyectar la muerte en cada célula, acordó con los zombis pequeños, la destrucción del egoísta.

Juntos, cortaron el aliento de existencia, de igual manera a los impíos, también a los justos, porque los podridos ya no se podían limpiar y los no manchados engendrarían sucios al tocar el respiro de una tierra devastada.

¡Mató, mató, mató!, como la mataban a ella.

En cada estación visitada por Gea, se apagaban más existencias ayer llegadas del firmamento. El pánico les comió las emociones, resbalaron con una lágrima de piedra; consumieron todas las bendiciones disponibles, olvidaron a otros en el inframundo, se encerraron en una distancia de dos metros o más.

La salvación, el perdón de la diosa, siempre estuvo en la naturaleza: en ese río ahora seco, en el ave cazada por un rifle, en la tierra envenenada con saliva ajena, en un aire ya sin oxígeno. La respuesta estaba en los lugares ahora deforestados. La compañía fiel, siempre fue el ronroneo y el ladrido, ahora abandonados entre escombros de ignorancia, miedo, rencor, aunque ellos esperaron hasta su último aliento. La cura, la inmunidad a tiempo contra la mano de la muerte, siempre estuvo en esos críos tan fuertes, asesinados a sangre fría. La reconstrucción estuvo contenida en la sabiduría, la experiencia de los pieles arrugadas, desahuciados, etiquetados como despojos de una sociedad.

El conocimiento, perdido en esa lectura no realizada, en la investigación, la documentación y el libro de vida que cada quien se abstuvo de escribir.

Dios quiso alguna vez, encontrar el alma perdida de los monstruos, volverlos a dotar de humanidad, apagar la lumbre de sus estómagos e inhibir el veneno de sus gargantas. Mas para volver a construir, la destrucción era imperativa; abandonó a sus hombres a cambio de su diosa, así como ellos dejaron a sus dioses a cambio de aromas con final. Los ídolos y titanes cayeron al abismo.

Los alientos extranjeros se apagaron, se les fundieron en la carne, esas brasas de fuego salidas de los fusiles. En la garganta se les apagó el flujo de aire que dejaron marcado en el tronco de

los talados. Los ahogaron en latidos secos con el agua menospreciada. Fueron perseguidos para siempre por los fantasmas de los obligados a dormir. Sintieron en llanto externo, a los abandonados que esperaron hasta el final. Les licuaron los órganos internos, con los restos de quienes fueron diluidos de la vida.

Después, todo volvió a empezar.

Mil años después, todo volvió a empezar... sin embargo, ésta fue la última vez.

Límites

Silvia Teresa Manríquez Ochoa

Hay límites en lo que puedes aceptar. Me gusta poner a secar la ropa que sale de la lavadora en el tendedero, adoro esa sensación de frescura que le deja el airecito que corre por aquí. Acostumbro lavarla por las mañanas mientras me preparo para ir a la oficina, se queda tendida hasta mi regreso. Otras veces lavo por la noche y recojo las prendas temprano por la mañana.

Las últimas ocasiones cuando voy a recogerlas algunas están por el suelo, destrozadas. No entiendo por qué mi perro ha empezado a hacer algo que antes no hacía, y que continua haciendo a pesar de mis reprimendas.

A partir del insomnio que tengo desde que llegué a esta casa, descubrí lo que sucede. Inexplicablemente, las prendas en el tendedero cobran vida. Se desprenden de los ganchos y retozan sobre el cielo de mi patio. Cuando empieza amanecer solas se vuelven a sujetar. Al perseguirlas, el perro destroza algunas que ya no pueden regresar a su lugar.

Hay límites en lo que puedes aceptar, incluso cuando se trata de cosas imposibles. Por eso, he decidido encontrar un nuevo hogar para el perro.

La Fosa

Silvia Teresa Manríquez Ochoa

Iván nunca se imaginó que terminaría en una fosa clandestina -y menos- una que él mismo cavó.

Si no hubiera sido tan celoso quizá aún estuviera vivo. Se enojó porque no lo dejé que le cortara la oreja al secuestrado de esta semana. Tenía por costumbre cortarles una oreja el segundo día del secuestro, así la familia se asustaba y pagaba rápido el rescate sin meter a la policía.

Pero ese morro me había gustado, estaba muy guapo; qué desagradable debe ser besar una cara sin oreja. Le dije a Iván que mejor le cortara un dedo.

Y él tan receloso que era se dio cuenta que me gustaba el güerito.

Ya me di cuenta que te calienta el vato, si tanto te gusta le regalo la tuya, me dijo muy cerquita del oído mientras pasaba el cuchillo por mi oreja. Sentí miedo.

– ¿Qué te pasa, estás loco? –Intenté alejarme, pero no me dejó.

–Guarda ese cuchillo Iván, el güey ese no me gusta, me gustas tú.

Me jaló fuerte el cabello con una mano y con la otra puso el cuchillo en mi cuello. De verdad creí que moriría pues Iván tenía el gesto que le he visto cuando despedaza cuerpos.

–Desde que agarramos al *pinchi güey* te vi los ojos calenturientos. –Se rio de mí cuando advirtió que toqué la pistola que cargaba en la espalda.

–Ándale, mátame y quédate con tu güerito.

–Cálmate Iván, me asustas.

–Ándale, cobarde –gritó. Soltó mi cabello y tomó mi mano con todo y pistola, la puso en su frente. –Ándale o esa fosa será para ti y el *güey* ese.

No sé si él mismo jaló el gatillo o fui yo cuando sentí de el filo del cuchillo empezando a cortar mi cuello. En ese punto las imágenes se me confunden.

No recuerdo porqué maté al secuestrado. Cuando tuve razón de nuevo yo estaba tapando la fosa en la que apenas cupieron los dos cuerpos.

Milana

Lily Tapia

Milana sólo tiene 10 años, pero su temprana pubertad hace que sus juegos se tornen un poco más atrevidos. Obsérvala, de cuerpo pequeño, delgado, tiene toda la agilidad y vigor que caracteriza esa edad. Se comienza a notar los cambios que la definirán como mujer. El juego que más disfruta, es imaginarse ser una bailarina exótica, como las de televisión. Se esconde de su madre y hermanos para no ser vista, lo hace detrás de un baño, que está rodeado por verdes plantas de higuierilla, junto a él, está un lavadero montado sobre piedras acomodadas para darle altura. Las paredes del baño son de madera, entre las que se forman pequeñas rendijas.

En la soledad de ese paraje, Milana ensaya un baile, la música la escucha en su imaginación, es un ritmo tropical, sensual, no se considera apto para niñas de su edad. Sin embargo, la sensación que siente al bailarla es muy gratificante. Se imagina vestida con ropas provocativas y vistosas, brillantes, con plumas y penachos grandes muy adornados, zapatos de tacón muy altos. La emoción que siente es como una efervescencia en su piel, sublime, saber lo agradable que es estar vestida con prendas pequeñas que escondan sus atributos y a la vez muy brillantes y elaborados, que encandilen toda vista.

Para continuar su ensayo, y que esta vez, sea un poco más real el atuendo imaginado, se hace un traje, improvisado con hojas de higuierilla. Quiere sentir la sensación de estar vestida con prendas pequeñas. A lo lejos, se escucha una música tropical, empieza a bailar sin despegar los pies del mismo lugar, mueve sus brazos, los alza con movimientos suaves al tiempo que contonea su pequeña cadera. Siente un éxtasis indescriptible en su escenario imaginario.

De pronto, escucha ruidos de hojas, como si alguien se acercara. De inmediato se quita las hojas, las avienta a las raíces de la higuera, se viste rápidamente, de un solo movimiento, se pone el vestido holgado con un pequeño holán en la parte de abajo y en las mangas. Su corazón palpita rápido, fuerte. Sólo de pensar que ha sido descubierta, la llena de pánico. Y no se equivoca, la observa Kayl, un joven de unos 20 años, vecino, amigo de sus hermanos.

Sus miradas se cruzan, Milana siente el corazón en su garganta, los ojos de él, irradian lujuria. Está decidido, la escena recién vista, le despierta sus más oscuros deseos. Milana corre con todas sus fuerzas hacía la casa, que esta retirada a unos 30 metros. En el trayecto, por la vereda, están construyendo un pozo, que servirá como fosa de drenaje. Milana sólo siente que sus pequeños pies no tocan el suelo y cae a la excavación aún no terminada.

Le dolía la cabeza, fue lo primero que sintió cuando abrió los ojos, estaba llena de arena, de tierra y un pequeño sangrado en su cara. No había tiempo de sentir nada más, estaba sola. De nuevo el miedo y la sensación de quedarse ahí la abrumó, empezó a gritar con todas sus fuerzas, el primero en escucharla fue su perro, quien ladraba sin parar viendo hacia el pozo.

Un rato después llegó su pequeño hermano, llevado por la curiosidad de los gritos y los ladridos del perro, se asomó temeroso y al ver a Milana se asustó, reaccionó cuando ella, le ordena que vaya a avisarle a su madre.

Ya en casa, cuando su madre la limpiaba y curaba, la cuestionó de cómo fue a caer en el pozo. Milana le responde que fue un descuido. No quiso mencionar la escena que había creado, con todo y vestimenta y que el único espectador que la había visto, la persiguió con las más bajas intensiones. Sabía que el secreto

era grave, si lo decía, se sentiría muy avergonzada por sentir aquello que la extasiaba, sabía que después de todo, era una niña de 10 años. Pero al vivir aquello, sintió que pasó inmediatamente a la adolescencia y le quedaba muy claro, los peligros a los que estaba expuesta. Se sentía muy vulnerable.

Transcurrieron los días, se cuidaba de no salir sola, de no hacerlo de tarde-noche y si lo tenía que hacer, se acompañaba con alguno de sus hermanos. Ya no tenía tranquilidad, no dejaba de pensar que Kayl, la estaría acechando, como un lobo a su presa, esperando la primera oportunidad de concluir aquello.

Por esas fechas, se realizan las fiestas en la aldea. Todos los moradores se reúnen y se alegran con la música, se visten con sus mejores prendas, para ir a bailar y presenciar los juegos que ahí organizan. Uno de ellos, es el de domar potrillos. Los mejores jinetes participan para demostrar su arte de dominar a los salvajes corceles. Uno de ellos es Kayl. Cuando le toca su turno, muestra sus mejores movimientos para no caer del bayo cuando reparaba, luego levantaba sus patas traseras al mismo tiempo, queriéndose quitar a toda costa, el jinete que le impedía correr libre y majestuoso.

Kayl, nunca imaginó que este corcel, era el más inquieto e indomable. En un pequeño descuido, éste corrió desbocado e imparable por la aldea y al pasar por unas casas se detuvo abruptamente en un cerco de alambre y Kayl sale disparado, lo que causa que no vuelva a abrir sus ojos jamás.

Todos lamentan el desafortunado y horrible suceso. Solo una personita siente una felicidad y tranquilidad indescriptible por la muerte del joven, ella es Milana.

TEOTL

El guerrero azteca de las cien peleas

Manuel de Jesús Mendívil Urias

Teotl era uno de los mejores guerreros del imperio azteca, fuerte, robusto con su característico pelo rapado de los costados y una trenza en la nuca que llegaba hasta su espalda. Con su penacho de águila en la cabeza se identificaba como un guerrero élite del imperio mexicana. Teotl tuvo innumerables batallas, especialmente con sus principales enemigos los tlaxcaltecas. Durante la estadía de los conquistadores españoles, Teotl defendió a Tenochtitlan gobernado por Moctezuma.

Una noche, Teotl regresaba con su familia cuando fue sorprendido por varios hombres antes de entrar a su cabaña, le dieron un fuerte golpe en la cabeza que sus malhechores lo creyeron muerto. Los agresores eran tlaxcaltecas y piratas españoles que se hicieron pasar por hombres de Hernán Cortés. La esposa de Teotl fue asesinada y el hijo de 8 años fue secuestrado. Teotl no estaba muerto, se recuperó rápido y alcanzó a observar quienes eran los hombres, mas no pudo detenerlos.

El guerrero fue en busca de su hijo, siguió los rastros hasta llegar a una caravana de personas encadenadas. Teotl intentó ayudar a los prisioneros y salvar a su hijo, pero su esfuerzo fue en vano, él también fue atrapado. A pesar de ser un buen guerrero los piratas traían fusiles, trampas y redes para atrapar a sus presas. Teotl y su hijo junto con los demás fueron llevados a Europa como esclavos.

A principios del siglo XVI, después de los descubrimientos de diferentes tierras, los imperios más importantes de Europa como

España, Portugal, Francia e Inglaterra iniciaron exploraciones por todas partes, fue una carrera por apoderarse de territorios nuevos en busca de riquezas y materia prima, los barcos llegaban con productos conquistados como el oro, gemas, especias y lo más lucrativo los esclavos. En Europa había un retroceso social ante el aumento demográfico y la pobreza de muchas personas, solo la realeza y terratenientes adinerados podían gozar de beneficios incluyendo la iglesia.

Un duque italiano obsesionado con los métodos romanos de la antigüedad, inició una serie de reuniones con gobernantes poderosos de otros imperios, el duque organizaba clandestinamente peleas de esclavos, donde apostaban riquezas e intercambiaban productos de valor. Durante mucho tiempo los hombres esclavos más fuertes eran reclutados por los apostadores adinerados y los obligaban a pelear.

Teotl el guerrero azteca fue llevado a una isla cerca de las costas de Portugal donde tenían prisioneros a hombres reclutados de diferentes lugares, considerados los más fuertes. Los hombres adinerados, duques, condes y emperadores llegaban a la isla donde seleccionaban y compraban a los esclavos a través de pequeñas pelotas entre sí o con animales. Cuando eran comprados se los llevaban para hacer trabajos duros y cada verano preparaban un torneo donde el vencedor absoluto se ganaba su libertad.

Teotl fue llevado a su primera pelea de selección, donde elegían y compraban a sus preferidos. Teotl en un principio no quería luchar, inclusive fue el último en quedar en la elección, nadie daba mucho por él.

- Señores —gritaba el esclavista —este hombre viene de las nuevas tierras conquistadas por el mismísimo Hernán Cortez y el rey Carlos de la corona española ¿quién paga

más? También se llevará a su hijo por una mínima cantidad de monedas.

Todos murmuraban, pero nadie se atrevía.

- Yo lo pagaré —gritó un anciano en medio de la multitud, era un viejo vestido con sotana y un collar eclesiástico colgaba sobre su pecho.
- Vendido al señor cura —gritó el esclavista.

A la semana siguiente Teotl fue llevado a su primera pelea, pero Teotl encadenado y arrodillado haciendo un tipo de ritual con sus brazos hacia arriba, tomó un pedazo de madera puntiaguda y se lo puso en el pecho. El cura anciano que compró al guerrero azteca, agarró al niño del cuello y puso un cuchillo en su garganta.

- ¡Pelea esclavo! —el anciano presionaba el cuello del niño.

Teotl entendió lo que el cura le decía, tiró el trozo de madera y se puso de pie, pero fue derribado con un fuerte golpe por la espalda de su contrincante, un prisionero francés. Teotl se levantó, con un grito de furia corrió hacia el peleador y con un golpe certero en la garganta lo mató.

Teotl ganó muchas batallas, con solo un arma de madera como acostumbraba en su pueblo y un escudo hecho por él mismo derrotó a muchos de sus oponentes. En cada pelea miraba a su hijo, los dos hacían con su cabeza los mismos movimientos hacia arriba y a los lados, era una forma de comunicación y un ritual que nadie entendía, pero mientras ganaba las peleas a nadie le importaba.

En la última pelea el ritual con su hijo fue diferente, Teotl luchó con uno de los guerreros más difíciles, con un guerrero vikingo danés. Fue una batalla muy dura y sangrienta, pero Teotl con su espíritu guerrero logró vencerlo, lo derrumbó y lo puso contra el

suelo mal herido, la multitud alrededor gritaba. Teotl miró al cielo, observó de nuevo al niño y levantaron sus manos al mismo tiempo. Teotl tomó la lanza de su contrincante vikingo y la lanzó tan fuerte que mató a su propio hijo, todos se quedaron callados y asustados por lo que había hecho. El viejo cura sorprendido solo observaba al niño tirado.

Teotl agarró su arma y corrió hacia la multitud golpeando con fuerza a todos los presentes, a cada uno los asesinó brutalmente. Algunos esclavos heridos se quedaron solo observando, sonrieron con lo que el guerrero azteca hizo. Teotl ensangrentado se acercó al cura que aún vivía, tomó unas monedas entre sus pertenencias resultado de las pelias y se las clavó en los ojos. Teotl después de eso, levantó a su hijo, miro al cielo rezando unas plegarias y se quitó la vida. Teotl el guerrero azteca acabó con cien hombres en total y terminó con una secta sangrienta de esclavos de hombres adinerados, incluyendo el duque italiano.

La noche de Navidad

José Antonio Rodríguez

En una blanca, humilde y pequeña casa de un pueblo allá en Sonora, una esfera anunciaba el calor de la Navidad. Y la familia Díaz disfrutaba cada minuto de aquella hermosa velada. Eran las 10 de la noche cuando, de la nada, escucharon un estruendo directo del frente de la casa. En cuanto salieron se encontraron la camioneta roja, que era el carro de la familia, destrozado. Atrás de la misma tirando en la cajuela una personita vestida de color verde, con un sombrero puntiagudo y unos zapatos de arlequín.

-Oye niño, ¿estás bien?- exclamó la madre, mientras lo movía un poco para asegurarse de que estuviera vivo.

-En primer lugar, mi nombre es Blix y soy un duende de las fuerzas especiales de Santa Clous- exclamó el duende mientras le movía la mano a la madre, que estaba tocando su hombro.

-¿Que te paso Blix?- preguntó el hijo de unos escasos 9 años,

-Pues verás mi niño, yo venía en el trineo, pero Santa dio una vuelta bombera en Pueblo Yaqui porque se le olvidó hacer feliz a una familia en Obregón, me caí y ahora estamos tú y yo hablado de esto- ni corto, ni perezoso respondió el duende.

-Y, ¿Cómo podemos ayudarte?- preguntó la niña que apenas tenía 8 años,

-Me tendrían que llevar al palacio de gobierno de Obregón antes de que den las 12 de la noche, puesto que a esa hora Santa Clous tiene que irse al otro lado del mundo a repartir regalos y como mete turbo, no puede esperar- respondió el duende.

La familia ya que sabe la situación del duende decide ayudarlo, pero para su fortuna la camioneta había quedado desarmada, por el choque que sufrió por parte de Blix.

-Me gustaría ayudarte amiguito, pero mi camioneta está hecha pedazos- exclamó el padre.

-Ese no es problema- dijo el duende quién rápidamente, con sus poderes arregló la camioneta y algo más.

Los ojos de la familia no lo podían creer pues la camioneta vieja, destrozada y averiada del papá, se había convertido en una lujosa camioneta del año frente a sus ojos. El padre presuroso alistó a la familia para llevar a Blix al palacio de gobierno de Ciudad Obregón.

-Blix, ¿Qué más puedes hacer con tus poderes?- preguntó el hijo.

-Dime, ¿qué deseas en este momento?- respondió el duende, el niño pensó con todas sus fuerzas y el duende dijo –arreglado.

La niña preguntó:

-Hermano, ¿qué deseaste?

-Es un secreto- exclamó el hermano.

-¿Puedes hacerlo conmigo también?- preguntó la niña.

-Claro- dijo el duende, e inmediatamente aparecieron chamarras abrigadoras sobre todas las personas que se encontraban en el vehículo, eran las prendas más cálidas y suaves que habían tenido en toda su vida.

Llegando a Obregón ya eran las 11 y les quedaba una hora para llegar al palacio de gobierno, arribando a la central de autobuses ya se observaba a Santa de techo en techo recorriendo los

hogares, el padre de la familia buscó atajos para llegar a la plaza del palacio. Para cuando llegaron a la dichosa plaza eran las 11:50 llegaron justo a tiempo para ver cómo Santa Clous bajaba de su trineo, una barba blanca, un vestido rojo y unas botas negras brillaban más que la misma noche, cuál estrella en el espacio.

-¡JO JO JO! , Gracias por regresarme a Blix, lo estuve buscando por todos lados- exclamó Santa Clous preguntándole también a Blix -¿Qué fue lo que te paso?

A lo que el duende contestó:

-Me volví a caer del trineo.

A lo que Santa respondió:

-¡JO JO JO!, lo bueno es que ya estás aquí conmigo y estás bien, todo gracias a estás maravillosas personas.

-Saben, por el gran favor siento que merecen esto- exclamó Santa Clous mientras que con un tronido de dedos llenaba a mares la caja de la camioneta con regalos para toda la familia.

Dando las 12 Santa Clous se preparaba para irse.

-Muchas gracias por todo- exclamó la familia completa,

-¡JO JO JO!, Muchas gracias a ustedes y feliz Navidad- exclamó Santa mientras volaba hacia el horizonte con rumbo desconocido.

La familia se quedó ahí solo viendo la estela de luz que dejaba el trineo de Santa al dejar la escena. Llegando a la casa del pueblo se llevaron una agradable sorpresa puesto que el deseo que había pedido el niño se había hecho realidad, aquella casita blanca y humilde de la familia Diaz se había transformado en una mansión con todos los lujos y comodidades. Cuando

entraron pudieron observar en la mesa de la sala un banquete de exorbitante comida había de todo pavo, cerdo, romeritos, tamales, posole, etc. Al medio de todo se encontraba una nota “Feliz Navidad, familia Díaz y muchas gracias por todas sus atenciones”.

Lila

Linda Salguero

Lila, renacuajo flotante, hizo bulla en el vientre de su madre y la sacó de su ensimismamiento habitual. Alondra no estaba preparada para ser madre, ignoraba lo que ello significaba ya que ella misma no había tenido una. Nació de un huevo tornasolado que su padre incubó con luz artificial y mantuvo caliente y entretenido con libros de Carl Marx y música de Los Beatles, con la inútil esperanza de que permaneciera así para siempre.

“Lisa tiene un amor de ultramar...brilla en la oscuridad...” La voz de Gustavo Cerati arrullaba a Lila, que descansaba cómodamente, escondida en su frágil y hermoso contenedor. Alondra descansaba también, abrazada a Carlo, el bajista de su grupo favorito y su ídolo, a quien admiraba en el escenario de un bar noche tras noche y a quien enamoró con su rara belleza y su sensual aleteo.

-Estoy embarazada -anunció en un susurro para no interrumpir del todo la canción de fondo -Estoy embarazada, Carlo. Vas a ser padre.

Carlo respondió de la única forma en que podía hacerlo: con una vorágine de euforia alcohólica, inspiración musical y poética, letras, notas, golpes de bajo y guitarra, amor de músico, amor de artista, de semidiós que se deleita en el nuevo mundo que ha creado. Ese caos de euforia los arrastró a ambos y en él se gestó una canción para Lila - Botón de Rosa, la rosa nueva. Una canción de amor que Carlo tocaba incesantemente para ella día tras día, pegado al vientre de Alondra, hasta que pudo tenerla en sus brazos y cantársela sin interferencias amnióticas.

La música que inspiró la nueva vida resultó ser más sólida que el amor del *rockstar* y la *groupie*, incapaces ambos de convivir en un ambiente doméstico a la luz del día y se separaron al poco tiempo, con un odio y un despecho que no inspiró melodía alguna, sólo notas discordantes, violentas, que no pudieron ser tocadas por instrumento alguno. Y en un frenético batir de alas enfurecidas, Lila fue arrebatada y llevada a crecer lejos de la música de su padre, pero jamás la olvidó por completo.

Veinte años han pasado, pero algunas de esas notas aún vibran tenuemente en cada una de sus células y ella busca el resto, tratando de llenar los vacíos en la partitura.

Cada tarde, Lila sale a recorrer las calles y los bares, desesperada y ansiosa, a buscar la parte faltante. Tal vez algún día la encuentre en el émbolo de una jeringa, en la última bocanada de un humo vítreo, en la aspiración larga y áspera que hace rechinar los dientes o en la niebla lisérgica de una última pastilla

Un día gris

Primavera Encinas

Suelta el reporte al sentir el primer movimiento. Después viene otro, tan inmediato que no lo ve venir. Voltea hacia todos lados, la expresión de pavor se ha instalado en sus rostros, solo les queda correr, a pesar de que lo más sensato sería buscar una estructura sólida. Dejan al paciente en la cama, para poner a salvo sus vidas, pronto están en la calle. Todo es confusión, la gente grita, exclaman aterrorizados. Horas antes se llevó a cabo el simulacro del temblor del 85. Parece mentira que sea en la misma fecha, justo el 19 de septiembre del 2017.

Eli jadea sin creer lo que está experimentando. Es del norte de México, jamás ha vivido algo semejante. En lo que se sujeta la cabeza, deja de temblar. Debe abrir los ojos y contemplar una ciudad que se cae a pedazos. Los lamentos de dolor le llegan por cada esquina, cada calle, no sabe hacia dónde dirigirse, únicamente hay expresiones de espanto, llamadas de auxilio, transformadores lanzando destellos.

Como está a las afueras de un hospital, aparecen dos jóvenes. Por favor, es por acá. Junto a sus compañeros de radiología, los sigue. Deja sus miedos o ansiedades para avanzar unas cuerdas y encontrarse con el infierno de Dante. Es el colegio Rébsamen, el cual se hará famoso por los medios. Uno de los edificios se ha colapsado. Lo único que sabe es que allí hay docenas de niños. Respira hondo para armarse de valor y sigue instrucciones como autómatas, porque en ese momento, explicará más tarde, es incapaz de decidir.

Ayuda a levantar escombros con sus propias manos. Van apareciendo los pequeños cuerpos. Al final Eli contará catorce.

No tiene tiempo de llorar, aunque por dentro está quebrada. Sólo retiene el aliento, cada vez que alguien levanta el puño. Son los momentos más duros, en que la esperanza se instala en su pecho rogando por un sobreviviente. Entonces aparece un cadáver, el más crudo por ser de un infante. Debe tomar fuerzas para continuar, hasta que arriba la Marina.

Con los ojos empañados de lágrimas, experimenta una indefensión hasta ahora desconocida. Ya se puede ir, le explican. Tiene una roca en las manos cuando decide que es lo mejor, los ingenieros tienen una estrategia, los voluntarios han terminado. Recuerda al paciente de radiología que abandonó, de seguro también salió por su propio pie. Se pregunta por su departamento, ¿aún tendrá donde vivir? Un profundo cansancio la invade de golpe. Voltea al firmamento y cierra los ojos. No hay línea de celular o teléfono, los servicios de transporte son un caos, así que camina, esperando huir de la pesadilla.

Avenida Aldama

Jaime Ochoa

Rondan recuerdos fugaces, incoherentes que no logro precisar, intento atraparlos. Aún guardo la memoria de ese entonces, la dulce vecina, una pequeña rozagante de anunciada adolescencia. Quedé absorto mirando como el frío de la mañana entraba por las ventanas calando hasta los huesos.

Llegó al Merendero Guadalupano a las cuatro de la mañana como cada día después de su trabajo en la curva. Al bajarse Esmeralda del taxi, observó a un adolescente sentado en la banqueta sobre unos periódicos. Se le acercó cuestionándolo ¿tienes hambre?; no espero la respuesta y tomándolo del brazo lo llevó al interior del restaurante, hizo una señal a la mesera.

-¿Te pido unos huevitos estrellados con tocino y frijolitos refritos por un lado mijo? ¿Quieres unos hot cake? ¿Cómo te caerían unos huevos estrellados con jamón o un omelet de queso con salsa roja? ¿De tomar que te traigan jugo de naranja ó un chocomilk?;Pide lo que quieras mi amor!

Su mirada derramaba una gran ternura por aquel pequeño adolescente con sus periódicos bajo el brazo izquierdo. Ella lo miraba embelesada, dos lágrimas rodaron al observar como el chavalo se le quedaba viendo a los alimentos que la mesera traía en una gran charola. El chavo volteo a ver a Esmeralda preguntándole, ¿Es para mí esta botana?, ella no pudo hablar, un nudo en la garganta no se lo permitió.

El chavalo nunca había probado esa comida, únicamente las veía en los menús que les entregan a los clientes. Jamás imaginó

que ése domingo un ángel le invitaría a saborear lo que no podría pagar debido a los bajos ingresos por la venta de periódicos.

Al terminar de comer, le dio las gracias a su nueva amiga, ella extendió sus brazos abrazándolo, cerró los ojos, recordando a su hijo que murió de cáncer cuando apenas cumplió ocho años. Tendría la misma edad de éste joven que la vida puso en su camino esa madrugada en el Merendero Guadalupano.

El adolescente salió del restaurante despidiéndose de Esmeralda agitando su brazo, -decía en voz baja agarrándose el estómago: Panza llena corazón contento-. Ya lo estaban esperando sus tres amigos que no entendían por qué únicamente a éste chavo lo invitaron a desayunar. Se le acercaron cuestionándolo sobre la comida que se botaneó con la doña del taxi blanco y rojo de la curva.

Se fueron a la esquina de la veintiuna y escorza sentándose en la banqueta, les empezó a contar que no entendía el motivo del por qué la doña lo trató con tanto amor, me decía que pidiera lo que se me antojara y que no me preocupara del precio que ella pagaría toda la comida que me sirvieran. Yo la veía como si fuera un ángel, siempre había querido comerme unos hot cake con huevos estrellados arriba, y un licuado de fresas con crema y pensé que nunca lo iba poder hacer, ya ven que son bien caros esos platillos y lo que gano con la venta de los periódicos apenas si me alcanza para pedir dos burritos de frijoles maneados de esos que prepara Menny el cocinero, quien ya sabe que es lo único que podemos comprar.

Me veía con una mirada como la de mi jefa, quería consentirme, no sé qué vio en mi cara, pienso que a lo mejor le hice recordar a alguien que ella quiere mucho, porque alcance a ver que sus ojos se le llenaron de agua al verme comer y devorar todos

platillos que me trajeron. Yo sé que a lo mejor nunca voy a volver a probar esa comida por ser muy cara.

Se quedó muy tranquila al verme muy contento después de terminar el almuerzo, me abrazó y me dio muchos besos, sus últimas palabras para despedirme fueron: cuídate mucho mucho mucho mijo; y recuerda que cuentas conmigo. Si la vida nos permite volver a encontrarnos seré muy feliz.

Entre las estrellas

Nazli Gastélum

Hace algunas horas en la base central

-¿Está seguro de proseguir con la misión? Los técnicos informaron de múltiples fallas con la computadora central del transbordador espacial-bajó la mirada a los papeles que llevaba en las manos para evitar la intensa mirada de su superior.

-Estoy seguro, esos son todos detalles mínimos- vociferó irritado- además irán los astronautas mejor calificados y experimentados, regresarán sin importar el percance.

Tiempo actual en el espacio exterior

Súbitamente la aeronave se detuvo y en el visualizador se leía la advertencia “FALLA DE ENERGÍA”.

-Reinicien los programas manualmente y que alguien me diga el lugar sobre el que estamos varados -el comandante se levantó de su asiento intentando encender el sistema de emergencia.

-Los monitores indican que hemos avanzado cerca de 750 años luz desde nuestro lugar de origen y...-el piloto 1 tragó saliva preocupado- nos acercamos al planeta TrES-2b.

Guardamos silencio, ninguno se movió de su lugar y mis manos empezaron a temblar, inquietas, por la noticia. Aquel exoplaneta es el retrato del mismo infierno, un mundo de completa tiniebla

en un ambiente de fuego y azufre donde muy a penas se le puede ver emanar una tenue luz roja.

El capitán reaccionó.

-A sus uniformes, debemos movernos a la capsula de escape.

Tan rápido como fue posible cada uno se hizo de su traje al igual que un calor ardiente se abría paso dentro de la astronave, se intentó comunicar con la base en reiteradas ocasiones, todas sin éxito.

-La puerta de acceso a la cámara de salida está bloqueada.- mencionó el primer piloto a la par que oprimía los botones del código con violencia; el dirigente me observó.

-Piloto 2, haga encender los motores de emergencia para redirigirnos a otro destino e intente lo mismo con las luces infrarrojas para tener localizado el planeta.

Ellos se las ingeniaban para abrir la compuerta, se hacía más difícil respirar y mientras hallaba el problema en la maquina central no pude evitar recordar el inicio de la travesía cuando la vista del universo era magnífica, un mar oscuro salpicado por estrellas deslumbrantes, tan distintas unas de otras y sin mencionar los molestos asteroides que se atravesaron incontables veces.

-Sistema infrarrojo activado.- la voz de la computadora resonó estrepitosa por toda la cabina.

Una gran esfera roja apareció en la pantalla antes de volver a apagarse, al girar la cabeza hacia atrás me encontré con las miradas estupefactas del primer al mando y el piloto.

Resignado me senté en el lugar que algunos momentos antes era ocupado por nuestro líder, todas las luces se disiparon y nuestros

cuerpos sucumbieron ante la negra y caliente espesura que terminó por destruir a la nave.

Mi abuelo

Cristina Clark

Alexandra tenía escasos 6 años cuando pasó por la iglesia de La Merced y observó con gran alegría la calle inundada de juegos mecánicos, puestos de comida, dulces y globos. Miró a los niños que corrían felices de un lado a otro, mientras ella, deseando ser parte de esa multitud, viajaba en la parte trasera de un automóvil.

Corría el mes de septiembre y aún faltaba mucho para que sus papás llegaran a radicar a la ciudad; ella y sus hermanos se habían venido antes para entrar a tiempo a la escuela.

Vivían con sus abuelos, donde además de los cuidados pertinentes, recibían amor, mucho amor.

Una mañana, mientras seguían las fiestas patronales de La Merced, escuchó a sus abuelos platicar. Sabía que comentaban algo sobre ella, pero no supo qué. Por la tarde su abuela le dijo que se bañara y se pusiera un vestido bonito porque su abuelo la llevaría a la feria. Se emocionó mucho, e inmediatamente siguió las instrucciones.

Supo que el momento de irse había llegado cuando vio salir a su abuelo con un pantalón color beige, una camisa roja bien fajada, su sombrero y un olor fresco a perfume fino. Vámonos mijita, le dijo tomándola de la mano. Salieron de la casa felices y contentos, dispuestos a pasar una agradable tarde.

La iglesia estaba a la vuelta de la casa e inmediatamente llegaron. Alexandra miraba a todos lados; no sabía qué elegir de todo lo que sus ojos veían. La interrumpió la voz de su abuelo para decirle: ¿Qué quieres mijita?, ¡Elige lo que deseas!

Se subió a la mayoría de los juegos; mientras lo hacía pudo sentir la mirada de su abuelo a manera de protección, y al terminar, ya estaba aquella enorme mano extendida esperándola, para seguir disfrutando.

Vamos a comer algo, le dijo un poco agotado. Recorrieron los puestos, y probaron un poco de cada uno de ellos; ambos con el mismo gusto, pues el abuelo disfrutaba de las golosinas como si fuera también un niño.

Antes de regresar a casa, la llevó a un puesto de globos, para regalarle uno como detalle y recuerdo de ese día en la feria.

Recorrieron el camino de regreso, de la misma manera: Tomados de la mano. La niña se sentía protegida e indestructible; sabía que con su abuelo estaba segura, y eso le brindaba felicidad. Llegaron a la casa e inmediatamente corrió a compartirle a su abuela la experiencia tan hermosa vivida esa tarde. ¡Mira, mi abuelo te compró esto y me pidió que yo te lo diera!, le dijo, mientras le entregaba emocionada una pequeña flor y una rica golosina.

Han pasado más de veinte años, y Alexandra sigue recordando esa tarde, como una de las experiencias más hermosas y llenas de amor en su vida. Ese día en el cual pensó que solo sería una espectadora de la feria, se convirtió en un momento mágico, que la sigue llenando de alegría y felicidad.

Conserva en su corazón la sensación de ir tomada de la mano de su abuelo, y vuelve a sentirse amada y protegida por ese caballero lleno de amor, quién la sigue acompañando desde el cielo. El cual, además de esa tarde, le regaló infinidad de momentos llenos de felicidad.

El cazador de luciérnagas

Arturo Segura Gortáez

Miguel, un niño de ocho años viajaba con su madre y dos hermanas menores desde la ciudad de Puebla a Hermosillo, capital del estado de Sonora. El monótono e inconfundible ruido de las ruedas de acero deslizándose sobre los rieles, no cesaba un instante, ocasionando que los pasajeros dormitaran en pleno día. El viaje duraría 36 horas. Instalados en un camarote con dos asientos largos a un lado de la ventana, que se convertirían en una litera de dos camas durante la noche. Ahí dormirían los cuatro. La estrecha habitación contaba con un pequeño baño. Comerían en el vagón comedor. Toda una aventura, el paisaje externo, la emoción de la obscuridad repentina al pasar por los túneles, caminar por los apretados pasillos sin perder el equilibrio por el vaivén del tren.

Al anochecer y después de la cena, la locomotora disminuyó la velocidad y se detuvo totalmente en medio de la Sierra, los grandes árboles y pinos parecían espantosos monstruos en la penumbra. El cielo iluminado con infinidad de estrellas que brillaban en lo alto. Miguel se dirigió al balcón que se forma en la unión de vagón con vagón. Estaba abierta la mitad superior de la puerta. Miraba con temor la negrura nocturna, cuando llamaron su atención pequeñas luces que destellaban entre la maleza y la arboleda. Parecían volar, suspendiéndose en el aire por unos segundos y desaparecer. Minutos después aparecían de nuevo. Intrigado corrió con su madre para que mirara lo que él veía. Ella lo acompañó y miró el espectáculo por lo que el niño se sorprendía.

— ¡Son luciérnagas! -le contestó.

— ¿Luciérnagas?

—Sí hijo, son insectos que viven en el campo, donde hay humedad y generan una luz propia en su abdomen. Son inofensivas.

— ¿En Puebla hay luciérnagas mamá?

—Seguramente que sí. Tiene el clima ideal. Ven, vamos a dormir.

Durante esa noche el pequeño Miguel, no podía conciliar el sueño. Sus pensamientos despejaban para viajar al universo de la imaginación. ¿Cómo podría atraparlas? ¿Serían hadas o duendes? Ansiaba el fin de las vacaciones y volver a Puebla para iniciar la cacería. Las aprovechó para ingeniarse y elaborar una especie de red parecida a la que se usa para atrapar mariposas, utilizó un aro para bordar y una bolsa de plástico. Lavó perfectamente un frasco de vidrio y a la tapa le perforó pequeños agujeros que servirían de respiradero para los insectos que atrapara. Quería apresar un hada o un duende.

De regreso en casa, durante las noches, se escapaba por la ventana de su habitación hacia los jardines y el sembradío de alfalfa, con sus instrumentos de caza. Se sentaba en uno de los asientos del columpio, esperando aparecieran las lucecitas voladoras entre la maleza y las plantas. Pasaron los días. Finalizaba el verano. Lo invadió la idea de desistir y abandonar su cacería. Dos noches no salió por las lluvias intensas. Su misión agonizaba, sin embargo, la esperanza le inyectaba perseverancia. Cesó el aguacero. Crecieron hierbas y matorrales. Aparecieron insectos. Una noche notó las centellantes luces blancas y amarillas en el jardín principal. Saltó del columpio y se dirigió a su encuentro. Atrapó dos luciérnagas. Con suavidad las tomó con su mano y las introdujo al frasco de cristal. Regresó a su cuarto. En la obscuridad veía a través del frasco a

los insectos, tratando de identificar un hada o un duende. Eran insectos parecidos a un escarabajo, con seis patas. Una luz que se encendía y apagaba al final de su cuerpo. Su decepción fue grande. Abrió la ventana y las dejó salir del frasco. A la noche siguiente atrapó a seis y la subsecuente cinco, sin confirmar su fantasía. Liberándolas de nuevo.

Cayó en un sueño profundo por los desvelos y cansancio. El frasco se iluminaba como lámpara y de adentro las luciérnagas le suplicaban, que las dejara en libertad. Vivimos en la obscuridad. Nos ocultamos durante el día. La luz del sol nos convierte en hadas y moriremos. ¡Libéranos! Nos has atrapado y descubierto. No queremos morir. ¡Déjanos libres! , y te visitaremos en tus quimeras. Se despertó, abrió la botella, las dejó en libertad y volvió a dormirse.

De esa forma

Sandra Leyva

Los comensales platicaban en voz alta, quizás porque no tenían secretos, daba la impresión que todo saltaba a la vista. Los rostros sonrientes, las miradas, los movimientos de manos, las bienvenidas, levantarse, saludar de beso, el abrazo. Los meseros no se daban abasto, parecía que ese día en especial hacían falta ayudantes; caminaban apresurados, sorteaban las mesas con destreza, con sus charolas fijas en las manos, haciendo malabares para no caer ni soltar ningún utensilio. Los manteles lucían impecables, blancos, con un sobre mantel a cuadros rojos unos, amarillos otros y azules y verdes. Era un festín de colores. Aunque nada se festejaba, excepto las ganas de pasarla bien, tan solo con los momentos atrapados para sentir que la felicidad estaba ahí, Después, qué más daba después.

Mariana todo lo observaba, miraba a su alrededor sin importarle que también a ella la miraran con curiosidad, estaba sola, nadie se acercaba a saludarla, no era muy conocida en la ciudad, siempre prefirió andar con bajo perfil, mientras menos, mejor, pensaba. Se daba el lujo de apartarse de tanta hipocresía, así consideraba ella los excesos de sonrisas y de besos.

—¿Desea ordenar?

—Déjeme un rato más el menú, aún no decido.

—¿Alguna bebida?

—Bueno sí, café.

—¿Americano, Capuchino? Tenemos de los dos.

—Capuchino bastante espumoso, leche deslactosada y extra shot de café.

Las voces de los demás le empezaban a sonar lejanas, veía como en cámara lenta los movimientos de las personas, la forma en que llevaban el tenedor o la cuchara a la boca, la servilleta que limpiaba restos de alimento o de bebida atrapados en los labios. Cuando el mesero se acercó para colocar el capuchino sobre la mesa, ella lo tomó del brazo, lo miró a los ojos.

El mesero le regresó una extraña mirada.

—¿Se le ofrece algo más?

—Sí

—En la entrada, en la primera mesa a la derecha acaba de sentarse una pareja, ella es bastante joven, muy delgada, de cabello negro, el que la acompaña es un hombre ya maduro tendrá alrededor de sesenta años, no es su padre desde luego, observe como la mira, sus manos no se han soltado desde que llegaron,

—¿Quiénes? Ah esa pareja, sí los puedo ver, ¿Me disculpa un momento?

—Sí, claro, adelante, ya no lo entretengo. Un ratito más y ordeno algo para el desayuno. Aunque es muy temprano para mí.

— No se preocupe, cuando esté lista me llama, mi nombre es Evaristo.

Ella no contesta, su mirada se aleja del lugar, deteniéndose frente a un cine, donde lo ve bajar apresurado para abrir la portezuela al copiloto, por supuesto que él no la descubre está tan concentrado en lo que tiene frente a sí, que no le da tiempo para nada más. La joven baja del auto apoyada en la mano que

caballerosamente se le extiende, es obvio que ella no ocupa ninguna ayuda, y que finge una fragilidad que le es ajena, pero que así tiene que ser para que el hombre se sienta necesario. Y ella, que tan solo iba al cajero y que al dar la vuelta reconoció su carro. El ruido de un cristal que se estrella contra el piso la regresa al restaurante. A Evaristo se le resbaló el vaso de jugo, lo último que le quedaba en la charola. No podía ocultar el temblor de sus manos.

—Disculpe, qué torpe he sido

—¿Por qué está tan nervioso?

—Mire —le dijo bajando la voz y con la mirada fija en el suelo—, esa joven que usted me pidió que observara es, este... mi pareja, no sabe que hoy empecé a laborar en este restaurant, quería darle la sorpresa al llegar a casa porque aquí me pagarán el doble de lo que ganaba en el otro, pero, vea nada más lo que son las cosas, no he querido acercarme para no armar un escándalo, de todas maneras, no estábamos tan bien y ahora con esto...aunque a decir verdad quisiera salir corriendo, pero necesito este trabajo.

A ella también le dan ganas de salir corriendo, luego se tranquiliza.

—¿Puedes traerme la cuenta?

—¿Va a ordenar algo más, aparte de su café?

—No, ya ha sido suficiente.

Al levantarse y dirigirse hacia la puerta, siente la mirada del hombre de la mesa de la entrada. Ella le responde con la suya, están carentes de emociones, no hay enojo, ni odio en la de ella, y en la de él lo único que se puede ver es desilusión por haberla enterado, de esta forma.

Morfeo

Keren Ariadna Favela Orduño

Cuando Ivet era una niña tenía una vida normal, iba a la escuela, tenía amigos y cosas así. El día que Ivet cumplió 14 años empezó a tener el mismo sueño extraño. Caminaba por una calle y enfrente de una vieja casa aparecía una niña, que, con una mirada sombría y una voz casi ahogada dice.

–A-YU-DA-ME.

Al escuchar esto, Ivet se despertó un poco asustada. Durante el día se quedó pensando en la niña de su sueño, pero no le dio importancia. Esa misma noche, cuando se fue a dormir soñó de nuevo con la niña de la noche anterior.

-A-YU-DA-ME.

Dijo de nuevo más fuerte, lo cual la asustó mucho. A la mañana siguiente se quedó pensando en lo raro de su sueño y el hecho que terminara de la misma forma que la noche anterior. Durante todo el día estaba con la mirada pérdida, incluso sus amigos se preguntaban, ¿qué tendrá en su cabeza? Ivet le contó a Liliana, su amiga más cercana, todo sobre su experiencia y le informó sobre su plan, intentar hablar con la niña de su sueño, Liliana le sugirió quedarse a dormir en su casa. Ivet no lo pensó tanto cuando le dijo que sí, ambas se fueron a la casa de Liliana y así las dos se prepararon para llegar al fondo del asunto. Ivet volvió a soñar con la misma niña, pero en esta ocasión, Ivet habló primero preguntándole.

- ¿Cómo te puedo ayudar?

La niña señaló un letrero con el nombre de la calle y dijo lo mismo que siempre:

-A-YU-DA-ME.

Al despertar, Ivet le contó a Liliana lo de la calle y decidieron ir a ese lugar.

En la escuela ambas le contaron a su amigo de su paseo, pero que no sabían cómo llegar. Alfonso les recomendó decirles a sus padres que irían a una fiesta con él, ya que solo él vivía cerca de la dirección. Ivet era incapaz de mentirles a sus padres, pero al saber que vería a la misma niña otra vez la hizo actuar. Cuando terminaron las clases, avisaron a sus padres que se quedarían a dormir con Alfonso esa noche. Alfonso y Liliana acompañaron a Ivet a la casa misteriosa, lo raro era que ni Ivet ni Liliana habían estado en ese lugar antes, incluso sus reuniones eran en alguna cafetería. Ivet se sorprendió de que el lugar era igual que en su sueño, una vieja casa abandonada. El grupo se fue a la casa de Alfonso y trataron de ayudar a su amiga, por lo que pensaron cómo facilitar la búsqueda, cada vez que Ivet se durmiera esperaría a la niña misteriosa para hacerle preguntas, de ese modo Ivet logró conseguir algunas pistas sobre la niña que la atormentaba, como que su rostro se cubría para que nadie viera sus heridas o que tuvo un accidente en bicicleta que le dejó una marca en la pierna, Ivet también se había lastimado la pierna cuando practicaba andar en bicicleta.

Con cada nueva información buscaban quién tendría esos datos, pero cuanto más se acercaban sentían que estaban más lejos de resolverlo, aunque la niña no decía nada, aun así, Ivet se sentía cada vez más cercana a ella.

Ivet se durmió con una blusa amarilla, en el momento que vio a la niña se dio cuenta que ella tenía la misma blusa a diferencia de la niña que siempre vestía el mismo vestido rojo, por lo que se le ocurrió llevar algo en sus bolsillos como, una pluma, solo para comprobar que si llegaría al otro lado y les contó a sus

amigos. Una noche Ivet guardó un reloj y se fue a dormir, al ver a la niña sacó el reloj y vio que marcaba 12:08, intentó cambiar la hora o esperar a que cambiara, pero no pasaba nada. Ivet compartió esta nueva información con sus amigos y decidieron ir al lugar a esa hora, así transcurrió una semana.

Un día en la escuela, una compañera había invitado a toda la clase a una fiesta de cumpleaños en su casa, pero Ivet, Alfonso y Liliana tenían ya un plan en mente. Al día siguiente este pequeño grupo de amigos se enteraron que mientras estaban en esa casa esperando a que algo pasara, en la ciudad ocurrió un derrumbe y que todos sus compañeros que fueron a la fiesta habían quedado bajo un montón de escombros ya que vivía en un departamento, y que de haber ido a la fiesta ellos quedarían bajo los escombros también, por suerte todos estaban a salvo, algunos solo con heridas menores. Esa misma noche, Ivet soñó con la niña, pero en esta ocasión ella le dijo: Gracias por tu ayuda.

En otra ocasión Ivet soñó como la niña dibujaba una X en la tierra antes de despertarla, al día siguiente ella y sus amigos fueron a la casa con algunas palas y empezaron a cavar en el lugar señalado. Justo en ese lugar encontraron a una niña que murió en un incendio, el 12 de agosto del año pasado, el mismo día en que Ivet empezó a soñar con ella. Al descubrir esto se diría que la habían liberado.

Cuando al finalizar la jornada Ivet soñó con la niña de siempre, la pequeña le dijo: Gracias por tu ayuda.

Sophie, Sofía

Socorro Contreras

Nadie imaginaria que tras ese pelo fino, finísimo se esconde un ser maravilloso, bonito, noble. Sofía dulce y encanto. Brava y combativa con los que no le caen bien. Sofia, Sophie brinca y salta con ligereza por escaleras y muebles, todo con tal de estar con la familia. Abre puertas cuando quiere salir a algún lado. Inquieta y veloz corretea gatos a diestra y siniestra. Ve por detrás de mí el teléfono, parece conocer mis secretos, cuando me siento en el sillón café y pone cara cómo qué sabe. A veces se hace la despistada cuando viene de fuera, andando de conquista, lo hace cuando carga moños azules que destacan en su pelo.

El 24 de diciembre del 2017 es la fecha de su nacimiento. Fue como regalo de Navidad y de la vida, nos regala bellos momentos de alegría, en su diario caminar perruno. A veces se ve muy pensativa, le tocó estar en la familia, con otra perrita llamada Juany. A Juany la encontró mi hija Artemisa tirada en la calle, abandonada, golpeada por un carro, tiesa, sin poder moverse. Así estuvo un tiempo, hasta que con cuidados y comida, pudo caminar, primero poco a poco, hasta que pudo salir. Contrario a Sophie, no le gustaba salir, hasta que tomó confianza, nada más hasta la esquina de la casa. Un día la dejaron en una ferretería y ahí esperó afuera, debajo de un árbol, hasta que fueron por ella, eso fue porque se bajó de la camioneta y no la vieron, apurados como andaban, a mi yerno casi le daba un infartó. A sus casi cinco años, no ha parido nunca, ni se le ha visto con ningún perro, pese a que tiene pegue, la persigue el flaquito de la vecina, llamado "Dulce príncipe", otro de raza Pitbull, Osy, garañón, pero amigable. No ha querido a ningún perrito del barrio, cosa rara, quizá vivió en carne propia lo que le pasó a Juany, murió en el parto por no poder parir por sus

caderas lastimadas cuando la atropellaron. Triste nos lanzó una última mirada y cerró los ojos, aquellos ojos grises llenos de ternura. Sophie vivió sus aventuras y desventuras. Vive feliz, contenta, se baña en arroyuelos como si fuera lo máximo, es la primera en bañarse, prueba cerveza, pastel y carne asada. Y eso que se pelea por los juguetes con Reginita, la hija bebé de casi dos años de mi hija Artemisa, reina y belleza, travesura también de la casa, es el jaque de todos los días. Ay Sofía, Sofía.

Mientras estamos vivos

Marie Anne

Mientras estamos vivos todo ser humano comparte dos pulmones llenos, pero exhaustos de trabajar el aire. Hay canciones que nos acompañan por temporadas y que conmemoran momentos que de otra manera no hubiéramos sido capaces de reproducir. Existe también una incertidumbre en nuestras vidas que nos arrastra a continuar despertando; la misma que te guía a que te hagas el desayuno y leas el periódico por la mañana; ¿pero qué otros hábitos son los que aprendemos, cuando nos enteramos de que nuestra estancia en el mundo no será más que un largo y vasto proceso de pestaños, y amaneceres?

¿Y cómo es que desenterramos las astrologías detrás de nuestros nombres?

Mientras estamos vivos: tus ojos, tu boca, tus manos. Como si fueran los lugares más remotos de la tierra. Las manos, por ejemplo, con caminos labrados en ellas; con arrugas sobre las palmas que demuestran la antigüedad de su superficie.

Los ojos como una ventana abierta en medio de la soledad de un cubículo, en donde cada paisaje que se asoma nos recuerda a los prados que alguna vez conocimos en un hogar previo, y que nos confortará en nuestra memoria, cuando llegemos a uno posterior.

Cada detalle que nos rodea me enseña a enamorarme de las avenidas concurridas del cuerpo; de la anatomía universal, cada vez que viejos amigos abrazan mis suburbios; con granjas que se han deteriorado con el tiempo, aunque siempre recordaré el camino de regreso a mi naturaleza silvestre. Pienso que, al observar la cara del misterio detrás de cada ser vivo, se me

otorgan respuestas que quizás me hubiese tomado más tiempo encontrar porque están escondidas por debajo de una alfombra puesta sobre mi habitación interior. Y no se trata de que cuestionar al mundo siempre me devuelva una idea congruente. Pero al menos, hacerlo me recuerda que nunca ha existido una instancia en la que nos hemos enfrentado solos a él, y aunque esto me sorprenda, también suele motivarme.

¿Qué más son los desiertos? Tan sólo prados grandes carcomidos por las ovejas. Una galería que se barre y una dulce extensión de kilómetros con flora y fauna presente. Cuando nos asomamos a nuestro lago hacia lo más profundo, observamos el origen de lo reforestado. Escuchamos un silencio rotundo.

Por mucho tiempo pasé mi vida recreando la idea de una estación de esquí que usaría como refugio cada vez que las temperaturas de mi habitual energía descendieran, y el mundo vivo se convirtiera en territorio indómito. Jack London, por ejemplo, fue un gran colega, escritor, quien con tan solo compartir sus historias, me enseñó a describir que en el panorama de un río congelado, uno es capaz de imaginarse la manera en que corre el agua por debajo de su superficie, haciendo así, un análisis lírico de lo que significa existir bajo la mirada de una sola percepción. En este caso, dicha percepción sería la de una persona que se atreve a diferenciar los matices detrás de cada cuadro terminado, y lo que estos significan en el mundo de la literatura. También durante varios años soñé que al sur de la estación de esquí, me perdía, en un camino hacia una pradera que de pronto me conduciría hacia la cima de otra montaña pequeña.

Ahora me encuentro a tan solo unos cuantos metros de separación; la montaña que vivía al lado de la estación cubierta de nieve era un simple reflejo de la misma. Quizás sea por

conocer al frío, que en primavera, toda pradera nuevamente rejuvenece.

Caminar por las curvas y los bordes de una montaña, provoca que uno memorice el escondite del volcán. Ocasiona también, que me encariñe con las lagartijas, con las hormigas, con la residencia feroz de una superficie de rocas café que se pintan de blanco como galletas con glaseado, de las que suelen venderse en las dulcerías; haciendo que la “industrialización humana” también contribuya a que me enlace con esta segunda variedad de organismos que habitan en rincones desconocidos. Pero ninguna esquina del planeta es completamente indómita. ¿Quién no aprovecharía la oportunidad de llegar a la cima de una montaña nevada para disfrutar de la vista?

Querido Jack London; te sigo recordando como mi único compadre. Fue gracias a ti que descubrí los puentes en el lenguaje que ahora me han arrastrado a convertirme en escritor.

Aquí hay otra manera en la que me recordaré enmarcando los matices de este momento: sentado en la estación de esquí de mi memoria, mientras nevaba, con brisas que retaban el vuelo de un pájaro, y con una tenue luz del sol haciendo que me doliera mirarla por mucho tiempo; yo, aún sentado, en busca del rastro de mi naturaleza silvestre. La que solamente Jack supo cómo retratar. *Mientras sigamos vivos:* Sé que por lo menos tres de cada cinco seres humanos buscaremos señales de la existencia de una fuerza superior. O por lo menos nos ofreceremos a enseñarnos los unos a los otros distintas técnicas, o prácticas ritualistas acerca de cómo sobrellevar el peso de tantos momentos de duda. Incluso al no considerarnos personas religiosas, nos abriremos a la idea de un poder central que organiza al resto del universo, porque si no fuera así, el rastro de cada maravilla presentada sería teoría de una incompleta

hipótesis; y aunque hablar libremente de cada misterio haga parecer que los estoy desmitificando un poco, les aseguro que no se trata de eso en absoluto. Solamente al escribirlos es que me mantengo cuerdo y tranquilo, aunque esto se traduzca a soledad.

Una vez que se entre a la oscuridad del agujero, y todo lo que conocimos desaparezca, los libros serán como vitales instrumentos de telepatía. Estoy seguro de que Jack era consciente de esto. Y espero que poco a poco, muchas más personas se enteren de que yo también cultivé una efímera idea de por qué fue que como por arte de magia nos aparecimos en este plano para experimentar la breve aventura de, como especie, catapultarse a permanecer vivos.

Vivos; érase alguna vez.

La asamblea de las palabras

José María Ruiz Cuevas

Había llegado el momento de que las palabras tuvieran su asamblea anual. En ella determinarían cuáles ya no se utilizaban y serían sacadas del repertorio, aquellas que estaban en buen estado de salud y cuáles eran recién nacidas.

Las palabras *reunión, problemas, líder, discusión, democracia, justicia y solución* presidían la mesa de los debates. Las aproximadamente 88 mil palabras del idioma español iban entrando al gran escenario y cada una tomaba asiento en su lugar correspondiente.

Aquellas como *mar, flor, tierra, vaca, aire, zapato, fuego y amor*, llegaban tan saludables como *casa, árbol, automóvil, gato, avenida, pez, sicario, computadora, nube, araña, muerte, camisa y vida*. Todas y cada una de ellas se sentían muy seguras de su permanencia en el grupo. Caminaban y en su andar se veía la confianza que poseían.

Algunas llegaban aglutinadas como formando una gran familia, tales como *muelle, buque, babor, estribor, popa, proa, sotavento, barlovento, ancla, vela, cubierta, embarcación, boya, escorar, timón, mástil, capitán, quilla, timonel, fondear, contramaestre, grumete* y muchas palabras más que parecían llegar a bordo de un enorme trasatlántico.

En manada y como bufando, arribaron las palabras del argot taurino: *banderilla, capote, toro, cuadrilla, estoque, lidiar, montera, rejoneador, tauromaquia, torero, verónica, lance, asta, cabestro, jalear, novillo* y un titipuchal más.

En cambio, había otras que avanzaban con la cabeza gacha, como el sentenciado a muerte que camina hacia el patíbulo. Algunas de éstas eran *légamo, grima, lontananza*,

aguamanil, emaciado, escofina, atabal, cacaraña, zafio, mostrenco, propincuo, enjalbegar, veranda, caravasar, abalorio, bricolaje, claverio, alquería, cáfila, aljaba, defenestrar, cenotafio, alevín, corifeo y cientos más de ellas que venían con el rostro descompuesto por su futuro inmediato. Ellas sabían que serían arrojadas al precipicio del olvido y allí esperarían la muerte debido a su casi nulo uso.

La reunión de las palabras duró tres días con sus noches en los que hubo fuertes y acalorados debates. Había grupúsculos que se formaban para adquirir poder y apoyo tales como los verbos, los sustantivos, los adjetivos, adverbios, artículos, gerundios, pronombres y demás. Esgrimían argumentos, lanzaban amenazas, vociferaban palabras altisonantes, se empujaban unas a otras y algunas mordían a sus adversarias en su desesperación porque sus razones fueran entendidas y tomadas en cuenta. Aquello parecía un pandemónium; hasta que el presidente de la mesa de los debates llamaba al orden y a la cordura; y continuaban los debates y las discusiones. Como consecuencia de esta asamblea, durante los tres días que duró, el silencio se hizo presente en fábricas, casas, escuelas, oficinas, partidos políticos, salones de baile, iglesias, billares, hospitales, talleres, panaderías y en todo lugar donde hubiese ser humano. Los políticos abrían la boca en vano para vomitar sus discursos, sólo el silencio reinaba en la sociedad. Un silencio que permanecía untado en las paredes, en el asfalto de las ciudades y en todo lugar, mientras que hombres, mujeres, niños y ancianos, se encontraban azorados ante la ausencia de las palabras.

Pero durante estos tres días sucedió algo insólito y lógico a la vez: muchos de los problemas que aquejaban a los agrupamientos humanos, disminuyeron en intensidad o francamente desaparecieron.

El jilguero y las tortugas

Sandra Mortis

Manuelita quiere una mascota, se la pide a su madre para navidad o su cumpleaños, pero a Carlota no le gustan los animales. Ella tiene insistiendo sobre ello desde los cinco años, su mamá le dice que está muy pequeña para esa responsabilidad que cuando tuviera más edad, ya verían.

La niña se olvida de su petición en la primaria, pero al crecer insiste sobre su pedido, entonces su mamá le exige mejores calificaciones, ya que no le gusta estudiar mucho, la maestra le dijo que en clase se distrae oyendo desde la ventana los pájaros del árbol.

Si tienes mejor promedio hablaremos sobre ello, le dice Carlota. Manuelita se entusiasma y se esmera en las materias. De sus calificaciones de 7 y 8, suben a 9 y 10. Entonces su madre ya no tiene excusas para negarle la mascota. Además ya tiene once años y es capaz de responsabilizarse por un animalito.

Van a la tienda de mascotas. En jaulas están las criaturas esperando que alguien les dé un hogar. Hay perros, gatos, peces, conejos, tortugas, jilgueros, loros y hámsteres. Manuelita se siente muy contenta, parece que se encuentra en una juguetería, aunque ella ya abandonó las muñecas, lo que siempre ansió es un animalito y al fin lo tendrá.

El dependiente les pregunta qué clase de animal buscan, Carlota asustada por tener en casa uno de esos bichos, trata de asimilar la decisión de su hija con la esperanza de que el animal escogido no les cause muchos estropicios en casa.

Manuelita contesta que no está segura, recorre las jaulas con la mirada, un brillo en sus ojos delata su emoción por cuidar una criatura de otra especie.

Entonces llega a la jaula de los jilgueros con un arcoíris de plumas que fascina a la vista. ¡Mamá, mamá!, grita emocionada, ¡este es el que quiero!

Carlota suspira de gusto, se salva de un perro con sus travesuras, de los gatos con sus maullidos, de los loros con su suciedad y gritos. ¡Muy bien!, contestó aliviada la madre de Manuelita.

¿Quiere una jaula para transportarla? Aunque suelen ser muy mansas y saber adaptarse a un hogar, nada más cierre las ventanas y puertas, también necesita una jaula grande, les gusta moverse libres, dijo el dependiente. Carlota aceptó. Y Manuelita va cargada con su preciada mascota, un jilguero que cantará para mí en casa, piensa.

Antes de irse le pone agua y semillas, a veces con trocitos de alguna fruta o verdura o insecto, como le dijo el dependiente de la tienda de mascotas. Al llegar a su hogar, Manuelita la saca de la jaula y vuela muy feliz, cuando canta la niña lo disfruta embelesada. Empieza muy bien la relación de su pequeña familia con el jilguero, Carlota era divorciada y Manuelita es hija única.

Carlota después de salir de su empleo, va por ella a la escuela, comen y descansa antes de volver a la oficina. Esta es su rutina, pero ahora ha cambiado, es la hora en que el jilguero canta y no puede descansar, se convierte en una carga para la señora, la mascota ansiada por su hija. A diferencia de Manuelita que hace la tarea con música de fondo, el canto del jilguero la inspira.

Entonces los disturbios empiezan para Carlota, siempre está cansada, en su empleo le llaman la atención, a diferencia de Manuelita que el sexto año se le hace muy fácil, gracias a que ahora no se siente sola y disfruta de la compañía de tan alegre ave, con sus bellos colores y su canto atractivo.

Carlota tiene una disyuntiva, cómo deshacerse del horrendo pájaro que no la deja descansar y por lo cual pueden despedirla, no le alcanza lo que le da su exmarido, tampoco quiere afectar a su hija en su empeño estudiantil.

Después de cavilar mucho sobre lo que hará, Carlota decide deshacerse del jilguero. Cuando Manuelita se va a una fiesta de cumpleaños de una amiguita, le abre la ventana a ese pájaro infernal. Revolotea por el aire, ella suspira y llora en silencio por su hija, teme su reacción.

La niña vuelve feliz, busca a su mascota en toda la casa y no la encuentra. Su madre finge asombro y la ayuda a rastrearla. ¡Manuelita, creo que se ha escapado, posiblemente se nos olvidó cerrar alguna ventana, a lo mejor quería ser libre o buscar pareja! La niña solloza por su jilguero desaparecido. Carlota se siente culpable, le propone ir por otra mascota. Manuelita deja de llorar y suben al auto para ir por otra.

Ahora la niña tiene un par de tortugas que alimenta como le indicaron, para que no crezcan desproporcionadamente. Salen de su refugio de agua a ratos, y ella las coge, toca su caparazón y las vuelve a dejar libre viéndolas nadar. Carlota ya está tranquila, las nuevas mascotas no hacen ruido, puede tomar su siesta antes de regresar a su empleo.

El jilguero desde una rama del árbol del jardín del vecino, contempla a su antigua ama en el césped de su casa jugar con las tortugas. Y comprende que ya no lo quiere, entonces emprende el vuelo.

Llega a la tienda de mascotas y el empleado, le dice.
¡Ah, aquí estás! Y lo mete en una amplia jaula. ¡Sí, eres bello,
con esos colores hechizas, pero siempre vuelves!

Vida o muerte

América Pina Palacios

Mi nombre es Carlos y desde hace ocho años me encuentro en coma. Todo sucedió de la manera más tonta, una mañana monté mi motocicleta y al salir de casa, en una zona totalmente urbanizada, un trozo de ladrillo estaba ahí, la moto tropezó con él y yo salí disparado.

Mi bella esposa, y mis niños estaban ahí parados, habían salido a despedirme como cada mañana, pero ninguno imaginábamos que esta era una despedida definitiva.

Mis papás son médicos, viven enseguida de mi casa, al escuchar los gritos de Magui, mi esposa, vinieron corriendo y al instante llamaron a una ambulancia. Con gran cuidado me quitaron el casco colocando de inmediato el collarín, los paramédicos me inmovilizaron con cuidado, no sabiendo cómo estaba mi columna, y tan rápido como el sonido de la sirena, me trasladaron al hospital.

Empezó el peregrinar de mis padres y mi esposa. Todos los traumatólogos de la ciudad coincidieron: debía ser trasladado a la Ciudad de México, ahí había más recursos. Se consiguió un avión privado, en él viajaron junto conmigo Magui y mis papás, los niños quedaron con sus abuelos maternos.

Dicen que en estos casos, la rapidez de la atención es determinante en los resultados, así que de inmediato, buscaron un departamento cercano al hospital

y establecieron los turnos para cuidarme. No había mucho qué hacer al principio, me mantenían en terapia intensiva porque me hicieron...no supe cuántas operaciones, pero fueron muchas, quizá diez o doce.

Parecía una caída tan insignificante, ni siquiera iba rápido, pero así suceden las cosas. Hacía ya mucho tiempo que Magui me insistía: Por favor, no te desplaces en la moto, mira, si te pasa algo nos vas a hacer mucha falta.

Pero ¿cómo pensar que a mí tan hábil, con tan buenos reflejos por mi juventud, circulando por lugares perfectamente pavimentados, podía llegar a sucederme un accidente?

Los pronósticos, pasando el tiempo, se fueron haciendo más y más sombríos; al principio ni siquiera abría los ojos, no tenía ninguna clase de movimiento, había peligro de que mis músculos al atrofiarse deterioraran mi cuerpo, así que mis papás, asesorados por un médico americano a quien consultaban por video-conferencia, compraron una máquina para que me ejercite dos veces al día, con ella mi estado físico es inmejorable, tanto, que cuando me sientan y logran mantener mis ojos abiertos, parece que estoy “vivo”.

Los meses han transcurrido, mi esposa aunque está en la ciudad casi no me visita, es curioso, mi madre dice que sí lo hace pero... yo no la “veo” aquí con frecuencia.

Convocado por mis padres, ha venido un médico de La Joya, E.U. a valorarme, les ha dicho que sólo un milagro me retornaría a la normalidad. Soy como una planta, estoy vivo aunque no pueda comunicarme.

Hace ya tres años que estamos en México, ¡cómo pasa el tiempo! Ante estas noticias, mis padres han resuelto volver a Zacatecas, allá todos nos conocen y será más fácil enfrentar la situación.

Magui, un buen día anunció a mi madre que pediría el divorcio, pronto se casaría con uno de los médicos que había conocido en el hospital mientras me cuidaba. ¡Qué bien aprovechó el tiempo la muy...! Eso sí será una “bomba” cuando llegemos a Zacatecas, ya ven como son los lugares chicos. ¡Qué duro para mis padres!

Mis hijos... ¡cómo han crecido! Carlitos tiene ya trece años, cuando me accidenté tenía apenas cinco, Anita ya tiene nueve, y yo aquí sin poder abrazarlos, esperando “despertar” un día.

¿Será verdad que estoy vivo, o el coma será el principio de la muerte?

Speedy

Juanita Márquez

Recién terminada su licenciatura en criminología, Ángel tenía muy clara su meta, él quería incorporarse a las filas de la Policía Federal de Aduanas, pero antes tenía que pasar agotadores exámenes físicos e intelectuales y lo logró.

Él jovencito de apenas 22 años de edad dejaba su casa y se dirigía a seguir sus sueños a una lejana ciudad fronteriza con una pequeña maleta y un mundo de ilusiones en ella.

La dura vida en la frontera lejos de su familia, a veces le hacían dudar de haber tomado la mejor decisión, pero le gustaba su trabajo y admiraba mucho a sus compañeros que trabajaban con un amigo canino ayudando en la búsqueda de contrabando. Una nueva inquietud se hizo presente, él tenía que trabajar con un compañero K-9, volvieron los agotadores entrenamientos en diferentes ciudades. Casi para concluir los cursos, ahí estaba “Speedy”, tenía tres años de edad, era aún un cachorro juguetón, pero muy obediente a la hora de trabajar.

Para Ángel y Speedy fue una conexión instantánea, se reconocieron de inmediato, eran almas gemelas y el gran día llegó, Ángel obtuvo su reconocimiento oficial como instructor canino y lo más importante... Speedy fue puesto a su cuidado, sería su compañero y comenzó aquella aventura para aquel par de almas tan parecidas. Para Ángel, Speedy se convirtió en su familia, lo acompañó en sus cumpleaños y navidades lejos de casa, su incomparable amigo y compañero de doce horas de trabajo, sólo se separaban cuando Ángel tenía que descansar.

Comenzaron largos viajes de trabajo, historias de vida, decomisos de armas, drogas, contrabandos e infinidad de cosas que sólo pasa en las fronteras. Speedy y Ángel, aquel dúo se

reconocía por su profesionalismo y vinieron los cambios de ciudad por seguridad propia: Tijuana, Nogales, Ciudad Juárez, Cancún, siempre juntos como si ambos se leyeran la mente.

Pero los años pasan, y para los amigos perrunos pasan más de prisa, el otrora brillante pelaje de aquel pastor belga se empezó a cubrir de canas y sus movimientos se volvieron lentos, su vida de perro policía había terminado, se le hizo un homenaje en la ciudad capital por su servicio prestado a la nación y se le jubiló de sus actividades.

Se otorgó la custodia de Speedy a su más cercano humano, ahora vivirán juntos y Ángel se asegurará de que a Speedy no le falte nada. Vinieron las angustiantes visitas al veterinario y los días malos, las noches en vela cuidando al amigo y la aplicación de medicamentos, las franelas cálidas y los alimentos líquidos por la falta de dentadura, pero ahí estaban el uno para el otro.

Era una mañana como cualquier otra, Ángel se levanta temprano, como de costumbre se acerca con su amigo, le da sus vitaminas y el alimento y este lo mira fijamente y le da su patita delantera, ya no se levantó de su manta a despedirlo a la salida. Al regreso a casa por la noche no acudió a recibirlo como siempre lo hacía, una dura corazonada hace que Ángel se apresure a buscarlo, y ahí está como si durmiera custodiando el carro de su amigo.

Ahora sus cenizas se encuentran en una hermosa urna junto a la cama de su amo y la fotografía de ellos dos. Un día volverán a estar juntos.

Caldito

Gema Villela Valenzuela

El cooler echaba viento húmedo con el agua que mi tía Pita vertía a las rejillas forradas de paja, mi hermana y yo veíamos el televisor de marca Hitachi, posiblemente caricaturas o los programas de televisión japonesa que daban en las vacaciones de verano, Nopo y Gonta, Taro, Kiko y Kika, Niños en crecimiento, Me lo contaron en Japón... escuché sus pasos por el callejón y entró finalmente por la puerta que conectaba la recámara al patio y a la cocina, envuelta en su rebozo, se descubrió la cabeza, traía una bolsa del mandado en una mano y en la otra una bolsa de papel que se movía. Nos acercamos mi hermana y yo, el piar pequeñito de tres pollitos que nos enseñó al abrirla, estaban pintados de colores, uno rosa, otro verde y un tercero azul. Nos dijo que se los regalaron. Mi hermana les puso nombres de unos personajes de la telenovela que estaba de moda. Nuestras mascotas corrían de un lado a otro, siguiéndonos en la recámara y en el patio, les dábamos de comer y beber, con el tiempo el colorante se les cayó del plumaje, y crecieron, uno murió chiquito, los otros se convirtieron en dos pollos blancos de criadero. Una noche de verano, pero esta vez en casa de mi mamá Licha, sacó unos catres para que durmiéramos en la cocina. También tenía un cooler pero la ventana que daba al patio dejaba entrar la luz azul de la madrugada. Me desperté con el sonido del batir de unas alas y vi a contraluz la imagen de una figura humana tomando con sus manos las patas de uno de los pollos. Las alas dejaron de revolotear, con el miedo que me produjo la escena cerré los ojos. A la mañana siguiente, no encontramos el pollo de mi hermana y mi mamá Licha nos contó la historia de un zorro que llegó y se comió a su mascota. Mi hermana no paraba de llorar.

Al mediodía tuvimos caldo de pollo para comer, ella entre sollozos, pidió un segundo plato. Mi pollo creció hasta convertirse en gallo, no era comestible porque tenía viruela, decía mi abuela, y nosotras nos reíamos porque les picaba las piernas a mis tías cada vez que salían a lavar.

Enseñanzas

Josefa Trejo

En ese pueblo la gente es buena, hijo, te va a ir bien, le dijo la voz del teléfono avisándole que ya tenía trabajo. Al siguiente día, Chuy empacó sus maletas y las acomodó en el carro. También subió al amigo. Lo había recibido como regalo hacía dos años. Era su compañía y lo alegraba al aburrirse. Estaba emocionado, pero inseguro de llegar, no sabía exactamente a dónde iba. Llevaba las señas de cómo llegar al pueblo que ni siquiera recordaba el nombre: Nacapule. Investigó por internet y el trayecto era por toda la carretera internacional casi al límite de Sonora y Sinaloa. El viaje no se le hizo aburrido porque platicaba con Quico, su compañero de viaje. Manejó hasta que el GPS le indicó bajar del camino para agarrar terracería. ¿A dónde iré a llegar? Se preguntaba mientras manejaba maniobrando al volante entre brincos y piruetas para esquivar los hoyos. Miraba desesperado. Movía las nalgas de un lado a otro para soportar el cansancio. Sentía el sol pegado en sus manos, pero su pensamiento era llegar. No imaginaba que en Nacapule la gente estaba desahogada por la llegada del maestro prometido desde hacía tres meses. Decoraron con papeles y globos de colores e instalaron una bocina para poner música y decir el discurso. Un joven presentable llegó a la hora planeada y todos aplaudieron. El nuevo maestro salió sorprendido del carro. Enaltecó el rostro con una sonrisa y luego fue al auto por la jaula donde llevaba a su fiel compañero, quien repetía a pecho abierto las risas de los presentes. Sus alas revoloteaban mostrando su verde cuerpecito, extendía las colondas en señal de alegría. Aunque era un perico escandaloso sabía cuándo no haría ruido y ponía atención para grabar aquella algarabía que nunca había presenciado. Cuando el profesor estaba instalado, su compañero de cuarto repetía entre risas y ruidos nuevos. Para calmarlo le daba semillas de girasol. A pesar de no haber

dormido bien, Chuy se levantó muy temprano para ser puntual en su primer día de trabajo. Salió muy gustoso cargando con la jaula de su perico Quico, no lo dejaría solo en un lugar desconocido. Cuando llegó a la escuela los niños corrieron a recibirlo ayudándole con su maletín y la jaula que cargaron entre varios. ¡Uy, qué pesadota!, decían todos carcajeando junto al perico. El maestro les quitó la jaula para colgarla en un árbol enfrente del aula de clases para que Quico no se sintiera solo. Además, podía escuchar su voz cuando daba la enseñanza a sus alumnos de segundo año de primaria. El perico observaba moviendo la cabeza de un lado a otro sin dejar de mirar al salón de clases. Cuando quería llamar la atención revoloteaba en todas las direcciones. El profe Chuy mandaba a sus alumnos a que le dieran semillas de girasol. A veces era un problema porque solo salían a molestarlo jalándole las alas, entonces el perico los mordía. Decían que era un chipilón y se ponían celosos. El maestro los regañaba diciendo que los iba a castigar. Cuando los pequeños se distraían con el ruido del ave el profesor elevaba la voz, les pedía que repitieran la lección. Niños, digan fuerte conmigo, la m con la a ma... la m con la a ma... ¿Cómo dice? ... Ahora repitan la tabla del 2, 2 por 1 dos, 2 por 2 cuatro. Una voz brotó desde un rincón del aula. También el perico repetía. ¡Uta profe! El Quico le gana al burro del Yayo. Las carcajadas de los niños volaron hasta salir del aula. El maestro los regañó por burlarse de sus compañeros. El profe Chuy avisó su salida a la dirección y el Yayo aprovechó para abrir la jaula del perico. Cuando el maestro se desocupó volteó al árbol. Su cara fue comida por el coraje. La voz se le cortaba cuando preguntaba quién había sido, pero sólo hubo silencio. Desde entonces el profesor siempre estaba callado y serio. Por las noches se le iba el sueño al ver la jaula sola. Tenía las ojeras bien marcadas, hasta se veía más delgado. Un día salió de paseo por el pueblo. Vio a un grupo de personas que volteaba a un árbol. No dejaban de reír al escuchar... la m con la a ma... la m con la a mamá... 2

por una 2... 2 por 2 cuatro. El maestro se acercó, le gritaba. El perico extendía las alas. Todos los días iba al árbol a visitarlo. Era una alegría en Nacapule y para personas de otros lugares que visitaban al perico que enseñaba en las ramas.

Amor gitano

Lupita Velásquez Arballo

Antonio llegó a la antigua cafetería “La divina” de la colonia donde vivía y ocupó la silla de la mesa junto a la ventana que daba a la calle. En sus ojos aún se notaba una ligera luz de esperanza de ver a Malena, con su sonrisa franca y su pelo ensortijado anudado con un vistoso pañuelo de seda.

Malena y Antonio se conocieron en esa cafetería, los dos eran de familias refugiadas españolas en México durante el régimen de Franco. Antonio en su juventud fue muy bien parecido y Malena se distinguía de las demás jóvenes por el color rojo encendido de su cabello, su tez blanca y su voluptuosa figura. Al principio la personalidad arrebatada de la chica intimidó un poco a Antonio, pero fue él quien decidido se acercó a Malena y le invitó un café. A partir de ese momento, se hicieron inseparables, sin embargo, la familia de la joven le preguntaba por qué salía con un “payo”, haciendo referencia a que no era de raza gitana y Malena les decía porque lo amaba como loca, como una gitana apasionada y que nadie se lo iba a impedir, entonces ante la determinación de Malena, sus padres terminaron por aceptar a Antonio y autorizar que salieran.

No pasó mucho tiempo, hasta que los enamorados se casaron por lo gitano y fieles a sus costumbres, la familia de Malena organizó la ceremonia y la comida, invitando a la mayoría de los miembros de la comunidad gitana recién llegada a México. Antonio consiguió un trabajo de vendedor de productos electrónicos, por lo que tenía que salir constantemente de la ciudad. Malena le decía a su ahora esposo que la llevara con él,

pero éste siempre se negaba y a pesar de su negativa, ella le seguía insistiendo en cada oportunidad a lo que Antonio le decía que era sólo un capricho el querer acompañarlo a sus viajes de trabajo, que no se preocupara de él porque no tenía más que amor por ella.

Así continuaron juntos porque en verdad se amaban y aunque las negativas de Antonio molestaban a Malena, él no veía venir lo que al final decidiría la joven, ya que le advertía que, en el regreso de uno de sus viajes ya no la encontraría más en su casa y no volvería a verla nunca. Antonio lograba apaciguar el enojo de la joven llevándole regalos y profesando su inmenso amor, pero eso no fue suficiente e incrédulo ante las amenazas de su esposa, se repitió por última vez la escena – Antonio, por favor llévame contigo – a lo que él le respondió – No insistas, que no te puedo llevar, voy a trabajar y no voy a tener tiempo de sacarte a pasear o comer en algún lugar bonito, - por favor no insistas – Entonces Malena le dijo que sería la última vez que la vería.

Así fue, a su regreso del viaje, Antonio se dirigió a casa y se encontró con el ropero vacío y ninguna de las pertenencias de la joven. A pesar de su abandono, aún tenía la esperanza de que volviera en unos días ya pasado su enojo, pero no sucedió, porque transcurrieron los días que se convirtieron en meses y luego en años, lo que para Antonio significó un lento sufrir porque la buscó por todas partes, con su familia y amigos, pero nadie le dio razón de ella.

Antonio con su cabello encanecido y su mirada triste, acudía al mismo café en donde conoció a Malena y entre los fantasmas de sus amigos sentados en las mesas contiguas, recordaba todavía joven a su eterna esposa, se quedó con la imagen de la última vez que la vio al despedirse de ella y lamentaba el no haber cedido en esa ocasión de llevarla consigo, así como no tener la oportunidad de envejecer junto a ella. Ahora se dice a sí

mismo – a pesar del tiempo todavía te extraño mi amada Malena, y se queda viendo fijamente por la ventana esperando verla con su sonrisa franca y su mirada de mar.

El patán

Gabriel Murguía Ruíz

De recién nacido, cuando ni siquiera abría los ojos, me tuve que dar cuenta que el seno femenino era el que nos daba de comer al mundo entero, y que si dejaba de alimentarme con ese líquido nutriente y a pesar de que la competencia se realizaba entre mis hermanos, lo más seguro es que muriera. Así que desde ese natural y mágico momento, sin querer pero deseándolo, la vida comenzaba para todos los de mi raza, en una búsqueda incansable por encontrar las más suculentas y mejores chichis de todo el mundo, comenzando por las que había en mi barrio.

De cachorros la convivencia entre nosotros era puro juego, pero muy pronto nos fueron destetando, algunos tuvieron la suerte de ser adoptados por humanos, otros terminaron en la perrera y varios acabaron en la taquería de enfrente. Pero yo con astucia he logrado sobrevivir de callejero y me llaman “El Patán”.

Conforme crecimos, la relación entre nosotros se iba convirtiendo en una competencia desleal de todos contra todas, a la hora de buscar pareja. Pero para nuestra canina fortuna nunca había distinciones de razas cuando las perras se ponían en celo, bastaba llegar dispuesto como siempre, para que cualquier hija de vecina te hiciera caso, igual te podía tocar la más fina recién llegada con pedigrí que la más acomodada de la zona, y solo había que aprovechar la ocasión para que en un descuido se diera la acción.

En fechas primaverales, me iba a los parques de colonias fifís, allí me daba el lujo de olisquear a cuanta perruna bonita y refinada se me atravesaba. Cuando paseaba muy campante junto con ellas, me empecé a dar cuenta que aunque ellas querían

intimar conmigo, sus dueños me las quitaban, pero eso no me impedía conocer a todas las diferentes razas mientras me decidía por alguna. Aunque elegir resultó de lo más difícil, pues entre las miniaturas falderas, estaban las escandalosas chihuahueñas, las monadas de las Bichón, las engreídas de las Shih-Tzu, las Caniches, Pomeranias, Australianas, Papillónsitas y Pekinésas. Entre las medianas se encontraban las Beagles, Bóxer, Schnauzer, Poodles, Bulldog, Basset. Y de las más grandecitas aunque me mordieran, me encontraba con Labradoras, Siberianas, Pit-bull, Chow-Chow, Samoyedas, Dalmatitas, Collies y hasta unas Weimarihuanas. Y esas de las que me acuerdo, pues me he encontrado con una infinidad de cruzadas que mucho me han gustado.

Pero un buen día, en la incansable búsqueda por una perrita ideal y después de haber tenido entre mis patas a las más bellas y mejores de la sociedad, para mi antirrábico destino, en un evento privado en el que me colé, conocí a la famosa reina de Miss Croquetitas, que en cuanto la vi modelando por la pasarela a perrunimera vista me enamoré. Sin duda, después de haber vagado por toda mi corta vida, por fin hallé el mejor par de chichis que pude haber encontrado en toda la ciudad. Pero al mismo tiempo tuvo que ser el día más trágico de mi existencia, pues fue sin duda de la única cachorrita que jamás me debí haber enamorado.

Además de ser más tremenda que bonita, resultó ser una perra de ocho chichis que me hizo ver mi suerte en cada una de ellas. En el multi-orgásmico encuentro con todas sus chichis, me llevó en instantes por un filosófico trayecto indescriptible que cruzó por todo el universo y más allá, quedando embebecido por toda su fascinante y deliciosa vía láctea. En la primera chichi me dio su deseo, en la segunda su amor, en la tercera su llanto, en la cuarta su risa, en la quinta su coraje, en la sexta sus celos disfrazados con el dolor de su cabeza, en la séptima me pegó

una desconocida y ya para la octava, otra vez como si nada. Menos mal que no tenía más chichis, pues quien sabe que otras modalidades se me hubieran presentado. Esa perra de ocho chichis, sí que me hizo pagar por todas las que pude haber preñado. Y aunque mi padre era un magnífico Dóberman y mi madre una belleza Setter Inglesa y a pesar de que yo salí, grandote, peludo y cabrón, de nada me sirvió, pues con una pata en la cintura, la Miss Croquetitas, de un día para otro, simplemente me dejó.

Buen viaje

Gloria Aries

La sirena de la ambulancia taladró mis oídos, acelerando avanzó sobre la carretera internacional número quince rumbo al hospital más cercano, ¿y cómo no? Si los signos vitales se extinguían...

Esa mañana el delicioso aroma de la combinación perfecta de chiles, especias y carne, brotaban del viejo sartén de mi madre al guisar el exquisito chorizo casero, receta secreta de la familia por más de medio siglo... la fiesta de sabores se interrumpió al escuchar los gritos desgarradores de mi hermana.

“¡Gloria, otro accidente! ¡atropellaron a un muchacho en bicicleta! ¡apúrate o los camiones lo harán pedazos!

Apagué la estufa, aún en pijama salí corriendo, abrí la reja al mismo tiempo que distinguí un delgado cuerpecito en el pavimento, en cuestión de segundos estábamos deteniendo el tráfico provocando embotellamiento de inmediato; la carretera era modernizada y sólo había disponible un carril.

Por un instante de reojo volteé a ver al muchacho, estaban dos hombres cerca de él con intenciones de moverlo, les grité acercándome ¡cuidado podrían lastimarlo más! y ahí estaba, era un plebe, de complexión delgada, piel morena, se veía infancia en el rostro, boca abajo con el cuerpo sobre manos y brazos, de pronto movió la cadera y la cintura como intentando incorporarse sin lograrlo, quizá sólo eran movimientos involuntarios pues su barbilla descansaba en un charco de sangre; como buscándose en un espejo rojo carmesí, con dificultad al respirar derrochando su manantial de vida, sobre una carretera hecha para unir vidas no para arrebatarlas.

En esos momentos se escucha una voz ¡está vivo güey! A lo que un hombre contestó ¡está muerto! Los miré sorprendida y con

señas les pedí silencio, pues no quería que al escucharlos el muchacho dejara de luchar por su vida. Mientras tanto ya eran varias las personas reunidas, voces que se confundían entre sí, ¿llamaron a emergencias? ¡Sí! ¿Dónde están las méndigas patrullas cuando se les necesita pues? ¿Y la ambulancia por qué carajos no llega?

De pronto su respiración cambió, no sé cómo pero supe que aquel plebe iniciaba el camino, ése que todos andaremos algún día, arrodillada a su lado toqué con delicadeza su espalda descubierta y le hablé como una madre con intención de que se sintiera protegido, confiado y en paz...

“tranquilo mi niño, no estás solo”.

Sin darnos cuenta ya estaba la ambulancia en el lugar, los paramédicos al ver la situación intercambiaron miradas que confirmaban mis sospechas, sin perder tiempo uno lo tomó de la cabeza, el otro de la columna mientras me decía “hay que voltearlo con cuidado” señalando las piernas con la mirada, ya boca arriba mientras uno lo oxigenaba escuché al otro decir ¡hay que encontrar vías, está perdiendo mucha sangre! ¡Su pulso es muy bajo!... en automático desgarré las mangas de la camisa y en un parpadear ya estaba con agujas en ambos brazos, pasaron a mis manos dos bolsas de líquido cristalino a la voz de ¡lo más alto posible! En esos momentos llegaron dos paramédico más, se hicieron cargo de la situación, yo me quedé con las manos vacías.

Observé las maniobras y rogué por un milagro de vida para el plebe, me interrumpió una persona que puso una gorra en mis manos diciendo “es la gorra que traía el muchacho”, se acercó otra a entregar un rosario de cuentas de madera color rojo como el cedro, una más entregó uno de los tenis, eché un vistazo al muchacho que ya estaba en la camilla y pude ver que el otro lo

tenía puesto, por un instante se detuvo el tiempo en mi mente y me pregunté ¿Cuántas veces le habrán dicho ¡Amarra bien esos cordones o te vas a caer! ¿Cuáles serían las últimas palabras al salir de su casa? ¿Por qué nadie le dijo lo peligrosa que es la carretera Internacional?

De pronto una voz dijo “Súbanlo”, me costó reaccionar en el momento y corrí a la ambulancia antes de que cerrara las puertas, era la persona de quien tantas órdenes recibí y acaté sin cuestionar, un hombre de aspecto rudo con manos fuertes, voz firme y enérgica. Mirándolo le dije “Son las pertenencias del plebe, quiero que se las entregue personalmente a sus familiares a nadie más”. En ese instante se transformó ante mí, ahora se veía ternura en su mirada, sus manos al recibir las prendas se tornaron delicadas y dijo con voz fuerte pero cálida “Así será”.

Dos días después del suceso conducía el viejo Chevy de mi madre escuchando música y al pasar por la iglesia supe que celebraban misa de cuerpo presente, apagué el sonido y me detuve un instante frente a la iglesia, se acercó una niña de unos ocho años creo y preguntó ¿viene al funeral? ¿Lo conocía?, sin contestar pregunté ¿Quién es? contestó la pequeña “Es al que atropellaron en la carretera, era muy bueno” se dio la vuelta y entró corriendo a la iglesia...

Sólo pude decir en voz baja ¡QUE TENGAS BUEN VIAJE PLEBE!

El río

Gloria Teresa Cincunegui

Una noche pasada de setiembre de 2022 en Hermosillo, cuando el sueño se había interrumpido y los brazos de Morfeo no me querían acunar, me inundaban los pensamientos de mi vida, de mis seres queridos, de mi niñez, en los lugares que fui tan feliz. De pronto viene a mi mente una pregunta que tuve que esforzarme para lograr una respuesta, ¿cuándo fue la última vez que me sumergí en el río Uruguay?

Soy oriunda de Salto, Uruguay, más precisamente he nacido en el barrio Saladero que debía su nombre a un gran frigorífico llamado La Caballada instalado en ese lugar, una pujante industria donde se salaba la carne (charque) con el fin de su conservación y exportación. Este saladero que se creó en los albores de la patria en los años de 1860, daba ocupación a los vecinos, donde fue muy útil para los migrantes europeos como mis abuelos, que allí se radicaron, no había familia que no tuviera un integrante que trabajara en ese lugar. Está ubicado en una zona muy privilegiada, en una elevación a orillas del río Uruguay, donde se ven las majestuosas puestas de sol, cuando el astro se sumerge en el serpenteante río.

De muy niña a la edad de 7 años mis padres me llevaron a residir a Montevideo, pero siempre volví a pasar los tres meses de vacaciones a aquel pedacito de tierra donde me esperaban los afectos de mi abuela, mis tíos y mis queridos primos con quien compartía los juegos veraniegos incluidos las tardes en el río. Luego de la comida nos acostaban a los 6 primos, todos más o menos de la misma edad, sobre una sábana en el piso fresco de baldosas para dormir la obligatoria siesta ante nuestra protesta. Siempre se quedaba un adulto para supervisar que no hiciéramos

ninguna travesura. Afuera la chicharra anunciaba el gran calor que iba en aumento.

Nos levantábamos con toda la euforia porque luego de una merienda ligera nos esperaba el río.

La casa de mi abuela quedaba a dos cuadras de aquel caudaloso fluido, muy ligeros de ropa y a los gritos de felicidad corríamos sobre sus calles empedradas hasta llegar al barranco cubierto de vegetación de bosques ribereños donde se abría paso el caminito de bajada entre Sauces llorones, Algarrobos, Ceibos con sus flores rojas y allí llegábamos a la piedra más alta para usarla de trampolín y sumergirnos en las límpidas aguas cristalinas.

Disfrutábamos con los vecinos y jugábamos largas horas hasta que agotados volvíamos al hogar. Era nuestro tiempo compartido, esto se repitió durante años a lo largo de mi niñez y de mi adolescencia, el río fue testigo de mi crecimiento, así como yo era cómplice del cruce de sus aguas que venía recorriendo diferentes paisajes. Yo sentía amor por ese sitio donde mi piel reposo en sus aguas y mis pupilas no daban crédito a tanta belleza natural.

En el año 1967 a la edad de 16 años ya cursando la prepa, me esforcé en los estudios para que no me quedaran materias pendientes y poder disfrutar los tres meses de vacaciones con mis primos, casi hermanos y concurrir a la cita obligatoria que teníamos con quien allí manso y solitario nos esperaba. Este año todo sería diferente habíamos crecido íbamos tranquilas con mis primas donde de reojo mirábamos como habían cambiado el cuerpo de nuestros amigos de la infancia.

Llegamos al río nos sumergimos y de pronto el panorama había cambiado las aguas no estaban cristalinas, mucho desperdicio se veía en su superficie. ¿Que había pasado? Alguien me explico que el frigorífico estaba tirando sus residuos hacia el río.

Imposible bañarse en aquel lugar. Que gran destrozo había hecho esa empresa que comenzó a descargar sus desechos orgánicos e industriales sin control sanitario contaminando el medio ambiente y nuestro querido río.

Reflexioné que ese día de diciembre de 1967 fue el último día que me zambullí en sus aguas que ya no eran límpidas ni cristalinas.

Esa noche luego de tanto recuerdo guardado en el rincón de mi memoria me quedo un nudo en la garganta porque me di cuenta de su ausencia. Qué difícil es decir adiós a esos años dorados de mi infancia.

Siempre volví hasta el año 2011 pero solo lo miraba de lejos me seguía fascinando su paisaje a pesar que se veía triste y maltratado como esforzándose por mostrarnos su mejor imagen haciendo una conjunción con el astro rey que seguía sumergiéndose en sus aguas.

Tabaré

Gustavo De Concilis

No podía creer lo que estaba sucediendo, nos lo trajeron en una camilla fría de acero inoxidable ya vencido de luchar por su vida. Lo habían dopado para que no sufriera por tanto dolor, apenas se quejaba, me acerqué, le pasé mi brazo izquierdo por debajo de su cabeza para que sintiera el calor de mi cuerpo y lo abracé con el resto de mi humanidad. Le susurré al oído que me perdonara que ya no iba a sufrir más, no sé si fue mi percepción o él me entendió, pero yo lo veía con más paz de la que llegó.

Se acercó la veterinaria y me dijo “ya es hora” me quedé abrazándolo mientras la doctora lo

inyectaba para dormirlo para siempre y verificaba que su corazón ya lo había abandonado.

Fue una decisión muy difícil que tomamos con Teresita (mi esposa) aquel 22 de mayo de

2022 cuando tuvimos que darle fin a la vida de nuestra mascota “TABARE” que así le llamábamos, él padecía de una insuficiencia renal irreversible, de repente era por su edad, calculábamos que tenía unos diez u once años en ese momento.

Ese perrito callejero que nos acompañó en nuestras vidas durante estos años aquí en Hermosillo, lo conocimos en la cerrada donde vivimos en Villa California, llegó a nuestra casa en el otoño de 2014 flaco, con sed y hambre, nosotros le brindamos un plato de comida y agua, lo protegimos de los niños que lo maltrataban tirándole palos y piedras, era un perrito de porte mediano, su pelo de color canela con un rombito blanco sobre su frente, por el tamaño imponía respeto pero no atacaba a

nadie, se quedaba prácticamente todo el día en la puerta de la casa, se sentía protegido allí, pero la química con él se concretó el día que apareció la perrera para llevárselo y se puso detrás de Teresita como pidiendo clemencia por su vida.

Desde ese preciso momento pasó a ser parte de nuestra familia, lo adoptamos definitivamente, en la mañana cuando nosotros nos levantábamos él entraba a la casa a buscar un trozo de queso que le brindábamos, se echaba en la cocina y compartía nuestro desayuno, luego salía al patio. En la noche lo dejábamos salir para que no extrañara su libertad y al amanecer lo entrábamos.

Una noche mientras dormíamos sentimos un fuerte chirrido de un motor y escuchamos un grito desgarrador de un perro, saltamos de la cama pensando en Tabaré, eran como las 4 de la mañana lo buscamos por toda la colonia y no lo encontramos, volvimos para la casa sin éxito, pero ya no pudimos dormir más. Apenas despuntó la claridad partimos en busca de Tabaré, lo encontramos a dos casas de la nuestra temeroso y acurrucado detrás de unas cajas con un gesto de mucho dolor, lo habían atropellado, tenía una fractura en la cabeza del fémur, lo llevamos al veterinario lo tuvieron que operar y estuvo en convalecencia dentro de la casa como un mes, con todos los mejores cuidados, le poníamos el calentón bien cerquita porque ya era tiempo de frío, pensábamos que no iba a poder recuperarse.

Cambiamos los hábitos de la convivencia ya no quedaba suelto en la noche yo lo sacaba en la mañana un rato con la correa y al anochecer hacíamos un paseo más largo por toda la colonia, caminábamos lentamente y cada tanto yo le hacía masajes en su patita herida fue así que se fue recuperando, aprendió a caminar al lado mío sin la correa, nos hacía muy bien a los dos esas caminatas él mejoraba con su pata y a mí por mis problemas de salud.

Tabaré tenía una mirada noble, buena, que parecía estar agradeciendo todo lo que habíamos hecho por él, pero él hizo mucho por nosotros porque nos dio compañía, cariño, distracción, compromiso, teníamos que atenderlo, darle de comer, pasearlo, muchas veces salíamos y estábamos pendientes de volver porque sabíamos que nos estaba esperando.

Después de su muerte se nos hizo un vacío muy grande. Al principio nos entristecía su ausencia, cambiaron mis hábitos de levantarme temprano para sacarlo al paseo, dejé de

preocuparme si llueve o hace calor para entrarlo a la casa, dejé de caminar por las noches, de compartir ese paseo por la colonia con ese amigo que no me hablaba, pero que sí sabía demostrarme su afecto con solo mirarme.

P.P. El nombre Tabaré es de origen guaraní y lo usaban indígenas que habitaban el sur de

América Latina.

La máquina de la inmovilidad

Andrei Maldonado

Máquina de ruido blanco. 17 de abril. 3:33 a.m. En algún punto de la Condesa, CDMX.

El corazón del hombre es un pozo oscuro. A veces ese pozo, además de oscuro, es maloliente. Pienso eso mientras estoy sentada al pie de la cama, comiendo una toronja, viendo la distorsión de la televisión. Sí, soy un anticliché de Hollywood, lo que me convierte en un perfecto cliché del cine de arte, o cuando menos del cine de autor, que no es lo mismo. Eufemismos. Ahora mismo construyo uno mientras pienso lo tanto que le molesta a Bequer que haga este tipo de cosas. No, Bequer no es ningún gato, aunque tenga instintos felinos. Tampoco es un apellido. Él simplemente se llama así, Bequer. Así es como el destino (o su madre) quiso que se llamara. Ahora mismo está por entrar por el balcón. Me reprenderá por comer pomelo (así le llama él), por usar pantalones tipo pescador (los detesta, ignoro por qué) y por andar descalza por la casa. Ignora que yo detesto que salga al balcón a fumar cada noche y luego me dé un beso con aliento a tabaco. Ha sido un mes difícil. Cuando entra a la sala yo grito: “¡Rayos, qué rica es la toronja!”

Máquina de movimiento perpetuo. 17 de mayo. 3:40 a.m. En algún sitio de la colonia Roma, CDMX.

“¡Pomelo, decí pomelo!”. Bequer no entiende que yo no soy de Argentina. “Sho no soy argentina, boludo!” le suelto y me carcajeo, con el jugo rosado saliéndome de la comisura de los labios. Él gruñe, refunfuña, casi maúlla (lo dicho, es todo un felino) y termina yéndose al dormitorio, no sin antes decirme “ah, y se te ven fatales esos pantalones, más así descalza”. Me encojo de hombros, pues no veo nada de malo que tengan mis pies. El kit “pedicura en la comodidad de su hogar, llame ya”

que compré el otro día mientras devoraba infomerciales en TV ha dado espléndidos resultados. ¿Y si es algo así como lo que decía Freud, un trauma de la infancia? ¿Quién, o más bien qué pie, dañó tanto a Bequer? ¿Su madre sabría que Gustavo Adolfo no era argentino, sino español, y además su apellido se escribía Bécquer? ¿Sabrá mi Bequer algo de poesía de Bécquer? Dos meses y contando.

Máquina del tiempo. 17 de agosto. 3:45 a.m. En algún lugar de Polanco. CDMX.

“Yo sé un himno gigante y extraño...” comienzo a decirle mientras entro tras de él en la habitación y me pone su cara de “¿qué decís?”. Yo continúo: “...que anuncia en la noche del alma una aurora...”. Como Bequer no reacciona yo ataco de nuevo: “...y estas páginas son de ese himno, cadencias que el aire dilata en las sombras”. Me mira, lo miro, nos miramos y me dice, simple y llanamente: “vos sos una romántica. Mirá si extrañas tanto tus noches de teatro, eh”. Ante tanta “boludez” decido ir al baño. Ahí me pierdo en el color blanco de las paredes por espacio de una hora ¡casi son las cinco! Vaya si seré todo un cliché de cine “desdramatizado”. Al meterme a las cobijas le he pasado por sus piernas mis pies helados. Ríe calladamente al ver que, más dormido que despierto, se queja de ello. Aprovecho para decirle al oído: “¿Qué pasaría si una noche un demonio se deslizara furtivo en tu más solitaria soledad y te dijera: ‘Esta vida, tal como la vives ahora y tal como la has vivido, la tendrás que vivir una vez más e incontables veces más; y no habrá nada nuevo en ella?’”. Y Bequer, desde el más profundo abismo de la somnolencia, sentencia: “lo mismo que le digo cada noche desde hace cinco meses, ¡que me deje dormir, carajo!”. Y yo, tan decepcionada como siempre, solo le digo: “¡mota de polvo del polvo!”, me doy media vuelta, le quito la frazada, y me dispongo a dormir.

Anavi y el grillo

Mirna Ibarra Arroyo

¡Iii, iiiiii, ii, ii, iiiii, ii ir, ii, ¡iiiiiiiiiiiiii! Un alegre grillo marcaba su territorio y llamaba a una pareja con su canto desde la ranura del piso detrás del respaldo de la cama de la habitación. Ana Vi, atenta, escuchaba y pensaba “suena un teléfono” es de mamá. El grillo callaba y ella volvía a jugar. El grillito reiniciaba su canto en el momento en que entraba la madre en la habitación. — Mami, le dijo la niña: “parece que tu celular está sonando”. El grillito calló de nuevo. Tímidamente retomó sus notas intermitentes y le cantó: “Soy yo, mi niña hermosa de largo cabello. Llamo a mi amada, que venga luego. —¿Oyes? Se dirigió la niña a su madre: “está sonando otra vez”. La madre aclaró: “no es mi teléfono, es un grillo. — ¡No! ¡no! Gritaba Ana Vi: —¡Papi, papi, mávalo ¡Mátalo! Papi. El grillito asustado guardó silencio; mientras el papi con gran sigilo buscaba al insecto. Que no te asuste mi canto, pensaba el grillito, canto de tristeza porque no encuentro pareja. A ti cantaré con amor, hasta el día en que yo muera, me conviertan en galleta de proteínas y sea tu lonche de escuela”. Yo soy tu alimento, mi niña linda de largo cabello. La madre, con gran serenidad se sienta frente a la niña. —Ana Vi, el grillo tiene derecho a vivir, como tú y todos los seres que habitamos este planeta. Todos tenemos una misión que cumplir. El grillo existe para alimentar a otros seres y tú y todos los seres humanos cuidamos y alimentamos a otros seres. Todos los seres nos ayudamos, para eso nacimos. Quien no vive para servir, no justifica el vivir. La niña se queda pensativa y pregunta a su madre —¿El grillo no me hará daño? —Si todos nos amamos, nadie nos hará daño, contestó la madre.

¿Qué ocurre con los vecinos?

Laura Bejarano

Desde que se mudaron, he notado que hay algo muy extraño en ellos. Parecen una pareja joven: ella de unos veintitantos y él quizá apenas llega a los treinta. No tienen hijos, pero sí un pequeño perro, casi del tamaño de un gato.

¿Qué era lo extraño? La única voz que escuchaba era la del hombre, ni siquiera el perrito ladraba. Él no lucía como un tipo agresivo, pero cuando llegaban a salir, acompañados del can, ambos caminaban en total silencio, con la cabeza gacha. ¿Un duelo? ¿Habrían perdido a alguien? Tal vez un hijo. Qué tragedia, pensaba por las noches, cuando oía al hombre pronunciar algo semejante a una oración. Qué bueno que se refugien en Dios...

Hasta una tarde en que yo terminaba mis tareas, y lo que empezó como una plegaria, se convirtió rápidamente en gritos y golpes. Me asusté por la chica: no era muy fuerte, pero quería ayudarla. Corrí a ponerme zapatos y llegué a la puerta de los vecinos tan pronto como me fue posible.

¡Vecina! Ábrame o llamaré a la policía, grité desesperado, mientras golpeaba la puerta.

Los gritos tardaron en cesar. La puerta se abrió. La pareja estaba de pie frente a mí, en silencio. ¿Está todo bien? pregunté. Todo bien, me contestó el perro, quiero decir, woof.

Claridad

Yada López

Es difícil recordar los momentos que te marcan de manera negativa. Una buena porción de mi adolescencia es un hoyo negro en mi mente, quizá por el hecho de que no la disfruté, y fueron años de preguntarme si habría una vida mejor que esa.

Haciendo memoria, intentando llenar los huecos, pude recordar algo.

Teníamos algunos años de no ver a mi papá. Éramos nosotros tres y mi mamá, sin embargo, quizá la soledad la golpeó tan fuerte, que buscaba maneras desesperadas de tener compañía. Fue ahí cuando conoció al que sería su siguiente esposo.

No lo conocíamos. Lo vimos escasas tres veces cuando mi mamá decidió sacarnos de la casa que compartíamos con mi papá, el cual ya se había deslindado de responsabilidades, y nos fuimos a vivir con este hombre. Nos salimos casi con prisas, y tras haberle ayudado a mi mamá a vandalizar la casa por rencor, nos llevó con rumbo desconocido.

Mis hermanos y yo sólo nos teníamos el uno al otro, pues mi mamá se había convertido en una persona distinta. Traté de proteger a mis hermanos, pero no pude hacer mucho. Sólo tenía 14 años.

De toda la relación nació una bebé. Mi mamá pidió ayuda a unos vecinos para poder ir al hospital, pues no teníamos carro, el hombre estaba en casa de sus papás, y un huracán estaba sobre nosotros. Como pudo, nos dejó y a la mañana siguiente regresó con un bebé en brazos.

Lo siguiente que pasó, era lo que había suprimido de mi mente. Fue un septiembre, días después de haber tenido a la niña, mi mamá empezó a sentirse mal, con calentura, vómito, en pleno septiembre, después de algunos días de malestares, no aguantó más y fue al hospital donde estuvo dos semanas internada.

¿Qué pasó con nosotros? Bueno, el hombre regresó por su hija y nos dejó solos en la casa, esperando a mi mamá.

Dos semanas que ninguno de nosotros fue a la escuela, en las que tuve que aprender a alimentar a mis hermanos, a guardar los centavos que tenía para comprar algo que comer. El hombre nos daba una o dos vueltas, y se iba.

Cuando mi mamá por fin regresó, la vi profundamente herida. ¿Su corazón estaba igual de herido que el de nosotros?

Me enteré con el tiempo que estuvo a punto de morir por una grave infección que le dejaron después de que la niña nació. Habían pasado tres semanas ya.

En ese momento que la vi abrazando a sus hijos, con lágrimas en los ojos, me di cuenta que esa decisión que tomó cuando salimos de casa, cambió el rumbo de mi adolescencia y la infancia de mis hermanos, y por fin, había claridad en sus ojos.

El congreso mundial

Ruth Pérez Aguirre

Sobre alimentación estaba lleno hasta el tope. Químicos, doctores, biólogos, hematólogos, dietistas, sicólogos, siquiатras, dentistas... más todo tipo de especialistas presentaron o escucharon los debates. Anochecía ya y aún no encontraban una respuesta al problema. Algunos abandonaron la sala. Filiberton, Austraberto y Tiófilo entre ellos. Estos amigos llegaron a la conclusión de que cada vez más la sangre humana se adelgazaría por la pésima calidad de los alimentos. Echaban lumbre por los ojos mientras bajaban los escalones de la salida. Al llegar a la calle, los tres se echaron a volar maldiciendo el futuro que les esperaba.

Informalidad

Ruth Pérez Aguirre

La Muerte, vestida al estilo del maestro Posada, recorría a las doce de la noche las calles del pueblo para llevarse las almas de los que, en ese día, habían cumplido 85 años, un tope que ella misma había establecido por su real gana. Teófilo los había cumplido justo ese domingo, atrancó todas las puertas de su casa y no pegó un ojo con tal de esconderse en cuanto la viera llegar. Amaneció y de la Muerte no supo nada. Se hacía preguntas de qué le habría sucedido siendo ella tan puntual. Desayunó y fue a quitarle las trancas a la puerta principal, tenía la costumbre de asomar la cabeza para saludar a los paseantes. Se llevó el susto

de su vida cuando vio la macabra presencia de una ensombreada mujer caída de borracha en el primer escalón de la entrada a la casa. Teófilo, antes de que le diera un infarto fulminante le preguntó por qué no había llegado la noche anterior.

--Fui a un velorio que estuvo muy animado y tomé mucho, al llegar a tu puerta no tuve fuerzas para atravesarla, le respondió la dama con un sonoro eructo.

MEMORIA DEL VIII ENCUENTRO DE ESCRITORES
DE NARRATIVA BREVE EDMUNDO VALADÉS, 2022
Cuento, minificción y relato

Instituto Sonorense de Cultura

Departamento de Literatura y Bibliotecas

Área de Fomento a la Lectura y Escritura Creativa

Tiraje: 100 ejemplares

Noviembre del 2022

Hermosillo, Sonora, México



FERIA DEL
LIBRO
SONORA 2022

